





JUAN B. ALTÉS Y ALABART, PBRO.

VIAJE TERESIANO

(CARTAS FAMILIARES)



PEREGRINACION TERESIANA

~~~~~  
Con aprobacion eclesiástica  
~~~~~

BARCELONA

~~~~~  
IMPRENTA DE BERTRÁN Y ALTÉS, PELAYO, 60, BAJOS  
1886

~~~~~  
ES PROPIEDAD.
~~~~~

---

---

## Á LAS JÓVENES CATÓLICAS

HIJAS DE

# MARÍA INMACULADA Y TERESA DE JESÚS



¿ A quién mejor que á vosotras podría dedicar las humildes páginas de este librito ?

Tiernamente enamoradas de la dulcísima y encantadora Virgen avilesa , sabreis vosotras comprender y estimar el afectuoso sentimiento que anima y avalora estas cartas , escritas todas ellas pensando en Santa Teresa de Jesús, y en los mismos lugares que ella santificó y embalsamó con su presencia.

¿ No veis como el dorado destello de la mañana pinta y embellece las más humildes y modestas florecillas del valle ?

Pues no de otra manera el amor entrañable que profesais á la Santa de vuestro corazon, dará sentido y prestará los más delicados esmaltes á estas pobres líneas que os dedico.

Si ellas contribuyen á avivar más y más en los corazones de todos el amor á la bendita Santa, ese mismo amor que, al sentirlo vosotras, lo extendéis maravillosamente por el mundo, con la persuasiva elocuencia de vuestros santos ejemplos, quedarán satisfechas las aspiraciones más íntimas de mi alma.

Aceptad este humilde obsequio, y en retorno, encomendad en vuestras oraciones á

EL AUTOR.

*Tortosa, fiesta de la Transverberacion de Santa Teresa de Jesús, 1885.*



# VIAJE TERESIANO.



## CARTA PRIMERA.

*Villanueva de La Jara, 16 de / gosto de 1885.*



SEÑORITAS hermanas V... é I..., hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús.

Voy á cumplir con el encargo que me hicieron Vds., al despedirme y salir de esa ciudad, de contarles por escrito mis impresiones de viaje, como se ha dado en decir.

Cierto que ya es mucho lo que tengo que contarles, y eso que todavía no hemos visto nada, segun lo que se me figura nos falta por ver. Esta misma abundancia de impresiones parece como si viniera á entorpecer mi pluma, pues la verdad es que no sé por donde empezar. Por otra parte, recuerdo que una de Vds. hubo de decirme que mis

narraciones, ó lo que sea, fuesen un poco... místicas (sí, esta es la palabra), no olvidando que no falta quien quiere que sean poéticas. ¿Cómo arreglarlo? Yo que, pecador de mí, ni uno ni otro sé hacer, ¿cómo me lo compongo para dar gusto, como quisiera, á ustedes dos y tal vez á sus amigas? ¡Ah! Ya doy en ello. Les hablaré á Vds. mucho, pero mucho, de Santa Teresa; y ella que en ser mística y poética creo que á todos aventaja, quién sabe si comunicará á mis cartas todo eso que ustedes quisieran ver en ellas. Demás de esto, ni yo podria hablar á Vds. casi de otra cosa que de Santa Teresa, pues por demás sabido se tienen Vds. que esa Señora nos trae á mal traer (digo, á buen traer) por esos mundos de Dios. Y Vds. que la aman con tanto delirio, claro está, al ver mis líneas esmaltadas á cada paso con su bendito nombre, estoy seguro de que en ellas no van á echar en falta ni la unción del lenguaje místico, ni la magia del poético.

Mas, para que nada interesante me deje en el tintero, seguiré, en el cuento de mis impresiones, el órden de tiempos, dejando las recibidas hoy por las de ayer. Y sin entretenerme en más preámbulos, quiero decirles, ante todo, como hemos pasado algunos dias descansando y tomando baños en la playa de Benicasim, cerca de cuyo pueblecito

habitaba con mi querido compañero, el reverendo Fundador de la Archicofradía teresiana, una blanca casita, bañada en agradable sombra por una parte, y acariciada por los suaves aromas de las plantas y flores del campo, no menos que por los enérgicos y penetrantes efluvios que exhalan las sonoras é inquietas ondas de la vecina playa.

Se engañan Vds. mucho si creen que aquellas frescas brisas y los murmullos de aquellas ondas no saben modular el dulcísimo nombre de Santa Teresa, pues la *Plegaria* y otros cánticos teresianos sonaban allí de manera, que tengo para mí ha de ser esa la eterna cantinela de aquellas hermosas playas. Si por ventura la olvidasen los vientos y las olas, allí están las sencillas y buenas muchachas de aquellas casitas que se encargarian de recordárselo, pues son ellas muy cantadoras y aman ya con delirio á Santa Teresa.

Ya sé que Vds. añadirán sonriendo:—«¡Que extraño, habiendo pasado Vds. por allí!»

Pues ya se vé: allí, bajo el emparrado, leíamos, escribíamos y tambien entonábamos no pocas veces esos cánticos, cuya expresiva letra y apasionada melodía hallan un eco de simpatía y amor, que se hace más universal cada día, en los corazones delicados y generosos de la juventud.

Cerca de nuestra casita hay una hermosísima capilla en donde se decia Misa todas las mañanas, y se rezaba el santo Rosario por las tardes. Allí se verificaban tambien no pocas funcioncitas religiosas, todas ellas de sabor teresiano, y crean Vds. que nuestras pláticas, del mismo sabor, no eran escuchadas con disgusto por aquellas almas sencillas y buenas.

Despues de siete ú ocho dias pasados tan deliciosamente en medio de aquellos verdes campos y risueñas playas, nos dirigimos, mi compañero á algunos pueblos del reino de Valencia, en donde se le estaba esperando para activar no sé qué asuntos religiosos, y yo me subí al Desierto de las Palmas, que está á una legua del pueblecito.

¿Quieren Vds. ahora que les haga una descripcion místico-poética del Desierto? Pues mortifíquense Vds., mis buenas amigas, que eso seria largo en exceso, y tengo además que contarles aún cosas muy buenas. Y... ¡qué diantre!... algo he de reservarme para referirles de viva voz, á mi regreso. Básteles saber á Vds. que allí se enlazan y confunden por tan gallarda manera los elementos de la Religion y Poesía (¡como en todas partes!) que, vamos, ustedes que saben entender y sentir con delicadeza estas santas y bellas cosas, creo que exclamarían, como exclamé yo, ante aquel espectáculo:—; Bendita sea mil veces la Reli-

gion, embellecida siempre con las guirnaldas de la Poesía! ¡Bendita sea también la Poesía ennoblecida y santificada por la Religión!

A medida que va uno acercándose al santo edificio, observa esto por todas partes.

Altos y copudos pinos, que, según Arolas, son las arpas del desierto, confundidos con palmas, cipreses, álamos y adelfas de flor encendida, festonean y dan sombra á los caminos que conducen al monasterio. Aquí y allá se descubren fuentecitas, cuyo rumor misterioso parece dar vida y animación á aquellas sombrías grutas, en cuyo fondo se ven representados, en esculturas de tamaño natural, los santos y antiguos ermitaños y penitentes. En las paredes de las grutas se leen, descritas en hermosos versos, las heroicas penitencias y admirables virtudes de aquellos santos habitantes del desierto, cuya imagen expresiva y edificante contemplan no sin cierto indefinible deleite los ojos. Alternando con las grutas, hay también allí capillitas dedicadas al Señor, la Virgen ó algún Santo, donde diríase que hacen sonar una perpétua plegaria las brisas de la tarde, al venir, ricas de campestres aromas, á acariciar las ramas de los pinos y palmas. Diseminadas por la montaña se descubren también blancas y graciosas ermitas, algunas con átrio, que embellecen sobremanera el paisaje, y en cuyo recinto

el corazón fatigado halla el encanto profundo y bienhechor de la paz y soledad en Dios.

Este encanto purísimo, esta delectación íntima del alma la experimenté sobre todo en la ermita de Santa Teresa de Jesús. Detengámonos un momento en ella, pues en verdad lo merece.

Después de atravesar la plazuela, rodeada de un poyo de piedra, en donde uno descansa con gusto, no tanto para contemplar á placer el magnífico panorama que, limitado por la azul línea del mar, por tanto extremo recrea la vista, como para disponer y recoger el espíritu antes de entrar en la preciosa y veneranda capilla; atravesado el átrio, en donde no puede uno menos de detenerse para leer aquellos hermosos versos dedicados á celebrar las inenarrables grandezas del amor de Teresa, viene de repente á cautivar los ojos y á extasiar el alma su imagen, que parece divinamente tocada por un pincel de luz y de fuego. Ciertamente sorprende verla como destacarse del lienzo con todo el abandono de sus amorosos delirios, con todos los llameantes fulgores de su alma de mujer apasionada, de inspirada poetisa, de Santa incomparable y sin igual. Con mis ojos, con mi corazón, con mi alma, arrobados á la vez, traté de sumergirme en aquel abismo de divinos amores á donde parece ella como empujarnos desde las pro-

fundas olas donde ella deleitosamente naufraga. Yo no sé, mis buenas amigas, si acierto á decir lo que yo sentí, y le dije, y le confié en aquel trato de embobamiento dulcísimo con que trataba de penetrar (¡pero cuán vanamente, Dios mio!) el misterio indescifrable de aquel Serafin bañado en llamas; de aquel dardo hiriendo con violento impulso el corazon de la Amada; de aquella divina actitud de desmayo, que hace languidecer de amor santo el corazon; de aquella boca suspirante y abrasada; de aquellas mejillas coloreadas con rayos de etérea lumbre; de aquellas miradas que se pierden yo no sé en qué cielos de felicidad suprema é irresistible. ¡Ah! despues de saciar el hambre de mi corazon, pensé tambien en vosotros, corazones delicados; de vosotras hablé á la hermosísima Amante, almas animosas; y, aunque muy tibiamente, oré finalmente, por vosotras, suplicando al Serafin que, despues del corazon de Teresa, viniese con la misma saeta á herir con incurable herida vuestros corazones juntamente con el mio.

Pero, bajando el tono, que sin advertirlo casi se ha alzado á mayores, (si bien les parecerá á Vds. sobrado justificada la exaltacion de mi mente, al solo recuerdo de tan divino cuadro), añadan Vds. á lo dicho, que cruzan la verde montaña hermosos paseitos, dotados á cada paso de bancos de piedra, desde donde se

descubren los más deliciosos paisajes; que hay mirlos y ruiseñores que encantan la soledad; que una brisa siempre fresca esparce los perfumes del tomillo y del espliego al mecer los rojos penachos de las adelfas; que los tañidos de las campanas despiertan, al caer de la tarde, melancólicos ecos, dormidos, al parecer, en el fondo de aquellos fecundos vallecitos; que en el grandioso y severo edificio halla el alma sedienta, y el corazón fatigado, y la imaginación cristiana, un río inagotable de deleites purísimos, un suspirado oasis de ignorada paz y dulce olvido, un mundo de recuerdos gloriosos y de inmortales hazañas del espíritu. En una palabra: allí se respira un aire de santidad que llega á lo más hondo del alma, pero un aire que, saturado con los aromas de la más casta poesía, no puede ser aspirado sino con inefable deleite. Y por decirlo de una vez, por aquellos sitios vagan las celestiales sombras de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, que á la gloriosa diadema de la santidad añaden la aureola esplendente del genio y la poesía.

Dos días hacía solamente que estaba en este Desierto, en donde creía poder disfrutar por algún tiempo más; cuando he aquí que recibo carta de mi amigo diciéndome que es preciso me baje aquella misma tarde á Benicasim, para acompañar á la monjita, tan amiga de Vds.,

que, como ya saben, venia en compañía de su hermano, para entrar en el convento de Carmelitas de Villanueva de La Jara. Allí la encontré efectivamente, y allí encontró tambien ella jóvenes teresianas que la esperaban para darle un abrazo, que seria el saludo de llegada y de despido eterno á la vez.

En Castellon presencié el mismo espectáculo, que, lo confieso, llegó á enternecerme. Un alma joven y buena, cuyo único anhelo es entrar en el Claustro (creo va á conseguirlo pronto), se abrazó con la amiga de Vds. con una efusion indecible.

Hé aquí dos almas (pensaba yo) que en su elevado vuelo se han visto un instante, se han comprendido, se aman en el amor del Esposo con quien se van á desposar, y se dicen «¡á Dios!»... Grande palabra, cuyo eco perdurable han de oir allá en los esplendores de la Gloria, cuando, enlazadas las manos, sigan al Cordero sin mancha.

Sólo un dia estuvimos en Valencia, donde tambien hubieran Vds. visto correr muchas tiernas lagrimillas. ¡Pobre corazoncito! Su amiguita Teresa marchaba allá lejos á deleitarse en el vergel de su Madre y Patrona Santa Teresa; y ¡él se quedaba allí, tan lejos ¡ay! del lugar á donde vuelan sus suspiros!

Salimos de Valencia en el tren, á las tres de la tarde, mi querido compañero, la monjita, su

hermano y un servidor de Vds., bendiciendo, sobre todo ella, el carril, que tan perfectamente parecia comprender los deseos de nuestro corazon, al acercarnos con tanta velocidad á La Jara. ¿A qué no adivinan Vds. quién hizo el gasto de la conversacion por el camino?— Sí, lo han acertado Vds., fué Santa Teresa. Salieron por allí en el coche sus retratos, y ¡vaya! ¿quién no habla de ella y de sus cosas? La monjita especialmente hizo entre algunas señoritas una propaganda admirable.

Llegámos por la noche á La Roda, en donde descansámos, viniéndonos por la mañana á buscar con un carro el Hermano de las Carmelitas de La Jara. Atravesando aquellos inmensos y áridos arenales de la Mancha, cuando el calor era mucho, y el polvo no era menos, y el zarandeo del carro era regularcito, nos acordábamos de Santa Teresa cuando, en carro tambien, iba á fundar por aquellas interminables llanuras de arena. ¿Y saben ustedes que este solo recuerdo era para nosotros el mejor abanico que pudiera refrescar nuestra frente y acariciar nuestro corazon? Verdad es que la Santa nos guió á una alquería, puesta en mitad de aquellos arenales, como una hermosa flor entre abrojos, donde sus dueños, tan ricos de haciendas como de virtud y devocion á Santa Teresa, nos obsequiaron y atendieron de una manera que espanta.

En fin (porque si no, nunca acabaríamos), allá á la tardecita, cuando el sol iba á ponerse, y era el horizonte vagamente coloreado con las suaves tintas de la azucena, y con mayor limpieza se dibujaban en el cielo las siluetas de los montes lejanos, y las brisas de la tarde llevaban más rico botin de aromas y frescura, entonces fué cuando descubrimos la esbelta cúpula del campanario de la iglesia parroquial de La Jara. Todos queríamos ser los primeros en haberla descubierto, y nos disputábamos con calor esta honra. Nuestros corazones se sentían tan dichosos, que casi instintivamente nos pusimos á cantar la *Plegaria*, para con el canto desahogar nuestros pechos del gratísimo peso de placer que los embargaba.

Graciosos viñedos y otros árboles frutales vimos que festoneaban los declives de aquellos montecillos, hasta conducirnos al valle, por donde corre el Valdemembra entre hileras y bosquecillos de álamos, que sirven de galana decoracion á la villa de La Jara. «¡Oh! Por aquí pasó Santa Teresa, nos decíamos; sus graciosos piés pisaron este camino; acaso queda aún alguna huella de ellos; tal vez algun soplo de su boca ondula por estos ambientes... ¡Por aquí pasó Santa Teresa!»

Y todos nos bajamos del carro queriendo pisar aquel mismo camino, y forjándonos la dulce ilusion de que andábamos con ella. ¡Qué

ligera iba la monjita! ¡Como le daba vuelcos el corazon!

Guiados por el Hermano de las monjas , nos dirigimos, para llegar más pronto , por detrás de las tapias del huerto del convento , mientras él se iba con el carro á la portería. Entramos antes de todo en la iglesia á dar gracias al Señor por nuestro feliz viaje , y dirigimos el saludo de bienvenida á Santa Teresa , cuyo altar está al lado izquierdo del mayor, en que se venera á la abuelita de Jesús , Santa Ana. Despues de cumplir con esta obligacion principal, pasamos á la portería, entramos en el locutorio, abierto y animado ya, y... Déjenme antes descansar, mis buenas amigas...

Lo mucho que, como mis compañeros, sentí yo entonces, y siente aún mi corazon al recordarlo, viene casi á detener mi pluma. Nunca habíamos estado allí, ni visto aquello, ni oido aquellas voces; y sin embargo, todo eso nos era conocido. Aquellos acentos santos y cariñosos no eran extraños, no, á nuestro corazon; aquellas palabras eran las que más nos placian; aquellos rostros casi diria que nuestra alma los vió yo no sé donde; aquellos saludos cordialísimos y francos eran los saludos de amigos íntimos que despues de algun tiempo se tornan á ver. En una palabra: nos encontramos allí, desde el primer momento , como en nuestra propia casa.

Pero, ¿qué extraño, si aquella reja que tocábamos la puso y tocó Santa Teresa, si por allí habló, y allí estuvo Santa Teresa, y aquellas eran sus hijas, digo mal, si en cada una de ellas nos parecia á nosotros ver á Santa Teresa de Jesús? ¿Cómo no sentirnos allí bien?

Mas esperen Vds., que ahora viene lo bueno. Pero esperen... hasta la otra; que esto seria interminable, y van ya algunos pliegos escritos.

Todo se lo iré contando á Vds., pierdan cuidado. Desde Madrid les escribiré, continuando mis impresiones en La Jara.

El Escorial, Avila, Salamanca, ¡Alba de Tormes...! ¡Qué hermoso porvenir!

Soy de Vds. afectísimo amigo en Jesús de Teresa.





## CARTA SEGUNDA.

*Madrid, 19 de Agosto de 1875.*



UES ; ya lo ven Vds., mis buenas y distinguidas teresianas ! Ni Madrid, donde tantas cosas buenas creo yo que se olvidan, ni Madrid con todas sus bellezas (que sí las tiene, para quien sabe buscarlas), es bastante poderoso para hacerme olvidar ni de Santa Teresa de Jesús, ni tampoco por consiguiente de ustedes, sus hijas, con quienes llevo pendientes, sino cuentas atrasadas, á lo menos el cuento, que promete ser largo, de mis impresiones de viaje, cuyo hilo, que hube de romper allá en un pueblo de la Mancha, voy á reanudar aquí, en el corazón de Castilla.

No tengo interés en ocultarles á Vds. que ya hemos visto lo que más llama la atención

del viajero en en la corte, como, por ejemplo, los museos, donde el aficionado puede pasar largas horas de dulce embeleso; las espaciosas y larguísimas calles, sin olvidar la gárrula Puerta del sol, cuya exquisita limpieza, tanto en tiendas como en todo lo demás, me ha enamorado; los paseos, en particular el Buen Retiro; la Casa de fieras, las fuentes, los principales palacios, cuyas fachadas, de piedra blanca labrada, casi desvanecen los ojos, al ser perpendicularmente bañadas por este claro y brillante sol de Castilla; y, finalmente, las iglesias, que no sin razón pongo en último lugar (aunque fué lo que primero visitamos), pues por desgracia lo merecen desde el punto de vista del arte. Recordando á Santa Teresa, hemos repetido muchas veces aquellas palabras suyas, tan llenas de gracia y discrecion en la ocasion en que las dijo, hablando con ciertas encopetadas señoras de la corte:— «¡Qué lindas calles tiene este Madrid!»

Mas hoy deseo, mis buenas teresianas, que para mí enmudezca ese mundo de rumores que aturden los oidos, y de luces que marean la vista, mundo de silencio frio y punzante para el alma : á ver si así puedo, con mayor des- embarazo y holgura, sumergirme en ese otro más tranquilo mundo de impresiones y de recuerdos teresianos , cuyos elementos ando recogiendo avaricioso, como si recogiera el

más preciado tesoro de perfumes para embalsamar todos los días de mi vida.

¿Que tambien quieren Vds. aspirar esos dulces aromas del alma, me están diciendo?— Pues sigan Vds. leyendo, porque, ó he de poder yo muy poco, ó he de lograr que consigan aspirarlo.

Decíales en mi anterior que no pudo ser más agradable la primera visita que hicimos á las Religiosas Carmelitas de La Jara. Mas ahora les añadiré á Vds. que los días 14, 15 y 16 que estuvimos allí, se deslizaron para nosotros en un momento. En aquel locutorio pasamos ratos dulcísimos é inolvidables. Allí hubieran ustedes adivinado, como los adivinó mi corazón, escondidos tesoros de inmaculada y espiritual belleza: almas tan ricas de sencillez, candor y mansedumbre, como de talento y virilidad de espíritu. ¡ Qué equivocado anda el mundo imaginando que entre las monjas sólo se encuentran benditas é infelices mujeres!

Allí habia, entre otras, una Religiosa anciana, que, créanlo ustedes, es lo que hay que ver y oír. Como es la más antigua de todas y conserva muy despejada (¡ya lo creo!) la cabeza, tiene en sus manos el hilo de la tradicion del convento, por cuyo motivo acudíamos á ella para enterarnos de todo. Y la bonísima Madre Eusebia, con aquella

bondad suya, á la cual no creo haya otra que se le parezca, nos iba poniendo al cabo de la calle de todo lo notable que ha sucedido en aquel «Convento del Milagro,» como con razon le llaman.

Nos decia que allí tienen (y lo vimos despues) un Niño Jesús, que, desde que la Santa Madre Teresa de Jesús lo trajo allí, ha sido el constante favorecedor y único Patrono del convento, socorriéndole en todo linaje de necesidades y estrecheces. Así lo prometio él á Santa Teresa al fundar dicho convento, y así exactamente lo ha cumplido hasta el presente. Le llaman las Religiosas el Niño Fundador, siendo por esto el más amado de todos, entre el ejército de Niños Jesuses que tienen.

—«¿ Pues de donde han sacado Vds. tantos Niños?» les preguntamos nosotros. Y ellas nos contestaron que hay allí la costumbre de entrar las novicias acompañadas cada una de su Niño Jesús, al cual aderezan y halagan durante su vida.

Ahora recuerdo que una Religiosa tuvo la bondad de sacarme el suyo, que yo les aseguro á Vds. que no han visto cosa más mona. Y eso que Vds. han visto muy preciosas monerías. Estaba el Niño suavemente recostado en una cunita que semejava un ampo de nieve. Bien se echaba de ver allí la mano tierna que lo aderezaba, y el corazon, más tierno aun, que en ha-

lagarlo y mimarlo tenia puestas sus complacencias. Bajo de su bracito ví que llevaba un papel arrollado: lo tomé, y ví que contenia unos versos. ¡Tiernísimas delicadezas! ¡Inocentes y amorosos requiebros de un alma pura!...

Se dignó escribir allí tambien mi nombre, por cuyo motivo me permití guardarlos en mi cartera. Ya los verán Vds., Dios mediante, y entenderán como tambien hay poetisas en el Claustro, pero sin saberlo ellas mismas.

Al devolver yo aquel precioso Niño, llevaba tambien bajo su bracito algunos versos, pero ya no eran los mismos. No quise pecar de descortés y desagradecido, y escribí algunas estrofas. ¿Verdad que ya las quisieran ustedes ver? Pues bien: aquí va un par, para muestra.

Alma tierna y hermosa  
 que el nido tienes  
 colgado de una rama  
 florida siempre,  
 que el vientecillo  
 al pasar lo acaricia  
 con un suspiro:

Pídele al dulce Niño  
 (¡ay, te ama tanto!),  
 pídele que me hiera  
 con aquel dardo,  
 con que tan diestro  
 supo herir dulcemente  
 tu blando pecho.

Pero aún no les he hablado á Vds. de las habilidades del Niño Fundador, á quien pudiéramos llamar el Niño de los Niños. Yo creo que se pudiera escribir un libro con este título: «Historia del Niño Fundador;» porque hay mucho que decir sobre él. Básteles saber, por hoy, que hemos visto y tenido en nuestras manos unos rosarios que por una manera maravillosa dió dicho Niño Jesús á la venerable Ana de San Agustín, compañera de Santa Teresa, á quien ésta dejó por Priora en La Jara. Lo mismo puedo decirles de unas monedas de cobre y otra de plata que el mismo Niño dió á la Venerable, para pagar á unos albañiles que trabajaron en el convento, y á quienes las monjas no podían pagar. Este es también aquel Niño á cuyos piés ponían las Religiosas algunos maravedises y se multiplicaban luego con tan buena suerte, que la necesidad del convento quedaba remediada.

Pero lo más gracioso es lo que voy á contarles ahora.

Hallábase en necesidad el convento, y fuése la venerable Ana al Niño Fundador en demanda de socorro.

El Niño, que oyó la súplica de la Religiosa, bajóse de la alacena donde estaba colocado, y diciéndole á la Venerable: *Vente conmigo*, la condujo al huerto: allí le señaló con el dedo un agujero que había en la

pared, en donde ella encontró una regular cantidad de dinero, con la cual salieron de apuros las Religiosas.

Pero lo particular era que el Niño aun se quejaba muchas veces si no iban á pedirle. Es que ha querido y quiere aún cumplir la promesa que hizo á Santa Teresa al fundar dicha Casa, de que nunca les faltaria á sus hijas lo necesario, si observaban la Regla.

He dicho que aun hoy quiere el Niño Jesús cumplir su promesa, porque han sido tambien maravillosos en estos tiempos los medios de que se ha servido para favorecer á estas Religiosas, de suerte que con toda verdad aun puede llamarse éste el «Convento del Milagro.»

Otra graciosa habilidad del Niño Fundador, que es preciso no olviden ustedes, por si acaso.

Hemos probado el potaje que comen estas Religiosas, y al hallarlo muy sabroso (que lo es mucho), nos han dicho las monjas que el Niño Fundador le echa las salsas. ¿Qué tal?...

Pero ¡qué lástima que éstas y otras muchas cosas más no las puedan ustedes oír de boca de la Madre Eusebia, ó si no, de alguna otra hermana Feliciano, que no le va en zaga!

Quiéroles participar á Vds. la agradable sorpresa que tuvimos. ¡Nos tenia preparadas tan-

tas Santa Teresa! Era la víspera de la festividad de la Asuncion de María. En ese dia suelen las Religiosas sacar de dentro del convento la hermosa y florida litera donde descansa la Virgen en su misteriosa *dormicion*. En el momento en que, ayudado de un compañero, la sacaba el Hermano, nosotros acertábamos á estar allí. La litera y la preciosa imágen estaban, como Vds. supondrán, de mil primores. Pero ¿creen Vds. que nos detuvimos á mirarlas? El tiempo es oro, me dije; y con una mirada la mas intensa y abarcadora que pude, procuré observar todo el espacio del patio y claustro interiores, que desde el umbral de la portería se podia ver.

Por allá dentro descubrí festones de verdor que ondulaban al soplo de un aura tranquila; parras y flores de matices los más bellos; rayos de sol los más puros y virginales, y sombras que á mí me pareció tenian mayor frescura y encanto que las otras. Ya no extrañé yo que por allá dentro se dén castos abrazos la piedad y la poesía. Pero, para un alma que ama, ¿acaso no es todo poesía?

Tres ó cuatro Religiosas habian acompañado la litera hasta la puerta, en donde, despues que la hubieron sacado, se arrodillaron, queriendo besar las manos y pidiendo la bendicion.

Era la tarde del mismo dia cuando oimos

cantar por primera vez á las Religiosas, las cuales lo hacen con muy afinadas voces y con muchísima expresion. Se habia convenido en que Teresa, la amiga de Vds., entrase aquella misma tarde, antes de cantar la *Salve*; y así efectivamente se hizo. A la hora designada, la acompañamos á la portería. Salieron allí la Madre Priora y la Madre Maestra de novicias con otras dos Religiosas. Teresa se arrodilló á sus pies, besó el santo Escapulario á las Religiosas, y las abrazó una tras otra, pero con tales abrazos, que me temí no iban á acabarse. Abrazó despues á su hermano, que estaba con nosotros, derramando el pobrecito las últimas pero gozosas lágrimas. Despues nos besó á mi compañero y á mí la mano, dándonos la bendicion. Y esto fué todo. Otra mirada ambiciosa por aquel recinto interior, y se cerró la puerta.

Luego entramos en la iglesia, donde las Religiosas cantaron al órgano una *Salve* hermosísima. Entre aquellas voces nos pareció ya oír el arrullo de una nueva paloma que, en busca de su nido, acababa de alzar el vuelo en aquella amena soledad. Eran los preludios del cántico de salud que la feliz doncella dedicaba agradecida á la Virgen que protegió el misterio de sus castísimos amores.

Serian sobre las tres de la tarde del dia siguiente cuando fué la toma de hábito. Acudió

todo el clero de la poblacion y mucha gente, acercándose todos los sacerdotes con roquetes y llevando cirios encendidos en las manos. Mi compañero iba revestido de capa, pues él era quien estaba facultado para imponer el hábito. Yo me coloqué de suerte que ningun detalle del espacioso y lindo coro bajo, ni ninguna circunstancia de aquel acto, de suyo tan tierno, pudiéronse escapar á mis ojos. Figúrense ustedes hasta qué punto es verdad esto (¡curiosidad como la mia!) que hasta sorprendí, á través de sus velos, la involuntaria sonrisa de unas Religiosas, cuando al ir una de ellas á dar luz á las demás, se le apagó, con el aire que hizo andando, el cirio que llevaba encendido.

La Postulante estaba sin saber lo que le pasaba de gozo, pues á las preguntas que, segun el Ritual, le hacia el sacerdote, apenas si acertaba á contestar cosa alguna. Todo aquello era ciertamente muy hermoso. Pero cuando me sentí yo más conmovido fué al tenderse la novicia en el suelo, frente á la reja en la parte interior. Un coro de Religiosas cantaba dentro estrofas bellísimas, impregnadas todas ellas de amor sagrado, á las que contestábamos nosotros desde fuera, mientras una de las Religiosas andaba esparciendo olorosas flores sobre el hábito de la feliz doncella, que, muriendo al mundo, acababa de engalanarse con la gloriosa librea de las Esposas del Cordero.

Aquella actitud de la jóven Religiosa cogiendo puñaditos de frescas flores y verdes hojas de un canastillo, y echándolas con gracia sobre su nueva hermana, allí tendida, me pareció un cuadro sublime, lleno de interés y de ternura incomparables. Muerta parecía estar allí la novicia, pero ¡de cuánta suavidad, calma y dulzura estaba rodeada esta muerte! ¡Qué hermoso cuadro para el pincel cristiano! ¡Qué bellísimo tema para la fantasía de un verdadero poeta!

Gustavo Becquer quiso ensayarse en dibujarle con su pluma, y lo hizo tan bien como él sabia hacer estas cosas. Pero ¿no les parece á Vds. que sólo acertó á pintar la belleza exterior del cuadro en *Las tres fechas*, y que no supo, no podia saber pintar la interior belleza, la poesía inefable, la celestial embriaguez de amor santo que, si bien se deslizaba por el secreto fondo del corazon de la novicia, se adivinaba, sin embargo, y veíase reverberar en su rostro dulcemente iluminado?

Entónces sé yo que estaba orando por la santa Iglesia, por España, por el mundo entero; pero comprendo tambien que la idea de su felicidad en Dios venia á absorberla en tanta manera, que todos sus pensamientos, todos sus afectos, todas sus sensaciones se fundian en este solo pensamiento, que fué la aspiracion de toda su vida: «¡Ya estoy en el Claustro!»

Mas dejemos á la novicia gozando á sus solas con su Amado, y digamos dos palabras acerca de la funcion que , acto continuo , se verificó en la misma iglesia. Se expuso S. D. M., rezándose á seguida el santo Rosario y siguiendo el sermon, que dijo mi reverendo compañero. Nada quiero decirles acerca del orador, porque es excusado decir lo que ustedes ya saben. Sólo añadiré que el púlpito es muy lindo. Ahora añadirían Vds. que tambien lo fué el sermon. Pero yo , aunque así lo crea, no puedo ni quiero decirlo. Lo que todavía no les he dicho es que la iglesia , por lo graciosa, aseada , pulcra y qué sé yo qué más , es una tacita de plata. Todos estos dias la vimos tapizada completamente de ricas colgaduras de seda. La bóveda está formada por un gracioso y elegante arteson de maderas, que produce muy buen efecto. Las Religiosas cantaron al órgano durante la funcion algunas composiciones muy buenas. En una palabra : se celebraron una funcion y toma de hábito tan solemnes como no habia visto otra semejante el Padre que hace cuarenta años está en este convento.

Como Vds. comprenderán, apenas si salimos todo el dia de la iglesia. La Asuncion y la novicia se lo llevaron todo . Casi estoy para decirles que celebrámos dos muertes, pero dos muertes que eran dos triunfos, dos asunciones

á la vez. Una Virgen abandona las oscuras tinieblas de la tierra, levantándose en ráudo y glorioso vuelo á las claridades del Paraíso. Otra vírgen deja tambien regocijada la escoria de este mundo, y se eleva á esa otra region más serena y pura del Claustro, para vivir la vida escondida con Cristo en Dios, segun la frase del Apóstol.

Celebrámos una doble Asuncion.

Basta por hoy, mis buenas teresianas, pues temo no baste toda su paciencia para leer las prolijas relaciones de este su afectisimo, en Jesús de Teresa.





## CARTA TERCERA.

*Madrid, 20 de Agosto de 1875.*



o quiero, mis piadosas teresianas, salir de esta corte sin acabarles de contar las gratas impresiones que recibimos en Villanueva de La Jara.

El dia 16, que fué el último que pasamos en dicha poblacion, lo dedicamos á ver el pueblo y sus alrededores, despedirnos de los amigos, y hacer una visita al convento de monjas Concepcionistas que hay allí. El pueblo tendrá en la actualidad sólo unos quinientos vecinos, cuando en tiempos de Santa Teresa tenia hasta mil. Harto se conoce que la importancia de la poblacion ha sido mayor en otros tiempos, como lo atestiguan las ruinas que se observan

por muchas partes. Sin embargo de ello, aquellas calles tenían cierto encanto para nosotros, pues están sembradas de recuerdos de la Santa. Visitamos la casa y cuarto donde es fama que la celestial Andariega descansó. La iglesia parroquial, en que estuvo la Santa á cantar el *Te-Deum* al llegar al pueblo, es una fábrica hermosa cuanto cabe. El retablo del altar mayor, sobre todo, es tan extremadamente rico y grandioso, que he visto yo pocos que le aventajen. También visitamos otras iglesias, que son bastante buenas.

Pero el paseito que dímos aquella tarde por los alrededores del pueblo, merece punto á parte. Como quiera que eran muy buenos y amabilísimos los amigos que nos acompañaban, y el suelo que pisábamos hacia sentir tanto á nuestros corazones, no extrañarán ustedes que el paseo fuese largo. Dímos la vuelta al pueblo, saliendo por un camino que conduce al Valdemembra. Todo aquello nos hablaba de Santa Teresa; y no crean Vds. que nuestros amigos nos hablasen tampoco de otra cosa. Amantes hijos de la población, nos referían sus antiguas glorias, enlazadas con las de la Santa. Pero, ¿creerán Vds. que muchas veces yo no oía la conversacion, porque me lo impedía, casi descortés, mi corazón, que, sin poderlo remediar, hablaba muy alto? Embebido el pensamiento en recuerdos teresianos,

íbamos por un espacioso camino, ceñido por ambas partes de árboles gigantescos, cuyos antiquísimos troncos yo no extrañaría se acordasen de Santa Teresa de Jesús; mientras que el sol, sin pedirnos permiso, se escondía tan lindamente, dejándonos envueltos en los transparentes velos del crepúsculo. Norabuena que se vaya, dije, pues el paisaje aun ha ganado en mágica poesía.

Los labradores, tarareando una canción, se subían de las eras vecinas, con las caballerías cargadas de sacos del trigo que acababan de limpiar. Las muchachas del pueblo, con el cántaro lleno de agua, se volvían alegres á su casa, no sin saludarnos con su gracia manchega, al pasar junto á nosotros. A mí me parecía ver andar aún por aquellos bellos contornos á Santa Teresa, y me preguntaba qué debería pensar y sentir ella, al dar un paseito por aquellos mismos caminos en las deliciosas horas de la tarde. Todo quería yo observarlo, imaginando que en cualquiera cosa, en un árbol, en una pared, en una piedra cualquiera me sería dado descubrir algún rasgo de la Santa. Es que la hora misteriosa del crepúsculo convidábale también á uno á abandonarse á esa deleitable poesía de los recuerdos, que tan suave y pastosa dulzura va derramando en el corazón.

Pero le faltaba todavía un toque de luz á este

cuadro. Y se lo dió efectivamente la luna, que en tales momentos ví cómo se alzaba en el horizonte, arrebolada por las amables tintas del pudor, y recatando su belleza tras las varillas de una celosía, pues, tal me parecía un bosquecillo de álamos jóvenes. Sus rayos eran filtrados por las ramas, que mecía en silencio el aura de la noche, y todo se iba cubriendo de vaporosos tejidos. Como anduviésemos ya por la misma orilla del río, parecióme ver á la luna como bañarse en sus ondas, pero con tan envidiable calma y con tanta paz, que me pareció iba á dormirse en aquel lecho de resplandeciente cristal. Como si nos inspirara celos tamaño atrevimiento, dos dimos prisa para acercarnos á un puente de piedra, bajando á la misma corriente del agua.

Así, poco más ó menos, lo diría un poeta, mis buenas y poéticas teresianas; pero yo les diré que no los celos, sino el amor (aunque hay quien dice que van juntos), nos acercó al puente con infantil alegría; que el amor nos hizo bajar á flor de agua, y que el mismo amor tiene la culpa de las tiernas y santas locuras que en aquellas orillas hicimos.

¿Qué es lo que hicimos, me preguntan ustedes? — ¡Toma! Vds. no saben que aquella agua brota y corre siempre, y sin que falte nunca, entre el puente en que estábamos y el de más abajo, porque Santa Teresa de Jesús lo

prometió á los vecinos de La Jara, por la buena acogida que le hicieron. Adviertan ustedes que antes de ir la Santa por allí, solia faltar casi siempre el agua, y aun hoy escasea, menos en el espacio que media entre los dos puentes; pero desde entonces no ha faltado jamás agua, con que se abastece el pueblo, como ya lo asegura el dicho popular: *De puente á puente, agua corriente*. Nosotros, pues, que ya sabíamos esto, nos acercamos al Valdemembra, como al Jordan Teresiano. Yo no me cansaba de tocar aquella agua con las manos. Bañamos nuestras frentes, haciendo con ella la señal de la cruz (yo creo que con mucha fe), y despues bebimos, pero no sin comer antes... ¿á que no lo adivinan Vds?... Pues no otra cosa sino algunos confites que nos habia regalado... no alguna monjita, como acaso se darian Vds. á pensar, sino (tengan Vds. envidia) el mismo Niño Fundador en persona. Y es que cuando las Religiosas nos le sacaron con las demás reliquias que les he dicho, entre otras alhajitas y chucherías que colgadas del cuello y del cinto traia el Niño, vimos una cestilla con confites.

Ahora tengan Vds. la bondad de decirnos si seria cosa sabrosa al paladar un refresco compuesto de confites del Niño Jesús y de agua de Santa Teresa de Jesús. Dulzuras multiplicadas.

Nunca me hubiera yo separado de allí. Aquellas pequeñas olas, deslizándose mansamente y halagadas con una larga y amorosa mirada por los rayos de la luna, exhalaban un murmullo que, aunque débil y callado, levantaba un eco, eco robusto y poderoso en nuestro corazón.

Pero era ya tarde, demasiado tarde para nuestros amigos, aunque no para nosotros, y tuvimos que abandonar aquellas amenas orillas, y en sabrosas pláticas entretenidos, nos dirigimos otra vez al pueblo, atravesando sus calles, ya silenciosas, donde encontrábamos á las familias tomando el fresco delante de sus puertas. Despedíame yo de todas aquellas personas y cosas, y aunque mis palabras fuesen sólo mentales, no eran por eso menos cariñosas. Pero nos faltaba despedirnos de las Religiosas, y allá fuimos enseguida.

En dos palabras les voy á contar á ustedes nuestro ¡á Dios! Es que estoy algo cansado, y hemos de ir todavía á dar un paseito por el Buen Retiro.

Nuestra última entrevista con las Religiosas fué lo que Vds. llamarían una velada religioso-poético-musical. ¡Qué hermosa trinidad! Allí hubo de todo. Recuerdos teresianos, santas expansiones del corazón, poesías numerosas, cantos, y qué sé yo. La Madre Eusebia estuvo felicísima, como siempre. Nunca olvidaremos

las bondades finísimas de la jóven Madre Priora, y organista, y cantora á la vez. La novicia Teresa sólo nos sabia decir:—«¡Ay, yo no sé lo que me pasa!»

Alternando con aquella poesía—que cierto se podria llamar así aquel dulce y, casi podria añadir, armonioso platicar con las Religiosas—se leian versos, escritos por algunas de aquellas buenas almas, sin que faltasen, por supuesto, algunos de los que suele inspirar la indolente musa, á quien no desconocen Vds. Muchos de ellos hacian referencia al viaje y entrada en el claustro de la jóven tortosina. Nos llamaron, entre todos, la atencion unos que se leyeron en forma de romance, obra de una compañera de noviciado de nuestra teresiana, con quien ésta se entiende perfectamente. Ya se los guardaré á Vds. Eso haré tambien con los míos, si no se borran de la cartera donde los escribí.

Para que eso no suceda, lo mejor será arrancar las hojas en donde se hallan escritos, y enviárselas á Vds. Ahí van los versos con toda su sencillez y desaliño:

#### DEL EBRO AL VALDEMEMBRA.

##### I.

Orillas del Ebro ví  
A una paloma volar;—  
¿Dónde vas, blanca paloma?

¿Dónde tan léjos te vas?—

Cruzando rauda los aires  
Sin temer la tempestad,  
Pasa llanos y montañas  
Con desconocido afán.

Otras palomicas miran  
A la paloma volar:—

Dínos, palomica, ¿dónde,  
Dónde tan léjos te vas?—

Pasa pueblos y ciudades,  
Pasa ríos, pasa el mar,  
Sin que su vuelo detengan  
Las voces que oye detrás.

¡Qué ligera la paloma  
Cortando los aires va,  
Tendidas las blancas alas  
Sin volver la vista atrás!

Bajo del albo plumaje  
Siente el pecho palpitar:

¿Qué desea la paloma  
Que vuela, vuela hácia allá?

Aun cruza inmensas llanuras  
De arena estéril no más...

¡Pobre paloma que en ellas  
Te vas de sed á ahogar!

Ni hay una brizna de yerba  
En este desierto erial,  
Ni una gota de agua corre  
Que te pueda refrescar.—

¿Hácia dónde, palomica,  
Tu vuelo diriges, ¡ay!  
Dejando el paterno nido  
Y tu ribera natal?...

Orillas del Ebro ví  
A una paloma volar;—

¿Dónde vas, blanca paloma,  
Dónde tan léjos te vas?

## II.

Volando va la paloma,  
Volando sin descansar,  
Sin atender á las voces,  
Las voces que oye detrás.

¿Pero qué hace la paloma  
Que los aires deja ya  
Y con rápido descenso  
Va en el suelo á descansar?

¿Es que halló la dulce sombra  
Buscada con ansiedad  
Bajo unas ramas floridas  
Que frutos de vida dan?

¿Es que halló la clara fuente  
Pura y limpia cual cristal,  
En cuyas ondas serenas  
Feliz se pueda bañar?

¿Es que, al fin, la palomica  
Halló el jardín sin igual  
Donde el Abril es eterno  
Y es inefable el gozar?

Sólo sé que la avecilla  
Bajó con ardiente afán  
A esconderse en unas ramas...  
Y salir no la ví más.

Allí en quietud misteriosa  
Sin duda que gustará  
Los codiciados deleites  
Y la suspirada paz.

¿Oís, oís sus arrullos

Cuando en la rama al posar,  
Oye la voz de su Amado  
Y vé el sol de su beldad?

Arrullos son de ventura,  
De amor y gloria sin par  
Los que exhala la paloma  
Oculto en la soledad.—

Dejemos que la avecilla  
Con su Amado á solas ya,  
Guste delicias sin nombre  
Despues de tanto volar.—

Palomica, que del Ebro  
Dejaste el fresco raudal  
Y volaste al Valdemembra  
Tu blando nido á buscar:

No olvides á las palomas  
De tu ribera natal;  
No olvides á las que quieren  
Como tú poder volar.

Lo que yo no puedo referirles son los deliciosos comentarios que tras la lectura de los versos se hacian, porque eso es imposible copiarlo. ¡Cuán hermoso era lo que se decia y se hablaba y se expresaba, hijo todo de la espontaneidad del corazon, ceñido todo por los límites de la discrecion, de la delicadeza, y de esa santa finura que sólo la verdadera piedad enseña!...

Les dijimos finalmente ¡á Dios! á aquellas puras y santas almas, pues á la mañanita siguiente teníamos proyectado pasarnos á Si-

sante, y desde allí, en el tren, á Madrid, donde me tienen Vds. departiendo con las mismas.

Y ¡á Dios! les dice tambien cariñosamente este su afectísimo amigo en Jesús de Teresa, que sueña ya con Ávila, desde donde piensa escribirles muy pronto.

*Postdata.*—Adjuntas van unas hojas de árbol: las unas son del almendro en cuyas ramas posaba el Niño Jesús saltando de una á otra, al recrearse con la compañera de Santa Teresa y cofundadora del convento, la Venerable Ana de San Agustín; y las otras son de unos manzanos que han obrado maravillas, merced á la bendicion de la santa Madre Teresa de Jesús.

---



## CARTA CUARTA.

*Ávila 21 de Agosto de 1875.*



CUANDO sea Dios, pues ya respiramos los ambientes de Ávila y nos bañamos en la luz de la patria de Santa Teresa! ¡Cuánta felicidad, mis buenas Hijas de Teresa! Crean Vds. que todo va demasiado bien para estos viajeros teresianos. Pero ¿cómo no, si á manera de ángeles invisibles, nos acompañan en nuestro camino las oraciones de Vds. y de tantas buenas almas?

Hemos llegado hoy á la una de la madrugada, hospedándonos en una fonda que hemos encontrado al entrar en la ciudad. Aunque, como digo, era de noche y apenas sí podíamos

distinguir nada, ¿me creerán Vds. si les digo que de aquel fondo oscuro destacábanse para nosotros hermosas luces, que alegraban por extremo á nuestro corazon? Todavía la oscuridad de la noche paréceme á mí como si prestase más ligeras alas á la imaginacion, pues holgábase de espaciarse por el ancho campo de las ficciones, las más dulces y sabrosas entonces para mi alma.

Aquí nació Teresa, aquí vivió Teresa, por aquí anduvo Teresa (pensaba); y estos recuerdos bastaban por sí solos para embellecerlo todo, y aun para esclarecer las mismas tinieblas creo yo que servirían.

Si en el coche en que íbamos, desde la estacion del carril á la ciudad, oíamos hablar á los paisanos de Santa Teresa con aquel acento castellano puro, con aquel fino gracejo que en ellos acierto á distinguir, me parecia estar oyendo á la misma Santa, cuyo delicioso donaire tan al vivo retratado se halla en sus cartas.

Si la luz de un fanal venia de repente á iluminar el rostro de personas, desconocidas para nosotros, pero á quiénes, con sólo ser de Ávila, ya nosotros amábamos, á mí me parecia descubrir en ellas un expresivo rasgo, una línea de aquella garbosa y encantadora Avilesa; y, codeando á mi compañero, le decia bajito:

—¿Has visto? ¿Verdad que se parece á Santa Teresa?...

Pero ¡qué de menudas cosas voy ensartando, cuando tan buenas y exquisitas son las que tengo que contarles! Mas tengo la fortuna de no dirigirme sino á Vds., que habiendo dedicado á Santa Teresa los afectos más tiernos de su corazón, sabrán entender y sentir todo cuanto de delicado, de hermoso y tierno encierran estas dulces y deliciosas quimeras, hijas espontáneas de corazones que aman, creo que tambien un poco, por dicha suya.

No les cogerá á Vds. de sorpresa si les digo que, faltos de dormir como estábamos, hemos dormido y descansado bien durante las primeras horas de la madrugada. ¿Cómo no, allí donde Santa Teresa ha soñado tanto con los Ángeles?

Pero lo que Vds. no podrian acaso imaginarse es, que más, infinitamente más hermoso ha sido todavía nuestro despertar.

¿Se lo diré á Vds?

He abierto enseguida el balcon de nuestra habitacion, y toda ella se ha inundado de luz riente y clarísima. Hánme parecido tan bellos, tan cariñosos y dulces sus rayos, que he querido como envolverme en ellos, y en ellos ha deseado bañarse toda mi alma.

Yo no sabré decir hasta qué punto será eso verdad; pero, como si aquella luz hubiese po-

dido deslizarse hasta el fondo de mi alma, es lo cierto que ésta se ha sentido más alegre, rejuvenecida y feliz.

He contemplado despues este horizonte, estas casas, severos edificios y antiguos torreones que desde el balcon se descubren, y en todo he percibido un encanto muy particular. Nada tiene esto de extraño, si se atiende á que la mayor parte de los edificios y casas particulares son de antiquísima construccion, conservan muchos de ellos ese venerable sello de grandeza que tanto va desapareciendo, se ofrecen teñidos con ese color indefinible de los años que tanto agrada al artista, y en cuya contemplacion no puede uno menos de evocar los recuerdos de Santa Teresa, naturalmente enlazados con estas casas y edificios.

¡Cómo se satisface el corazon cuando al pasar por esta Ávila de los Caballeros, como con toda verdad se la llamaba, piensa y dice uno:

«Por esta torcida y sombría calle pasó muchas veces Santa Teresa;»

«La sombra que proyecta el arco ojival de este portalon, de sillares oscuros y esmaltados de verdin, bañó infinitas veces la frente de aquella hermosa niña, que se llamó despues Santa Teresa;»

«Por esta plaza se vió corretear á la que despues cobró fama de celestial Andariega;»

«En este ajimez árabe, abierto en los vetustos paredones de la casa de un título de Castilla, ya se fijaron los ojos de la graciosísima adolescente Teresa;»

«Aquella almenada torre ya hirió sin duda la vivaz fantasía de Teresa;»

«En este azul purísimo reposaron plácidamente las miradas de Teresa;»

«En esta lumbre clarísima se anegaron las pupilas de Teresa!...»

Crean Vds. que esto solo proporcionaba abundante y sabroso pasto á mi imaginacion.

Pero ¿cómo decir la satisfaccion de mi corazon hambriento, al paladear lo que despues hemos ya visto, y eso que todavía nos falta tanto por ver?

Tan pronto como esta mañana nos hemos levantado, nos hemos echado á volar por esas calles, creyéndonos á pié juntillas que todo lo íbamos á encontrar. Pero, si á nadie lo hubiesen de contar Vds., les diria que, como tres y dos son cinco, nos hemos perdido por ese dédalo de calles. Nosotros preguntábamos á la gente por *la Santa*; y es claro, la gente nos guiaba, y llegámos por fin, despues de andar mucho, á la que ahora es iglesia dedicada á Santa Teresa, y que fué la misma casa donde ella nació, iglesia á que los avileses llaman gráficamente *la Santa*.

—Pero ¡si no es esto lo que nosotros busca-

mos! decíamos. ¡Si buscamos el convento de San José!

—Pues, digan Vds. que van á *las Madres!*—nos han contestado.

—Pero ¿dónde está eso?

—Miren Vds., al otro extremo de la poblacion.

—¡Ay, Madres de mi vida! he exclamado.

Y dejando por entonces *la Santa*, con apresurado paso nos hemos dirigido en busca de *las Madres*, que nosotros confundíamos con *la Santa*.

Ya has conseguido lo que deseabas, me decía mi compañero.

—¿Lo qué? ¿El cansarme? le contesté.

—Pero ¿que no deseabas perderte por Ávila?

—Y tienes razon que lo dije. Santa Teresa me lo ha concedido. ¡Bendita sea!

Así que llegamos al convento de San José, y entramos en la habitacion donde las Religiosas tienen el torno, hubieran Vds. oido el gracioso diálogo que me permito copiarles:

—*Deo gratias.*

—A Dios sean dadas.

—¿Cómo están Vds., Madres?

—Bien, á Dios gracias, y V.?

—No hay novedad. Sin duda no nos conocerán Vds.

—No sé; no tengo el gusto...

—Somos unos viajeros de allá léjos; de Tortosa.

—¿De Tortosa? ¿Conocen Vds. al Sr. Director de la *Revista Teresiana*?

—¡Vaya!...

Yo entonces me eché á reir. Debíó de oirme la Madre tornera, pues añadió con viveza:

—¿Acaso es V. el Sr. D. Enrique?

—No está muy lejos, Madre; contesté yo.

Nos dijo que enseguida iba á sacar recado para celebrar, como deseábamos, añadiendo que noticiaria nuestra llegada á la comunidad, y advirtiéndonos que no faltásemos al locutorio á la hora de recreo. Despues de decir la Misa, tomámos el desayuno en el locutorio, aplazando nuestra entrevista con las monjas para otro rato.

Tambien aplazo para otra carta el hablarles de lo que aquí hemos visto y veremos aún, Dios mediante.

Luego hemos ido á ver al señor Obispo, el cual nos ha recibido con una amabilidad cordialísima. Dije una vez que ciertas frases de una carta suya eran de verdadero sabor teresiano; mas hoy debo añadir que todo lo de su persona tiene ese delicado y gracioso sabor. Nos ha cautivado ya á las pocas palabras que con Su Ilustrísima hemos cambiado, y en sus familiares hemos encontrado unos verdaderos amigos.

Acompañados por uno de ellos, hemos ido á visitar á la *Santa*, esto es, la iglesia que fué

la casa donde ella nació. Tiene esta iglesia la forma de cruz con cuatro capillas á cada lado.

En el último altar lateral de la derecha se venera una imágen de mucho mérito que representa á Nuestro Señor atado en la columna, y á la cual tienen los fieles mucha devocion. Es obra de D. Gregorio Hernandez, y pintada por Luis de Morales. El altar mayor, que es bastante bueno, representa á la Virgen y al Señor san José poniendo un collar á Santa Teresa.

Luego nos hemos dirigido á la capilla de la Santa, pasando por la de Nuestra Señora del Cármen. Las dos constituían la sala y alcoba donde vió la luz nuestra Heroína. Estando allí me representaba con la imaginacion á toda aquella tan ilustre como cristiana familia, alborozada con la nueva de haberles concedido el Señor una preciosa niña, cuyos vagidos me parecia aun oir, impresionado por aquel sitio y por aquellos dulces recuerdos. Estos eran despertados más vivamente por las inscripciones que se ven á la entrada de la capilla, y que declaran el dia y la hora y demás circunstancias del nacimiento de Santa Teresa.

Como Vds. comprenderán, nosotros no teníamos necesidad de estos despertadores cuando, impelidos por la más viva y devota curiosidad, al mismo tiempo que sobrecogidos de no sé qué profundo respeto y temor, observá-

bamos la capilla con el más prolijo detenimiento, temerosos de que nada se escapase á nuestros ojos. La efigie de la Santa se halla de rodillas y con los ojos levantados al cielo. Su cara es hermosa; pero, si he de decir con franqueza lo que siento, al conjunto le falta esbeltez y gracia. Yo me guardaré mucho de decirlo así á los avileses, pues ya se tienen creído ellos que no hay una imágen como aquella.

Allí, sobre el altar y colocado dentro de un escaparate, hemos contemplado y besado un precioso Crucifijo. ¡Ay, mis buenas amigas! Al besarlo con una efusion en que se confundian dos amores dulcísimos, el amor á Jesús y el amor á Teresa, he sentido yo no sé qué íntima y sagrada delectacion... ¡Lo besó y abrazó tantas veces Santa Teresa! ¡Hablabas su piadoso rostro con tanta elocuencia de los multiplicados trabajos y de los inefables consuelos de nuestra esclarecida vírgen! Con él en las manos murió la Santa bendita, despues de haber tenido un éxtasis que le duró catorce horas, teniendo la cabeza amorosamente reclinada sobre un hombro de la venerable Ana de San Bartolomé.

¿Comprenden ahora Vds. los sentimientos que tan precioso Crucifijo despertaría en nuestros corazones?

Colgado de la pared vimos tambien otro cuadro de la Vírgen Dolorosa que la Santa llevaba

igualmente consigo en sus viajes. En la parte superior de las paredes laterales de esta capilla existen seis grandes cuadros que representan escenas de la vida de Santa Teresa.

Luego nos han sacado las reliquias de la misma que se guardan en una alhacena de la capillita inmediata, dedicada á San Elías, en donde estaba el despacho del padre de la Santa. Las reliquias son: el dedo índice de la mano derecha, que está colocado en un relicario de cristal y de plata; una suela de sus alpargatas colocada de igual forma; el báculo que usaba en sus viajes, que no extrañé sea bastante largo, pues era la Santa buena moza; y finalmente su santo rosario con la cruz de madera, las cuentas bastante abultadas y todo engarzado en plata.

Esto último lo lamentamos mucho nosotros. Que se conserven en hora buena, dentro de relicarios de oro y de diamantes, si se quiere, objetos tan inestimables, pero que se conserven sin alterarlos en lo más mínimo, como quiera que en vez de enriquecerlos, lo que se hace es arrebatárles con esto todo su aroma, quitarles casi su autenticidad, en lo cual consiste todo su valor. Bien sabemos que son sentimientos de piedad los que inducen á hacer tales alteraciones, pero se me figura que no es esta una piedad tan ilustrada como sería de desear.

Pero ahora estoy notando que este tono sério no me cuadra. ¡Qué demonche! Será como el claro oscuro en el lienzo. Van Vds. á verlo.

Despues de orar un ratito en aquella capilla tan retirada, tan devota, tan llena de recuerdos, tan embalsamada de ese espíritu teresiano, con el cual quisiera yo poder saturar estas cartas, para que percibiesen Vds. algo siquiera de lo que nosotros sentíamos; despues de desahogar nuestro corazon allí donde Teresa de Jesús exhaló su primer suspiro, y envió á sus padres su primera sonrisa, y fué acariciada por el primer rayo de sol, y arrullada por los primeros murmullos del aire, hemos salido con direccion á la sacristía, y por una especie de abertura que hay en un ángulo, nos hemos metido nosotros, guiados por nuestros amigos. Hemos bajado agachados á una especie de subterráneos, en donde estarian sin duda los bajos de la casa de los padres de Santa Teresa. Nos han dicho que por allí había antes unos sepulcros, creo que de la familia. Saltando y casi corriendo iba yo por aquellos oscuros lugares, pues imaginábame que algo de bueno íbamos á ver. Y no me engañé ciertamente. Figúrense Vds. que de repente hemos salido á un patio lleno de arbustos y árboles. ¡Era el jardincito de Santa Teresa!

Allí pensé en aquellos versos que un amigo mio escribió y dedicó á Santa Teresa:

Niños son sus pensamientos,  
y hace ermitillas jugando:  
es que ya se está ensayando  
para fundar sus conventos.

Miraba yo á todos los ángulos para ver si acertaba á distinguir todavía algun hoyo, alguna pared, algun resto de aquellas casitas.

Aquí se debia ella sentar (pensaba), y con aquella discrecion que ya entonces apuntaria en su alma, le daria á Rodrigo, su hermanito, reglas para hacer con solidez y gracia aquellos edificios en miniatura.

Aquí diria la niña Teresa, segun se lo ha inspirado á un amigo mio su musa teresiana:

¡Qué alegría da el ver cómo  
Las piedrezuelas poniendo  
Van las paredes subiendo  
Cual si se hicieran á plomo!  
Aquí una puerta se deja;  
Allí ventanas; al lado  
Pongo un hermoso terrado,  
Y en otra parte una reja.  
Un lindo huerto detrás  
Con yerba y flores coloco:  
En esto empleó no poco  
Trabajo... ¿Qué falta más?

Hay tambien aquí lilas y un guindo, á quienes hubiera querido despojar de todas sus ho-

jas para regalarlas á las teresianas más pequeñas de esa.

Algunos puñados cogí, llenándome de ellas los bolsillos. Para todas habrá.

Pero no nos contentamos con esto. En el guindo habia algunos frutos; mas es el caso que estaban en una rama muy alta.

Queríamos probar la fruta del jardin de Santa Teresa, y ¡cuando se quiere bien! Al fin hicimos caer alguna. Verde estaba, es verdad; pero ¿extrañarán Vds. que les diga que la encontramos dulce? Al salir del jardin (yo era el último), vimos una rampa que nos dijeron era la bajada del jardin á la casa.

Por aquí (dije) saltaria y retozaria aquella corcilla y «niña traviesa;» y ¿lo creerán ustedes? aun me pareció ver deslizarse, huyendo por allí, su sombra querida, que nosotros perseguimos por todas partes como unos... enamorados.

Pero basta por hoy, mis buenas teresianas. Hace rato que les estoy escribiendo, y es cosa de aprovechar el dia. Tenemos muy buenos, amables y teresianos amigos, que no quieren nos vayamos sin recorrerlo todo.

Hasta la otra, pues.

Pero aun me rio de lo que acaba de pasar aquí en el cuarto donde les escribo. Sacaba yo del bolsillo mi acopio de hojas, cuando mi compañero me ha dicho:

—Pues has de saber que yo tengo una cosa mejor.

—Vamos á verla, le he contestado.

—¡ Ah! y cómo la quisieras para tí!

—No, no, que ya estoy contento con mi precioso botín.

—¿ Sólo eso? ¡ Gran cosa! exclamó viendo mis hojas.

—¿ Pues qué tienes tú de más? vamos á ver.

Por fin, movido por mi curiosidad ha sacado del bolsillo, ¿ saben Vds, que? Pues nada menos que *un pedazo de ladrillo*. Mi amigo me dice que es aun de las mismas casitas que siendo niña hacia Santa Teresa. Pero yo le digo que no debe ser sino un pedazo cualquiera, que algun muchacho echó allí tirando piedras desde la calle. A esto me contesta que solamente la envidia me hace hablar, y que no me va á dar ni un átomo de él.

¿ Han visto Vds. más rencorosa venganza?

Se repite de Vds. afectísimo amigo en el sagrado Corazon de Jesús de Teresa.



## CARTA QUINTA.

*Ávila 23 de Agosto de 1875.*



**D**ESPUES de haber admirado los anti-  
quísimos y suntuosos edificios que  
ennoblecen é ilustran por tanto ex-  
tremo esta ciudad teresiana; des-  
pues que hemos visitado sus ejempla-  
res conventos, recorrido sus sombrías  
y silenciosas calles y paseado sus be-  
llos contornos, contemplando con sin-  
igual embeleso y deleite la graciosísi-  
ma imágen de la incomparable Teresa,  
que en todas partes acertamos á ver aquí re-  
tratada, á través de la olorosa y brillante nu-  
be de amor y de gloria que la envuelve;—des-  
pues de lograr tanta dicha, mis buenas tere-  
sianas, vamos á dejar á nuestra querida Ávila;

pero... ¡para tornar á verla muy pronto! ¡Pues qué! ¿es por ventura tan fácil abandonar de rondon cosa que tanto cuesta y se estima tanto?

Pero como á nuestro regreso de Alba de Tormes no podrémos estar aquí sino de paso (á no ser que otra cosa se le antojase á la Santa), quiero yo, pero desde aquí mismo, sobre el terreno, sintiendo aún los apresurados y deleitosos latidos de mi corazon al ser llevado de sorpresa en sorpresa, de satisfaccion en satisfaccion, de felicidad en felicidad; quiero, digo, explayar mi alma y desahogar con Vds. mi corazon de la dulce carga que deliciosamente le oprime; quiero añadir un anillo, tal vez el más precioso, á la série de cartas que les tengo prometidas, y hacer (ó procurarlo al menos) que sobre este pedazo de papel se reflejen y perpetúen, tomando cuerpo y tiñéndose de colorido, las santas é inefables consolaciones experimentadas en tan venturosos dias, parecidos, casi podria decir, á un *sábado perpétuo*.

Cierto que me siento casi fatigado de tanto andar y correr, especialmente el dia de hoy; pero imagínome que voy á descansar escribiendo á Vds. (no es galantería), y sé que ustedes me lo van á agradecer, si otra y otra vez me agrada bañar su boca de suavidad, haciendo que la primera palabra que en esta carta lean y pronuncien sea la preciosa de: ¡Ávila!

¿No es verdad que es muy dulce y deleitable cosa el ir siguiendo, una á una, las brillantes huellas que Santa Teresa de Jesús dejó aquí estampadas? Porque adivino sus deseos y estoy seguro de que no van á cansarse, voy yo á guiarles á Vds. por ese sendero de tanta y olorosa flor esmaltado.

Creo que en mi anterior nos quedamos, de mi cuento, que no lo es, en el jardincito de Santa Teresa. ¡Apacible sitio para tomar descanso!

Mas ahora quiero añadirles que, al salir de aquel venerado templo, tomando por la derecha mano, visitamos una casa de antiguo y majestuoso aspecto, á donde nos invitó á entrar un caballero avilés, llamado D. Benito García Arias, ferviente teresiano, que actualmente la habita en parte.

Así que supimos que aquella era antiguamente la casa de unos parientes de Santa Teresa, todas aquellas paredes se bañaron para nuestra imaginacion (ó las bañó ella, que es igual) de las más poéticas tintas, y se hicieron interesantes cuanto cabe para nuestro corazón.

Acaso era aquella la casa de los padres de aquella prima hermana de la Santa, de quien ella nos habla, (pensaba yo). Aquel fresco patio, embaldosado de oscuros y gastados sillares; aquellas escaleras anchísimas; aquellas

habitaciones que, por lo extensas y lo alto de sus techos, como solian hacerlas nuestros antepasados, parecen estar siempre desiertas; todos aquellos sitios que nosotros recorríamos con el más vivo interés, no estaban silenciosos ni desiertos, por más que tal pareciese.

Todo aquello me parecia estar alegre, sonriente, animado por el gracioso y regocijado grupo de dos gentiles y graciosas doncellas avilesas, amigas cariñosas, que enlazadas las manos, como lo estaban sus corazones, iluminados sus rostros con los purpúreos reflejos de la juventud y la alegría, iban de aquí para allá, dejándolo todo, por donde ellas pasaban, iluminado con la graciosa luz de sus ojos, y con el deleitable encanto de sus sonrisas embellecido.

Divertido en extremo seria, pero prolijo tambien por demás, el cuento de los deliciosos episodios, de las historias peregrinas que sobre aquella ancha tela y á la luz de mis recuerdos teresianos iba dibujando, ó mejor dicho, hallábalos ya dibujados con los mas vivos y risueños colores de mi fantasía.

Hemos despues pasado por bajo de una especie de arco que antiguamente fué portal, y fué el mismo por donde Teresa de Jesús salióse fuera de la ciudad cuando, en compañía de su hermanito Rodrigo, iba desalada á tierra de moros á ser... descabezada.

A pocos pasos de allí hemos visitado la iglesia de Santo Domingo, que por estar muy cerca de su casa, visitaria todos los dias, ó muy amenudo, y en donde oiria la Misa Santa Teresa. En esta misma iglesia, donde hemos celebrado Misa un dia de estos, se halla establecida la Asociacion de hijas de María, que desde hoy pueden tambien apellidarse hijas de Teresa de Jesús. Pero esto merece punto aparte.

Andando por estas calles, donde á cada momento se ve uno precisado á detenerse, sorprendido por la vista de tantos y antiguos monumentos de arte, en que tal vez solo Toledo la aventaje, al llegar frente á una muy grande y severa iglesia, nos ha dicho nuestro teresiano amigo, sobrino del señor Obispo: «Entren Vds. aquí, donde, si no me engaño, van Vds. á encontrar algo de lo que buscan.»

Entrando en la iglesia, parroquia de San Juan Bautista, hemos visto, á nuestra izquierda mano, la pila bautismal elegantemente labrada en forma de concha, y forrada de una gran vacía de bronce. En aquella pila es donde el alma de Santa Teresa de Jesús fué ataviada con la radiante estola de la gracia divina, que nunca jamás mancilló gravemente; allí fué donde su corazon sintió los primeros y misteriosos impulsos del divino Jesús; allí donde empezó ya á ser «Teresa de Jesús;» y

allí, finalmente, es donde fué bautizada, el día 4 de Abril de 1515, como consta de una inscripción que allí se ve.

En esta misma iglesia tuvimos el gusto de leer un autógrafo de la Santa, puesto en un relicario. Es una carta que dirige, creo, á un hermano suyo, en que le habla de dineros, pero con un gracejo tan delicioso, que de buen grado copiaría sus frases, si las recordara.

No lejos de esta parroquia, hemos sido introducidos por nuestro amable guia en la casa de uno de los notarios públicos de la ciudad, en donde han de saber Vds. que hemos tenido una de las mas gratas sorpresas. Figúrense Vds. que, sin preceder ninguna noticia de él, hemos tenido en nuestras manos y hojeado á nuestro placer, nada menos que un grueso volúmen, preciosísimo *infolio*, donde se hallan todos los originales de las actas remisoriales y deposiciones de los testigos de Ávila para proceder á la canonizacion de la insigne Virgen avilesa. Estará de más decirles á ustedes que nos hemos entretenido bastante, mirando y leyendo en aquel verdadero mosaico de letras. Nos agradó sobremanera ver que sus dueños, que estuvieron muy atentos con nosotros, custodian y veneran, con el profundo respeto y alta estima que se merece, tan precioso códice.

Yo no sé si les guie ahora á Vds., uno tras

de otro, á esos tres grandes monumentos de la piedad y del arte en su expresion mas bella, que se llaman: la Catedral, la basílica de San Vicente y el convento de Santo Tomás, que se halla extramuros de la ciudad. Vamos, sí, á esos venerandos lugares, donde al lado de bellezas incomparables acertaremos á descubrir no pocos recuerdos teresianos, que, como flores henchidas de exquisito aroma, vendrán á acariciar por inefable manera nuestro corazon.

Tres ó cuatro veces he visitado yo la Catedral, y siempre me he salido de ella con grave disgusto. ¿Saben Vds. por qué? Porque no he podido pasar allí horas enteras. Al contemplar, embebecido, tanta grandiosidad y belleza, parece como engrandecerse tambien el espíritu; viendo como atrevidas se lanzan al cielo aquellas aristas de la estrecha nave del centro, que nadie dirá sino que son de trasparente cristal, tambien se eleva con ellas el alma á regiones más puras; empujada, al parecer, por aquellas delgadas y altísimas columnas, álzase la mirada, y los pensamientos con ella, hasta aquella lindísima techumbre, cuya ornamentacion es de lo mas rico; y, rodeado de aquellas sombras, que parecen matizadas con variedad de dulces y misteriosas tintas por la luz que trasparentea los vidrios de colores de los góticos ventanales, imagínase uno envuelto

en las tinieblas de gloria que hinchén el templo del Señor. Visitando aquellas solitarias y devotas capillas, nos detuvimos en una que hablaba más alto á nuestro corazón. Se llama «de Velada,» y se venera en ella la imágen de Nuestra Señora de la Caridad, que fué trasladada á este lugar desde una ermita que habia antiguamente edificada á la orilla del rio Adaja. Allí Santa Teresa solia visitarla muchas veces, y, tanto al salir á hacer sus fundaciones como cuando volvía de ellas, se postraba á las plantas de la devotísima imágen, ya pidiéndole á la Virgen su favor y auxilio, ya dándole gracias por los recibidos.

La primera vez que pasámos por delante de la Basílica de San Vicente ya llamó vivamente nuestra atención. Es un monumento de los más antiguos y célebres, no sólo de España, sino de toda la cristiandad. Sus arcos bizantinos, sus riquísimos festones, su airoso almenado, sus sepulcros, acabados modelos del arte, nos cautivan siempre que pasamos por allí, que es todos los días, porque está cerca de donde nosotros habitamos. Pero cuando, anteayer por la tarde, fuimos á visitarla, y, después de orar cabe el elegantísimo sepulcro que guarda los cuerpos de los santos hermanos mártires, Vicente, Sabina y Cristeta, bajámos á una misteriosa cripta, en los momentos en que unas cuantas devotas mujeres

rezaban el santo Rosario á las plantas de la Virgen, apellidada expresivamente de la *Soter-raña*; cuando, despues de orar tambien nosotros, nos dijeron que allí bajó Santa Teresa, en una de las circunstancias más trascendentales de toda su vida (esto es, al salir del convento de la Encarnacion y dirigirse al recién fundado de San José), y que en el fondo de la cripta, despues de orar ante la imágen de María, verificó su descalcez, y, ya descalza, se dirigió desde allí al convento de San José; cuando en aquella misma cripta, teatro de tan notable y faustísimo acontecimiento, esto nos contaban, yo no les sabré decir á ustedes qué nuevo encanto hallaron nuestras almas en aquellos lugares, por tantos motivos dignos de la más alta veneracion.

¿Qué debió de decirle Santa Teresa á esta imágen de María?—me preguntaba á mí mismo orando á sus piés. Y cuando subíamos aquellas escalerillas subterráneas decíale á mi compañero:

—¿Te parece si la Santa, con los piés ya *des-calzos*, andaria más ligera por estas escalerillas al subirlas que no cuando las bajaba, siendo *calzada*?

—Es verdad (me contestó) que las escaleras se bajan más pronto que se suben; pero... ¡las subia *descalza*!

—Eso es.

A la iglesia de Santo Tomás (de Aquino) que es—digo, era!!—convento, universidad y palacio real á la vez, ¿quieren tambien Vds. que les gue, mis distinguidas y piadosas teresianas? Verdad que está un poco lejos... pero si es aquello tan bello, tan grande, tan suntuoso todo! Allí parece que habita aun la grandeza... la grandeza de un pasado glorioso y de los recuerdos inmortales! Las majestuosas sombras de los Reyes Católicos vagan errantes todavía por aquellos desiertos claustros, confundidas con las de los Religiosos; panteones de príncipes hablan allí al alma, con elocuente silencio, de las vanidades de la tierra; no imaginables epopeyas de gloria, llevadas á cabo en los siglos de la fe y de la civilizacion cristiana, se ofrecen allí á los asombrados ojos, escritas en perdurables páginas de granito; sitios recogidos y gradas de altares venerandos recuerdan allí á aquella otra mujer rodeada de tantos atractivos, adornada de tanto genio y discrecion, pero de mayor santidad aunque Isabel la Católica...; recuerdan á esa otra Isabel de los claustros, á la gran Teresa de Jesús. ¡Ah! si Teresa de Jesús hubiera podido encontrarse todavía con aquella inmortal princesa, al cruzar las naves inmensas (no tanto como sus corazones) de aquel templo, estoy seguro de que ambas á dos se hubieran al instante conocido, comprendido y amado. ¡Eran dignas la una de la otra!

Con placer y asombro siempre crecientes, hemos vagado por aquellos suntuosos claustros, subido aquellas anchas y régias escaleras, recorrido aquellas altas galerías, penetrado en aquellos salones que habitaron los Reyes Católicos, en cuya noble sencillez ostentábase mejor su incomparable grandeza. Hemos admirado, sobre todo, el grandioso y magnífico templo, de orden gótico puro, como todo lo demás, en cuyo crucero llama la atención, seduce los ojos el sepulcro del jóven príncipe D. Juan, donde, vestida de toda gala, y armada de guerrero, parece descansar al descubierto, en un lujosísimo lecho del más fino alabastro, la estatua del hermoso y llorado príncipe. Subimos al coro, cuya sillería es admirable, caprichosa, fantástica de todo punto, siendo su composición de la más delicada y exquisita filigrana piramidal; nos sentamos en las sillas (un poco más anchas que las demás) que fueron los tronos donde solían sentarse aquellos esclarecidos y piadosos Reyes, entrando de paso en las tribunas desde donde acostumbraban oír Misa; y, por fin, recorrimos aquellos altares...

Sólo de uno quiero hablarles. ¿Les sabrá á ustedes mal?

Perdon les pido por preguntar esto á unas buenas hijas de Teresa de Jesús, cuando se trata del altar donde la Santa recibió del Señor uno de los más señalados favores. Sí, al lado de

la Epístola hay una célebre capilla donde se venera un precioso Santo Cristo. En sus hermosos y piadosos y lastimosos ojos, los de Teresa bebieron muchas veces raudales de amor purísimo, de piedad y compasion indecibles. Como quiera que allí tuviese su confesonario el célebre dominico Padre Báñez, confesor de la Santa, nos era grato pensar cuáles serian los inefables coloquios de su alma con aquella piadosísima imágen, antes de bañarse en las cristalinas corrientes que brotan del Sacramento, y en los sentimientos de júbilo santo que se desbordarian de su corazon despues de este acto.

Pero no está dicho todo. Fué en esta misma capilla, ante esta misma sagrada imágen fué donde la Santa tuvo aquel dulcísimo arrobamiento, en el cual vió á la Virgen María y á su señor San José, los cuales, despues de vestirle una ropa de mucha blancura y claridad, le echaron al cuello «un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor.» Yo les remito á Vds. al capítulo treinta y tres de su *Vida*, á fin de que se enteren mejor de esta gran merced, que aquí en esta capilla recibió la Santa.

Ahora que caigo en ello (¡hay aquí tanto por ver!), bueno es que sepán Vds., ya que hablábamos de un confesonario, que hemos visto en la iglesia de Santo Tomás Apóstol el

mismo donde se sentaba San Pedro de Alcántara para confesar á Santa Teresa. Viejecito está, es verdad, pero agrada aun el verle.

Y sin otra cosa por hoy, dispongan ustedes, como siempre, de su afmo. en Jesús de Teresa.



## CARTA SEXTA.

*Avila, 24 de Agosto de 1875.*



ODAVÍA no he hablado á ustedes, mis buenas Hijas de Santa Teresa, del convento de la Encarnacion! Nuestro corazon nos decia que allí habia de experimentar más profundas impresiones, si cabe. Tardecito era ya, cuando, descartados de otras atenciones y compromisos primeros, pudimos, el primer dia, tomar el camino del expresado convento, que se halla extramuros de la ciudad en la parte septentrional; pero no pudo ser esto parte para impedir que fuésemos allá volando. En agradable conversacion entretenidos con nuestro compañero y guia (excuso decirles á Vds. sobre qué versaba),

no tardamos mucho en acercarnos al convento, cuyas severas y majestuosas líneas veíamos dibujarse en aquel ancho horizonte, arrebolado con celajes de jacinto y oro, que formaban caprichosos y etéreos paisajes, según eran heridos por los rayos del sol poniente.

Cerca ya del santo edificio, percibimos gotear una fuentecica... ¡Era la fuente de Santa Teresa! Cuentan que allí bebió y descansó muchas veces la Santa. Consultando á mi corazón, ya hubiera yo querido sentarme y descansar allí también. Pero era tarde... y un poco más arriba está nuestro *desideratum*.

Sentado sobre la peña, y al blando murmullo de la fuentecica (iba yo pensando y caminando á la vez), ¡cuánto me agradaría contarles á Vds. y mis amigos de esa una leyenda teresiana! Se me quiere figurar que no será extraño les conduzca á este sitio alguna vez.

En esto pensando, llegámos á la puerta de la iglesia, que, aunque la hallamos cerrada, no tardó en abrirnos uno de los buenos Padres misioneros (catalanes por cierto) que habitan en una casa contigua al mismo convento.

¡Oh! Ya tenemos abierta y franqueada el arca de las riquezas y magnificencias Teresianas! ¡Aquí está el relicario tal vez más rico, no diré sólo de España, sino del mundo entero!

El sol se ponía en el momento en que entramos en la iglesia: ¡para nuestros corazones entonces nacía el sol!

Aquí vivió Santa Teresa (pensaba yo) por espacio de veintisiete años; aquí moró aquel humano Serafin; aquí se hizo grande en santidad; aquí oró; aquí cantó; aquí amó .. como jamás en la tierra han amado los hombres; aquí fué del Señor altamente favorecida y finísimamente regalada, como nunca lo ha sido ninguna alma en la tierra, á excepcion de María...

Y siguiendo silenciosos, y dominados por las más hondas impresiones, á nuestro guía, apenas si nos era dado ya reflexionar; sólo sentir, y sentir con toda la violencia de que es capaz el corazón, podíamos en tales momentos.

Delante de nosotros iba el Padre, el cual con una palmatoria encendida, nos mostraba y explicaba, con queda y misteriosa voz, aquellos sitios consagrados por tantos misterios de amor inenarrable, obrados en favor de Teresa.

Al entrar, hizo que nos acercásemos á la reja del coro bajo, en medio de la cual vimos un comulgatorio. «Este era el mismo comulgatorio de Santa Teresa (nos decia el Padre) donde tuvo tantos arrobamientos, y recibió del Señor las singularísimas mercedes que ella cuenta.» Y acercándonos más á él, aun nos pareció sentir el aliento de Teresa, cuando aspiramos la exquisita é indefinible fragancia que de allí se exhala, como acontece con todos los objetos y escritos que fueron de la Santa.

Aunque de una manera confusa y en monton, porque el corazon estaba muy conmovido y la imaginacion exaltada, no pudimos menos de recordar los sucesos más notables que se verificaron en este sitio.

Aquí (recordaba yo), aquí, un día de Ramos, despues de comulgar, se halló la Santa toda ella bañada en la sangre, todavía caliente, de Jesús, oyendo del Señor estas dulces y regaladas palabras: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia,» con las demás que refiere la Santa y Vds. saben.

Aquí (seguia recordando), en este mismo comulgatorio, que toco con mis manos, siendo confesor del convento San Juan de la Cruz (¡qué almas, Dios mio!), al darle éste á la Santa la Comunión en una forma partida, como se imaginase la Santa que lo hacia por mortificarla, díjole el Señor: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí.»

Aquí fué donde se le representó el Señor en vision imaginaria, y celebró con ella místicos é inefables desposorios, diciéndole, al darle un clavo de su mano: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy... mi honra es ya tuya, y la tuya mia.»

Aquí, tras esta misma reja que toco, Teresa de Jesús... ¿quién puede saber todo lo que pasó á su alma?... se anegó en un mar de íntimas y

no gustadas dulzuras; fué esclarecido su espíritu de superiores claridades; se transfiguró, se bañó su rostro en gloriosas lumbres; y como un Angel, á quien el amor presta radiosas é impalpables alas, voló... elevóse, sí, arrebatada en éxtasis soberanos...

Al rededor del comulgatorio distinguimos un festoncito de lindas flores artificiales junto con otros adornos de seda, con los cuales las Religiosas han embellecido aquel sitio. Pero el corazón que ama, el alma que cree, ¿pueden allí echar de menos joyas, atavíos, ni riquezas?

«Dentro de ese coro bajo (nos iba explicando el Padre) guardan la silla prioral que ocupó la Santa, y que ninguna otra Religiosa ha vuelto á ocupar.» Efectivamente, dos dias despues la hemos visto, pero forrada de una tela de seda y en un escaparate, sentada en ella, como cuando vivia, una hermosísima imágen de Santa Teresa de Jesús. Aun parece, desde su sitial de honor, presidir á las Religiosas su antigua y santa Priora, lo cual es de grande consuelo para ellas.

«¿Ven Vds. allá arriba? (nos decia el Padre, señalando con su mano el coro alto, que está encima del bajo): pues allí mismo fué la transverberacion del corazón de la Santa.» Breves y sencillas palabras que bastaron para despertar en nuestras almas los más profundos sentimientos, y en nuestro corazón las emociones

más vivas. Allí vió al hermoso Serafin (sentia mi alma), que armado de su dardo de oro, le atravesó el corazon; allí experimentó mortales congojas, y extrema languidez se apoderó de su pecho, sintiendo embriagadoras suavidades y secretísimos deleites á la vez.

No sabiendo la Santa cómo explicar aquella pena, y aquel deleite juntos, recuerdo que dice: «Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.»

¿Cómo hablar á Vds. de esta altísima merced? Aquella alma grande, tan afín de la de Teresa; aquel corazon, herido de divino amor como el de Teresa; aquel espíritu, avezado como el de Teresa á espaciarse libremente por esas elevadas regiones que ni siquiera puede imaginar el mundo; el grande amigo, el santo confidente de la Santa, místico sublime y dulcísimo poeta como ella; el extático San Juan de la Cruz, en una palabra, que pasó por estos sitios, que dijo Misa en estos altares, que santificó estos confesonarios, que oró ante este tabernáculo, sólo él; creo yo, podia hablarnos dignamente de estos dulces, inefables arcanos del divino amor, suspirando sobre su cítara de oro tan suaves y delicadas melodías como esta:

¡Oh llama de amor viva!  
Que tiernamente hieres  
De mi alma en el más profundo centro:

Pues ya no eres esquivá,  
Acaba ya, si quieres,  
Rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!  
Que á vida eterna sabe,  
Y toda deuda paga  
Matando, muerte en vida lo has trocado.

Cuán manso y amoroso  
Recuerdas en mi seno,  
Donde secretamente solo moras:  
Y en tu aspirar sabroso  
De bien y gloria lleno  
¡Cuán delicadamente me enamoras!

Apenas si se resolvía á apartarse de este sitio el corazón palpitante; pero era preciso seguir al Padre, que nos guiaba hácia el altar mayor, alumbrado escasamente por una lámpara solitaria. Como ya se lo avisó á Teresa, esta luz perpétua y misteriosa nos avisa la presencia de Jesús en el mismo tabernáculo donde le adoró la Santa por espacio de tantos años.

¡Qué bienestar y dulzuras tan nuevas experimentaba el alma, hablando secretamente al buen Jesús de Teresa, con quien, á la sombra de aquel mismo tabernáculo, al vacilante fulgor de la misma lámpara, bajo aquellas mismas bóvedas, la Santa tuvo coloquios tan inefables!

Contemplando de paso el retablo del altar mayor, dedicado al misterio de la Encarnacion representado en un relieve, el Padre nos guió hácia la izquierda mano, y, atravesando un ancho pasadizo, llegamos á una espaciosa y bellísima capilla.

«La tierra que pisas es santa (1),» leimos en una lápida del pavimento. Y era la verdad. Estábamos en lo que fué *celda* de la santa Madre.

¿Les podré decir yo ahora todo lo que sintió nuestro corazon al hallarnos en este sitio? ¿Cómo poder explicar la sabrosa fruicion que se apoderó de todo mi ser?

Allí sentíamos... ¡á Teresa de Jesús! ¡Aquel recinto estaba lleno de su espíritu! Nuestras almas parecian sentirse felices en toda su plenitud.

«Por allí (nos decia el Padre, señalándonos con la mano como á la mitad de la pared de la izquierda de la capilla), por allí entraba la santa Madre en su celda...»

¡Sombra querida, alma celestial, sin igual criatura, Teresa de Jesús! (exclamé yo interiormente, postrado en una grada del altar). Tú que, como aparicion gloriosa, cruzaste por este sitio, dejándolo embalsamado con los suavísimos perfumes de tus celestes alas; tú que

(1) Palabras que oyó una sirvienta del convento al barrer este lugar.

aquí viviste vida de sacrificio y amor; tú que de imperecedera gloria esclareciste y bañaste este recinto... desciende en espíritu sobre nuestras almas, que, sedientas de tu amor, á abrevarse han venido en el raudal copioso que aquí debe de fluir todavía en inagotables ondas sin ruido...

Esto estaba mi corazón suspirando, cuando, á través de las sombras, vienen á herir nuestros oídos unos sonidos dulces y melodiosos, que sólo sirven para dar nuevo y regalado pasto á los sentimientos que saborea mi alma.

Son las Religiosas, que cantan al órgano ese poético y melancólico cántico á la Virgen, que se llama la *Salve*.

Fácil cosa era al corazón (que no discurre), ya que sólo de Teresa acertaba á sentir entonces, imaginarse percibir entre aquellas suaves y concertadas voces de las Religiosas, la misma voz de Teresa, que allí hubo de sonar tantas veces. ¿Qué digo yo la voz? Su mismo espíritu parecióme como flotar entre aquellos sonidos, para venir á posar dulcemente sobre nosotros, como si la Santa hubiese escuchado la plegaria de mi alma.

¡Si, por dicha mía, fuese esto algo más que una de las más bellas y santas ilusiones!

Acariciados suavemente por aquel precioso cántico, empezamos á salir de la capilla, que todavía no les he dicho qué es lo que tiene más de particular.

El altar mayor semeja un elegante templete piramidal, tallado en una madera preciosísima. ¿Qué tiene que ver el ébano, el marfil y el sándalo? Todo él está formado de la madera que habia en la celda de la Santa.

Además, hay otros dos altares laterales bastante bonitos.

La fábrica es bella y esbelta cuanto cabe. Se respira allí indefinible aire de fiesta y de alegría, que hace recordar el fino y delicioso buen humor de la Santa.

Mientras salíamos de la expresada capilla, el Padre nos decia que dentro del claustro se conserva y se venera por las Religiosas la otra celda donde vivió la Santa como simple religiosa. Hoy está convertida en una capillita, á que llaman las Religiosas *el maravedí*.

En la parte interior (nos contaba el Padre), donde apenas entra persona alguna, á no ser por un raro privilegio, puede verse todavía el pavimento enrojecido con la sangre de Teresa, ya sea causada por la Transverberacion (pues se sabe que fué transverberada muchas veces), ya sea por sus grandes penitencias.

¡Quién pudiera ver aquello, me decia á mí mismo, y se dirán Vds. sin duda! Pero callen Vds., que nuestro deseo va á quedar satisfecho, en parte á lo menos.

¿Cómo? Una buena alma de esas que tienen la envidiable dicha de visitar todos los dias

tan preciosa celda , y dar las buenas noches á su Madre Santa Teresa antes de acostarse (pues tienen esta tierna costumbre las Religiosas); una de esas almas interiores... ¿saben Vds. lo que hará?... Tocaré una porcion de estampitas en la sangre de la Santa, que dicen se conserva tan viva como si hace poco hubiese caido, y... ya han leído Vds. todo mi pensamiento...

Tambien va á tocarles á Vds. alguna de esas estampitas , que yo tomaré sin andarme con melindres. Concluian las Religiosas de cantar la *Salve*, cuando nos hemos salido de la iglesia; y era ya muy tardecito cuando hemos tomado el camino de la ciudad , cuyos antiquísimos muros, coronados de soberbias almenas orladas á su vez de calados festones, se ofrecieron á nuestros ojos con todo su aspecto guerrero é imponente.

Pero despues de ese dia hemos querido ir otra vez á la Encarnacion, pues, naturalmente, queríamos ofrecernos á las Madres y ver todo lo demás que buenamente pudiésemos.

Ha sido esta mañana cuando hemos ido allá, y les digo á Vds. que hemos quedado completamente satisfechos.

Hemos dicho Misa en la *celda* de Santa Teresa con el mismo cáliz (¡tengan Vds. envidia!) del mismo San Juan de la Cruz.

Despues nos hemos entretenido un poco contemplando aquellos altares, pasando luego

al locutorio á desayunarnos. Aquellas buenas Madres crean Vds. que nos han obsequiado y atendido demasiado, sintiendo que pasase tan pronto el rato que hemos podido dedicarles.

Ya se vé. Colgado de nuestro bordon de peregrino han visto el noble escudo de la que fué hermana y Madre suya; y ¿qué habian de hacer sino tratarnos como á hermanos?

En seguida se han apresurado á sacarnos las reliquias que tienen de la Santa, á saber: una tohalla, que se dice fué hecha por Santa Teresa; la llave de su misma celda; una toca de la misma Santa, y finalmente un crucifijo que llevaba ella en sus fundaciones.

Demás de esto, hemos visto tambien una imágen de Jesús, dibujada por San Juan de la Cruz, en la misma forma que el Señor le dió á entender en la oracion.

¿Y el Parlero? (1) me preguntarán Vds.— ¡Vaya, si le hemos visto! Una Religiosa nos le ha sacado á una reja, dándonos á entender, por las sencillas y amorosas finezas que le hacia, en cuánto estiman aquella piadosa imágen que allí trajo y dejó Santa Teresa.

Y no lo duden Vds., vimos tambien como todavía tiene su boca un poco abierta, argumento irreprochable de su oficio de superior

---

(1) Una imágen de San José, llamada así.

y denunciador de faltas, en tiempos de Santa Teresa, como reza la tradicion. Nos han enseñado asimismo la imágen de la Santísima Virgen que Teresa de Jesús hizo fuese sentada en la silla prioral cuando fué ella nombrada Priora.

—¿Y nada más? me dicen Vds.—Nada más.

Pero ¿qué más necesitábamos ver, si todo el convento es el más precioso relicario de Santa Teresa? ¿Qué más nos habian de sacar, si allí todo son reliquias suyas?

Figúrense Vds. que ya en la portería interior se halla una imágen devotísima de Jesús atado en la columna, aquella que la Santa hizo pintar de la misma manera con que el Señor se le habia representado despues de haber tenido con cierta persona una conversacion no del todo agradable á Su Divina Majestad, como ella cuenta en su *Vida*.

Allí mismo donde hablábamos con las Religiosas, esto es, en el segundo locutorio de abajo, tuvo tambien la Santa otra vision espantosa.

Pero el locutorio que más nos ha interesado es el tercero, que mandó construir la Santa para su despacho durante el tiempo que fué priora. Allí fué donde la insigne Doctora era consultada, ó á su vez consultaba á San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, y tantos otros varones insignes en letras y santidad.

En este mismo locutorio fué donde estando la santa Madre platicando con San Juan de la Cruz acerca del misterio de la santa y adorable Trinidad, enardecidos de amor sus espíritus, se arrojaron ambos á dos, siendo de ello testigo presencial la hermana Beatriz de Jesús, sobrina de la Santa.

Estando aquella á la sazón de portera, fué á pedir una licencia á su santa tia, á quien encontró elevada de rodillas y asida de la reja, viendo fuera al extático San Juan de la Cruz elevado hasta el techo.

He querido yo tambien tener la dicha de asirme de aquella misma reja, y... si no ha subido mi cuerpo, en cambio se ha elevado mi pensamiento á la consideracion de los soberanos éxtasis de Santa Teresa. ¡Algo es algo!

Y, suspendiendo por hoy mi relato, se despide de Vds. su afmo. en Jesús de Teresa.

---



## CARTA SÉPTIMA.

Ávila, 25 de Agosto de 1875.



EN mi anterior creo les decia á ustedes que el primer dia fuimos á decir Misa á *las Madres*, ó lo que es igual, al convento de San José, primero de la Descalcez carmelitana. Pero despues hemos estado allí varias veces, viendo detenidamente lo que hay allí visible, y hablando con las Religiosas. Aquí tenemos la piedra angular de la Reforma carmelitana (dijimos); este es el más glorioso trofeo que consiguió Santa Teresa, á pesar de obstáculos que parecian insuperables, y contra enemigos que dijéranse invencibles.

Antes de entrar en la iglesia, nos llamó ya la atencion su bella fachada de sillares de pie-

dra blanca, adornada con un nicho en que se ven dos estátuas de mármol blanco trabajadas primorosamente. La una es de San José que, con blanda y amorosa mirada, contempla embelesado á Jesús, precioso niño que llevando una sierra en la mano, parece hablar á su padre putativo.

La fábrica de la iglesia, tan sólida como hermosa, es obra del célebre Francisco Mora, discípulo de Juan de Herrera. Está adornada de seis buenas capillas que contienen varios sepulcros, entre otros el de D. Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa.

Fuera del pórtico y al lado derecho de la iglesia, está la capillita en que ahora se venera á San Pablo, edificada por el grande y virtuoso amigo de la Santa, D. Francisco Salcedo, á quien ella solia llamar «el caballero santo,» y á quien dirigió deliciosas cartas, á donde se pueden ir á buscar el gracejo puro y delicado, y la santa jovialidad del espíritu, si se pierden.

En este mismo sitio estuvo la pequeña y primitiva iglesia construida por Santa Teresa.

Sobre la espadaña de la capilla aun se ve, y nosotros hemos oido tocar, la pequeña campana con que se inauguró esta primera fundacion. Tiene la capilla tres altares con sus respectivos lienzos. El del altar mayor representa á San Pablo, el de la derecha á Santa Teresa, y el de la izquierda á San Pedro de Alcántara, en actitud de confesar á la insigne Fundadora.

Aquí fué donde la Santa devolvió la vida á un sobrino suyo en el momento que, travesando por allí cuando se hacian las obras, acertó á caer una pared, y le cogió debajo, dejándole yerto y sin señales de vida. Mas lo tomó su santa tia, lo juntó á su rostro como Elías, y en seguida lo devolvió á su llorosa madre, diciéndole: *Tome á su hijo vivo y sano, que ya estaba tan acongojada por él.*

Hemos ido, despues de esto, al locutorio á saludar á las austeras, rígidas, pero siempre amables, siempre alegres Hijas de Santa Teresa que tienen la gloria de anidarse en el primer palomarcito que construyó la Santa.

¡Las hemos reconocido! ¡Son ellas mismas!

Involuntariamente nos hemos acordado de aquellas palabras que la Santa dijo, referentes á esta iglesia y convento, á saber, «que se llamaria iglesia de santos y que llegaria tiempo en que Dios haria en ella muchos milagros.»

Hemos platicado varias veces con las Religiosas, y (se lo diré á Vds. bajito) iba con temor de hablar con ellas. ¡Qué notable despejo el suyo! ¡qué elevacion en las cosas espirituales! pero ¡cuán perfumado todo de esa discrecion y delicadeza teresianas!

Están ellas tan poseidas, tan penetradas de los escritos, vida, hechos, máximas, palabras y espíritu de la Santa, que, francamente, habria de ir uno con cuidado para hablar con

ellas acerca de esas cosas, á no descubrir en almas tan buenas esa virtud, indulgencia y buen humor que tanto atraen, provocando toda la espontaneidad del corazon.

Mi reverendo compañero hubo de decirles, metidos en conversacion y hablando de la Santa, estas palabras: «Madres: ¡qué envidia les tengo por habitar *en la iglesia de los Santos*, como llamó el Señor á esta santa casa! ¡Oh, cuántas Santas Teresas saldrán de entre ustedes!»

¡Ay, qué dijiste! Todas cuantas han hablado han dicho que eso era imposible.

—¿Por qué? les hemos preguntado.

—Porque el Señor, despues de haber formado á Santa Teresa, rompió el molde para que no saliese ya otra como ella, nos dijeron.

Han habido aquí sus réplicas, sus distingos, sus autoridades; pero nosotros nos hemos defendido, encastillados en la idea de en que el modelo, el tipo sublime de nuestra perfeccion es nada menos que nuestro Padre celestial: *Estote perfecti sicut Pater vester cœlestis perfectus est.*

A pesar de eso, yo no sé quién ha vencido á quién; pero sí les diré que sus argumentos, hijos todos de su profunda humildad y del amor grande y veneracion profunda que les merece su santa Madre, han servido cuando menos para mostrarnos cumplidamente los

subidos quilates de perfeccion que atesoran las Hijas de la incomparable Teresa.

Luego nos han sacado por el torno algunas reliquias de la Santa, á saber, la clavícula de su brazo derecho, puesta en un relicario; una correa con que ella se ciñó; un paño manchado de vómito, y los dos tomos de las Morales de San Gregorio sobre Job, que se conoce usaba mucho la Santa, pues se ve en el márgen de muchas páginas abundancia de llamadas y notas, hechas de su propia letra.

Nos hemos entretenido bastante en leer las observaciones de la Santa y los párrafos del libro á que aquellas se refieren, y fácil cosa les será á Vds. imaginarse qué fruicion tan pura experimentarían nuestras almas al sorprender de este modo las impresiones íntimas que hacia en el ánimo de la Santa la lectura de aquellas páginas.

Mucho nos hemos tambien holgado en hojear y leer á trechos otro libro inapreciable. Sé que Vds. han leído y leen con dulce embeleso aquellas canciones místicas del alma de San Juan de la Cruz, en donde, á través de las más espléndidas y espontáneas galas de estilo, un tan inteligente como querido amigo nuestro nos ayudaba á descubrir la inefable poesía de sentimiento que allí misteriosamente se esconde.

Pues bien : nosotros hemos tambien leído á

esta sazon esos versos y su declaracion, en prosa, pero escrito todo ¿saben ustedes? de mano del mismo autor, con la misma letrita del Santo, que ciertamente es muy clara, limpia y hermosa (todo al revés de la mia). Créan Vds. que nos hemos complacido mucho de ver este ejemplar escrito de mano del místico poeta, á petición de una de las ilustres hijas de la gran Santa.

¡ Tambien San Juan de la Cruz se entretenia en hacer versos ! Esto consuela no poco á un amigo mio.

A través de la reja del locutorio nos han enseñado además otras reliquias de la Santa, no menos apreciables. Estas son (no sé si me olvidaré de alguna): una carta de su puño; la almoadada donde descansaba la cabeza, esto es, un toscó madero; el baño en que se sangraba á la pobrecita, engastado ahora en plata; una jarra en que bebia, y finalmente (¡ríanse Vds. cuanto quieran en obsequio de la Santa!) vimos y palpamos el tambor, pitos y sonajas que usaron las Religiosas el dia mismo en que, por primera vez, se puso el Santísimo Sacramento en esta iglesia, que fué tal dia como hoy.

Les hemos rogado á las Religiosas que si nos darian una muestra, siquiera fuese pequeña, de su habilidad musical, toda vez que el dia se prestaba tanto á ello. Y han sido tan buenas

y tan poco melindrosas, que difícil será nos olvidemos nunca del gusto que nos ha proporcionado una de las escenas más santamente graciosas, que, porque no sabría hacerlo, renunció á pintarles. Acompañadas de aquellos sencillos instrumentos, han cantado, en obsequio de Santa Teresa, la misma letrilla que suelen cantar ese mismo día todos los años. No crean Vds. que recuerde yo la tal letrilla, pero me han dado ellas copia, y ahí va la introducción:

Venid, flores nuevas,  
de este pensil bello,  
que plantó Teresa  
con grandes desvelos.

En voces alegres  
la dicha mostremos  
de que á nuestro Amado  
hoy le poseemos.

Pero olvidábame de hablarles del cuadro que nos han enseñado. ; Qué cuadro ! Está Santa Teresa friendo unos huevos en una cocinilla , con la sartén en la mano. Algunas Religiosas , que han observado que su santa Madre está arrobada en éxtasis al hacer esta operación, temerosas de que no derrame el aceite , pues no tienen más en el convento, van y le quieren tomar de las manos el man-

go de la sarten. Pero qué, ¿podrán hacerlo? Imposible. Tan apretado lo tiene en su mano.

Crean Vds. que es una de las cosas que más gracia nos ha hecho. Debajo de este cuadro yo pondria por título aquellas palabras que escribe la Santa: «Tambien entre los pucheros anda el Señor.»

Por fin (pues ya es hora), esta tarde, en la misma iglesia y en el mismo dia en que hoy hace años se inauguró la Reforma de Nuestra señora del Cármen, se ha instalado la Asociacion de jóvenes católicas, Hijas de María Inmaculada y de Santa Teresa de Jesús. Ha asistido este gran teresiano señor Obispo, acudiendo muchos fieles, especialmente jóvenes, invitadas al efecto. La funcion se ha hecho como de costumbre. Se ha expuesto á Su Divina Majestad, ha seguido *el Cuarto de hora*, luego el sermon, que ha dicho, como supondrán Vds. mi reverendo compañero; y, finalmente, han hecho las jóvenes de la Junta la solemne protesta, concluyendo con la reserva. El orador les digo á Vds. que ha explotado à *merveille* las maravillosas, casi providenciales circunstancias de lugar, tiempo, ocasion y demás, en que se inauguraba la Asociacion.

Pero cuando creíamos que ya todo se habia concluido, se ha levantado de su asiento Su Ilustrísima, quien, desde lo alto del presbiterio, se ha dirigido á los fieles, y principal-

mente á las jóvenes, en palabras ricas de uncion, de sentimiento y entusiasmo. Si Vds. le hubiesen oido con qué dulce y persuasiva elocuencia ha exhortado á todas, todas las jóvenes á ingresar á la Asociacion teresiana, aplicándoles aquellas hermosas palabras de los Cánticos: *Flores, florete et frondete in gratiam!* yo creo que se hubieran sentido felices como nunca de pertenecer á tan hermosa Asociacion. ¡Qué bellas, y sentidas, y delicadas cosas dijo, al comentar estas palabras: *Flores, florete!*

Les ha asegurado despues á las jóvenes, que consideraria como un favor, como un obsequio hasta personal, el que entrasen en la Asociacion, tan ardientemente suspirada por su corazon de Obispo, encargándoles la propagasen por toda la diócesis, pues Ávila debia ser la primera al tratarse de honrar á su Santa. Les ha prometido asimismo que otras veces les dirigirá la palabra, acabando por dar gracias á Dios y á la Santa Madre Teresa de Jesús por el grandísimo favor que acababa de obtener con aquella instalacion. ¡Oh! Al pronunciar palabras de una ternura incomparable, su corazon se ha conmovido hasta el extremo de no poder continuar hablando, y nadie ha habido que no juntase lágrimas deliciosas á las vertidas por tan cariñoso padre.

Pero acabemos ya. Mi compañero me llama

para que arregle la maleta , y no lo aguarde para la madrugada (como suele suceder), pues muy de mañanita tomaremos la diligencia hasta Salamanca , y desde allí , casi sin descansar, á Alba de Tormes.

¿Lo oyen Vds.? ¡A Alba de Tormes!

Esta frase, que repiten mis labios y saborea mi corazon, quiere ser la última de esta carta.

¡Hasta Alba de Tormes!

---



CARTA OCTAVA.

*Alba de Tormes, 26 de Agosto de 1875.*



E apresuro á escribir á Vds., aunque no sea sino para decirles que ya nos hallamos en Alba de Tormes. ¡Ya estamos aquí!

Por Dios, no lleven Vds. á mal que no me canse de repetir esta frase que lo dice todo: ¡Estamos ya en Alba de Tormes!

Ya podemos holgadamente descansar á la deliciosa sombra de la que ama nuestro corazon. Ya nuestras frentes sudorosas son acariciadas por delicados soplos de frescura, que viniendo á manera de un aliento misterioso, empapado de virginales aromas, á nosotros nos parece que no puede ser sino el *suyo*. Tiempo hacia que desalados

corriamos en pos de sus perfumes .. pero al fin la hemos hallado. Aquí están sus espléndidas vestiduras de gloria que exhalan riquísima fragancia. Dulcísima y regalada embriaguez transporta nuestro corazón, y preferiría de buen grado callar, para que con las palabras no se desvanezca el aura de felicidad que con halago indefinible se desliza por las entrañas de nuestro espíritu.

Pero ¿ cómo hacerlo ? ¿ Qué importa que ese perfume vaya en parte á desvanecerse, si con ello puedo lograr que lo aspiren Vds.?

Algo, sí, habrá de decirles á Vds. de su adorada Santa Teresa esta pluma con que yo les escribo, y que no es sino de Ávila, su patria; este papel y este tintero, de Alba, su sepulcro; y, finalmente, estas palabras mías, salidas de un corazón, que ¡ váleme Dios! hoy no puede latir sino á impulsos del amor á Santa Teresa.

Porque sé que Vds. se van á regocijar no poco con ello, por eso, al llegar al término feliz de nuestro viaje, lleno de júbilo el corazón, no menos que de agradecimiento inexplicable henchida el alma, dirigimos á Vds. y demás corazones teresianos el más afectuoso saludo; y elevando el pensamiento al Señor, seguros de que con nosotros lo harán también Vds., nos sentimos impelidos á exclamar:— ¡ Gracias, infinitas gracias, oh divino Jesús, porque nos habeis concedido el suspirado favor de

poder venir á inspirarnos sobre el sepulcro de nuestra amadísima Teresa de Jesús.

¡Ya estamos aquí!

Pero narremos. Llegamos ayer á Salamanca allá sobre la una de la tarde, permaneciendo en esta antigua y monumental ciudad hasta las cuatro, durante cuyo tiempo visitamos sus mejores edificios.

No crean Vds. que les vaya á contar ahora las bellezas que hemos contemplado en la que fué Atenas española. ¿No estamos ya en Alba de Tormes?

Eso sí, á nuestro regreso me ha de agradar escribirles, tal vez desde la misma Salamanca, y contarles alguna cosa de lo que hemos visto y veremos aun, Dios mediante, en dicha ciudad. Ni creo que Vds., tan buenas como ilustradas teresianas, me lo sabrían perdonar si así no lo hiciese.

A las cuatro de la tarde de ayer, como iba diciendo, hemos salido de Salamanca en un coche, con direccion á Alba de Tormes.

Quiero decirles á Vds. la verdad. Desde Ávila á Salamanca, sea por la disposicion de mi ánimo, ó por la de mi cuerpo, que tanto influye en aquél, sea porque así era en realidad, ó sea por lo que fuere, es lo cierto que todo me parecia árido, monótono, y... qué sé yo.

Pero ¡qué ráfagas de viento tan frescas y deliciosas vinieron á orear mi frente; qué

campos tan bellos se dibujaron por todas partes delante de mis ojos; qué rayos de luz tan suaves, y horizontes tan despejados, y líneas tan graciosas se me ofrecieron por todos lados cuando salimos de Salamanca, sabiendo que no habíamos de dejar el coche ni él á nosotros hasta dejarnos en Alba de Tormes!

Iba en el coche una señorita, hija de Alba, con quien hemos departido acerca de la poblacion que íbamos á ver, y de la Santa que tanto la enaltece é ilustra. Nos hemos manifestado algo más ignorantes, y no tan entusiastas de lo que realmente somos, de las glorias de Alba; lo cual nos ha permitido oír de boca de aquella señorita ardientes encarecimientos, que de otra suerte no hubiéramos podido oír, quedando privados de la viva satisfaccion que ellos nos han proporcionado.

Todavía he hecho yo más. (Santa Teresa me lo perdone, pues la intencion no era mala). Fingia dudar de las maravillas que se cuentan del corazon de la Santa, diciendo que solamente lo parecerian, á favor de la oscuridad de que estaria rodeado; y qué sé yo qué otras lindezas por el estilo he ensartado.

Pero tan bien lo ha hecho la hija de Alba al defender bizarramente su mejor y más legítima gloria, mostrando ser con ello una buena hija de la Santa, que casi me he perdonado á mí mismo el haber fingido dudar de cosas que tanto venero y amo.

—¿Que llegaremos pronto á Alba? preguntaba yo al cochera.

—Sí, me contestaba: no tardaremos mucho en llegar.

Y yo miraba, miraba á lo lejos, á ver si podría ya columbrar las siluetas de aquellas montañas, el verdor de aquellos campos, aquel horizonte, en fin, de Alba, que mi fantasía se complacia ya en dibujar con las más hermosas tintas.

Embebecido estaba en estos pensamientos, cuando de repente se ha parado el coche. ¡Si será posible! me he dicho yo. ¿Estarémos ya en Alba?

Ya me tenia yo creído que sí, por más que lo preguntase; pero... Ahora veo que no siempre hemos de dar crédito al corazón. ¡Y eso que me lo decia con tantos latidos!

Pues no señor. Aquel pueblo no era sino Calvarrasa.

Viendo que nuestros compañeros bajaban, nosotros hemos querido hacer lo propio, para andar unos pasos por allí.

A la mano izquierda del camino hemos descubierto una espadaña que descollaba sobre una iglesia, y allá nos hemos dirigido.

Inmediata estaba la casa del señor Cura, amable y bondadoso señor, que al vernos nos ha hecho descansar y refrescar en su habitación. Al ver colgado de la pared un cuadro

de la Santa, hemos exclamado nosotros:— «¡Hola! ¿Conque también se ama aquí á Santa Teresa?

—¡Ya lo creo! ¿Pues no se la ha de amar? ha contestado el señor Cura. Y encareciéndonos su devoción á la Santa, nos ha dicho, entre otras cosas, que tenia en su poder un documento muy importante que recordaba el paso de la Santa por aquella parroquia. Y tan bueno ha sido, que en seguida ha puesto en nuestras manos un antiguo libro manuscrito, donde se hallan las Reglas y Constituciones de la Cofradia de Nuestra Señora del Rosario, dispuestas y ordenadas por Santa Teresa de Jesús.

Hemos leído todos aquellos capítulos, que, como todo lo de la Santa, nos han parecido muy bien. Yo me he fijado en el capítulo primero, que textualmente dice: «Para la entrada se paga medio real, y medio celemin de trigo para cera y misas.»

Nos hizo gracia este capítulo, que al mismo tiempo me hizo recordar ciertos reparos y escrupulillos de cierta teresiana. Creo se le pasaran si esto leyese.

Un ratito hemos estado allí descansando y platicando con el señor Cura de Calvarrasa, hasta que hemos oído la voz de «al coche.»

Ahora sí (me he dicho al subir), ahora sí que no bajamos hasta Alba. Y hala, hala, el

coche no corria, sino que volaba, con grande gusto de nuestro corazon, mientras que un vientecillo fresco y perfumado, que entraba por las ventanillas, parecia contarnos ya dulces cosas de Alba.

No, no hemos tardado mucho tiempo en verla, habiéndonosla anunciado antes graciosos grupos de verdes álamos y otros árboles pomposos, que, como guirnaldas de flores y coronas de verdura, decoran aquellas amenas orillas del Tórmes.

Hemos atravesado el rio por un largo puente que hay á la entrada de la poblacion, diciéndonos allí: ¡ Ya estamos en Alba !

Al bajar del coche, una niña graciosa y despejadísima nos ha dicho alegremente: «¡ Ah ! ¿ Son Vds. ? Vengan Vds. á casa, donde les están esperando mis padres. »

Hémosla nosotros seguido.

Y aqui nos tienen Vds. en el seno de una familia tan buena, tan piadosa y excesivamente amable, que al pensar en ello solemos exclamar: «¡ Bah ! ¡ Cosas de Santa Teresa ! »

Tenemos en casa piano, junto al cual no pueden habitar sino la finura y la delicadeza (si hemos de dar crédito á Chateaubriand); y, sobre todo, corazones muy hermosos... teresianos, en fin.

Tan pronto como hemos llegado, hemos querido ir á ver los inestimables tesoros de Alba;

pero no nos ha sido posible gozar aun de tanta dicha, por hallarse ya cerrada la iglesia de las Madres Carmelitas descalzas. Quería sin duda Santa Teresa que aquella noche soñásemos en la felicidad que para la mañana siguiente nos estaba reservada.

Y esta mañana, sí, esta mañana...

Pero esto sería largo de contar. Con permiso de Vds. suspendo hasta otro día la relación de nuestras impresiones, pues por hoy sólo era mi intento saludarles desde aquí, y decirles :

¡ Ya estamos en Alba de Tormes !

¿ Saben Vds. que nos han hecho mucho bien unas cartitas de ésa que aquí hemos encontrado ? ¡ Son siempre tan dulces las nuevas de la patria para el viajero, aunque éste sea teresiano ! A saberlo bien los amigos que allá se quedan, sembrarian de cartas su largo camino. Hablaban de Santa Teresa, pedían noticias con amorosa ansiedad, y en el dulce amor de Santa Teresa estaban inspiradas las tales cartitas. ¿ Cómo no deleitarnos su lectura ?

Mucho celebro que, en vez de cansarles, como yo malamente suponía, lean y releán siempre con gusto mis ligeras narraciones. Bellas é interesantes se las hará á Vds. el amor á su santa Madre, Teresa de Jesús, á quienes suplica le recomienden Vds en sus oraciones, su afectísimo seguro servidor.



CARTA NONA.

*Alba de Tormes 29 de Agosto de 1875.*



IN entretenerme en hacer ningun preámbulo, porque no quiero mortificar la santa avidez de Vds., voy á reanudar el hilo de mi narracion.

Creo les dije en mi carta anterior que la tarde que llegamos á esta poblacion encontramos cerrada la puerta de la iglesia de las Religiosas carmelitas, por ser hora muy avanzada, siendo privados por entonces de satisfaccion con tanto ardor anhelada.

Pero á la mañana siguiente volamos á la iglesia, celebrando los dos, uno tras de otro, en el altar mayor, donde se custodian y veneran los preciadísimos tesoros, dichoso término y objeto sacratísimo de nuestro viaje. Al cele-

brar la santa Misa, antes de todo, en aquel altar donde tales riquezas y maravillas se guardan, aunque me acompañase sin cesar este pensamiento, no crean Vds. que me distrajese, antes tengo para mí que no hacia sino disponerme mejor. Teresa no puede conducir sino á Jesús. ¡Andan siempre tan juntos!

Hay allí el privilegio de poder decir todos los dias la Misa propia de Santa Teresa. ¡Cómo se satisface y deleita uno en rezar (y si es cantar, mejor) el hermosísimo prefacio propio de la Santa, donde se habla de su corazon, del Serafin, del dardo, de la herida y del amor, junto á aquel mismo Corazon herido, espinado y encendido, que, aunque entonces no habia visto todavia, sabia que estaba allí cerquita!

Tan pronto como hemos celebrado, el Padre Confesor, revestido de sobrepelliz y estola, nos ha guiado á la parte de la Epístola del mismo altar, donde, despues de descorrer una cortinilla y abrir una puerta, ha ofrecido delante de nuestros ojos... lo que tanto deseó, anheló, suspiró, codició nuestro corazon.

¡Allí estaba el seráfico de Teresa!

Sin darnos razon de ello, sin advertirlo, nuestras rodillas se han doblado, y... nada hemos visto sino su corazon.

Sí, el corazon mismo de Santa Teresa; aquel corazon de quien tantas magnificencias nos contaron; aquel corazon que los sábios estudian, y

que las almas piadosas van á visitar desde todas las partes del mundo; aquel corazon llagado de herida amorosa; aquel corazon rodeado de misteriosas espinas; aquel corazon devorado por divinas llamas; aquel corazon donde salian gritos tan sublimes como éste: «Que muero porque no muero;» aquel corazon que hubo de estallar á la dulce violencia de amorosas llamas que pugnaban por volverse al regazo de Dios, de donde salieron; aquel corazon, finalmente, que ha hecho y hace, sobre todo ahora, palpitar, con dulzura y suavidad siempre nuevas, tantos corazones jóvenes, tiernos y generosos, lo teníamos delante de nuestros ojos, al alcance de nuestras manos, junto á nuestro propio corazon!

¡Aquí está! dije yo. Pero me equivoco. Yo no dije nada, ni mi compañero tampoco.

¿Para qué sirven las palabras? Todo lo dijimos en el silencio de una amorosa adoracion.

¡Oh, qué dicha! Ya no seguíamos solamente las huellas de Santa Teresa, ni aspirábamos únicamente su fragancia, ni eran solamente sus vestiduras las que contemplábamos...

Era el mismo manantial, el centro de aquella vida, tan llena de maravillas y misterios de amor inefable; era su mismo seráfico corazon el que ahora contemplábamos.

Ahora me entretengo en amontonar palabras; pero ni una sola pronunciaron nuestros

labios entonces; ni siquiera me acordé de que era capaz de hablar, en aquellos primeros momentos.

¡Idioma sublime el de la meditacion en silencio y soledad en Dios! ¡Qué dilatado campo se ofrecia allí á la actividad de nuestro espíritu! ¡Qué abundante y exquisito era el pasto que allí se brindaba á nuestro corazon!

La ancha y larga herida que atraviesa casi de parte á parte el corazon de la Santa, es lo que primero vino á herir nuestros ojos. Herir, he dicho, y ésta, sí, es la palabra. Porque hiere y lastima verdaderamente el corazon, ver aquella horrorosa herida.

Sentimientos de viva compasion es lo que primero experimenta uno al ver aquella llaga, hasta que el recuerdo de los deleites subidísimos y sin nombre que le hacia sentir á Teresa al mismo tiempo, acaba por suavizar del todo la impresion que causa.

Se comprende que la herida fuese hecha por uno de los Serafines más diestros en achaque de heridas de amor. Esta observacion la hago ahora.

En aquellos momentos en que procuré concentrar toda la actividad de mi espíritu en los ojos, sin apartarlos un momento de aquella herida, me era sobremanera gustoso imaginarme entrar por aquella abertura, abrirme paso á través de aquellos torrentes de llamas

deliciosas, fragua de amores maravillosos, divino volcan perpétuamente activo, cuyas misteriosas profundidades sólo podía sondear el divino Amante.

¡Ah! ¡Cómo le parece á uno ver allí todavía al hermoso Serafin, armado de su dardo de oro, haciendo esfuerzos por herir el corazón de Teresa!

¿De las espinas quieren Vds. que les hable ahora? Pues les diré que no me las había yo figurado tan gruesas y largas. Lo son más de lo que representan las fotografías del Corazón. Es una cosa que verdaderamente maravilla. Estas espinas hácenle á uno pensar, y pensar dolorosamente. Al hacerse cargo de ello, acaba uno de confirmarse más y más en la idea de que la devoción á Santa Teresa de Jesús, despertada en estos tiempos, tiene muy altos y providenciales fines.

¡Jovenes católicas! Vuestra misión es más grande de lo que vosotras podíais imaginaros. En la tremenda crisis por que atraviesa la Iglesia y la Sociedad, estais llamadas á obrar grandes y maravillosas cosas. El corazón de Santa Teresa parece que está brotando espinas. Vosotras, hermanas de Teresa por la fe y por la sangre, vosotras sois las que se las debéis arancar.

Dispénsenme Vds. si, al estar hablando con Vds. solas, de esta suerte me atrevo á levantar

el grito. Es que quisiera que, no sólo Vds., sino que todas las jóvenes católicas de España me oyeran, y comprendiesen todo lo que de elevado y trascendental tiene la Asociación teresiana.

Después de ver y adorar el Corazón, ha dado el Padre una vuelta al torno sobre el cual descansa tan inestimable reliquia, puesta en un precioso relicario y encerrada en una urna de cristal; ofreciendo á nuestros ojos el brazo izquierdo de la Santa, puesto en otro relicario.

Me llamó la atención el color casi encarnado del santo brazo.

Varias veces hemos contemplado y venerado estas preciosísimas reliquias, colocadas, como decía, en riquísimos y muy elegantes relicarios de plata, hallando siempre en ellas cosas nuevas y palpitante interés. El relicario del Corazón, sobre todo, es un trabajo hecho con el más exquisito gusto. Creo han visto Vds. la fotografía que representa estos objetos, y esto me excusa de prolijas explicaciones.

Por otra parte, mi compañero va á escribir sobre lo mismo, si no lo ha hecho ya, y á aquellas explicaciones me refiero.

Quiero ahora hablarles de otra joya no menos estimable. En el centro del mismo altar mayor, bajo un grandioso arco revestido de jaspes, se halla el cuerpo de la Santa ence-

rrado en un magnífico sepulcro de mármol negro con adornos de bronce dorado. Por la parte de la iglesia está cerrado con una verja de plata, dando vista por la parte de dentro á un espléndido oratorio, adornado con suntuosidad y riqueza.

Desde allí es dado á las Religiosas acercarse al bendito y glorioso sepulcro, arrodillarse junto á él, tocarle con las manos y aplicar á él toda clase de objetos.

Esto mismo hemos hecho tambien nosotros el dia de ayer. ¿ Quiéren Vds. saber cómo?

A hora en que nadie habia en la iglesia, y cerradas las puertas, hemos arrimado una escala de madera al altar, y uno tras otro nos hemos encaramado hasta la altura del sepulcro. No es posible saber los golpes que allí hemos dado.

«Despierta, amada mia, despierta,» le decíamos á la Santa, dando con la mano en su sepulcro. Y una vez y otra vez, llamándola con los nombres más cariñosos, hemos tocado á la puerta de su sepulcro.

¡Estaba allí su cuerpo virginal y maravilloso! y no nos parecia del todo imposible que se mostrara tierna y sensible á nuestras reiteradas súplicas y afectuosos saludos desde el cielo donde habita.

«Este golpecito para mí; éste para tal; éste para aquella otra alma,» decíamos callandito;

y nuevos golpecitos corespondian á nuevas y cariñosas encomiendas.

Sabíamos que esto suelen hacer las Religiosas, y ha sido agradable cosa á nuestro corazon imitarlas en esto. Hemos derramado nuestra vista por todo aquel interior, quedando sorprendidos ante su esplendidez y riqueza. Sus adornos, pinturas, todo, hasta sus menores detalles, lo hemos contemplado á placer, siendo verdadero el que nos ha proporcionado nuestra travesura. «De seguro que se iban á reir las Religiosas, si nos viesan aqui encaramados;» decíamos bajando de la escalera. Que no se lo cuenten Vds.

El segundo dia que hemos estado aquí, he celebrado yo Misa en una capilla muy devota y recojida, que es el sitio donde estuvo primeramente enterrado el cuerpo de la Santa. Se baja á ella por algunos escalones, y tanto los recuerdos que despierta, como su oscuridad y apartamiento, invitan á orar.

Anteayer era, como saben Vds., la fiesta de la Transverberacion del corazon de Santa Teresa, solemnidad que estas Religiosas celebran con el mayor esplendor. Me ha cabido á mí la honra de distribuir el Pan Eucarístico á las Religiosas, por la mañanita despues de la Misa, lo cual me ha llenado de grande satisfaccion. Parece que el alma se siente mejorada ante espectáculos como éste.

Es imposible (pensaba yo eutonces) que si los del mundo viesan ésto, no rectificasen muchos conceptos equivocados, y no sintiesen nuevos y generosos impulsos en su corazon, nunca por ventura sentidos.

No ha gozado menos mi compañero al officiar en la Misa mayor, que se ha cantado á voces acompañadas de orquesta. Las Religiosas le han dicho, y yo me permitiré repetírselo á Vds., que se conocia que mi amigo cantaba el prefacio *con amore*. ¿Cómo no, en la fiesta de la Transverberacion, y junto al transverberado Corazon de la Santa? Los comentarios para Vds.

El Padre confesor, D. Santos Salcedo, cuyas obsequiosas atenciones no sabrémos encarecer lo bastante, ha hecho el sermon relativo á la festividad del dia, no dejando nada que desear.

Por la tarde ha habido tambien funcion, comenzando por exponerse á S. D. M. Al ofrecerse á los ojos de todos el radiante y glorioso viril, á través de una vaporosa nube de incienso, entre los alegres sonidos de las campanillas y el eco de voces armoniosas, en medio de las más ricas preseas y los más espléndidos ornamentos, junto al corazon de Teresa y cerca de su cuerpo; objeto de la adoracion de todo un pueblo puesto de rodillas; era tal el armonioso conjunto de circunstancias que me rodeaban, y tal era, sobre todo, el cúmulo de recuerdos y de sentimientos, bajo cuya dulce y

suave presion mi corazon latia, que mis ojos se han humedecido deliciosamente.

Después de la funcion hemos ido todos á adorar el corazon de la Santa, que habia estado de manifiesto durante la misma.

¿Y saben Vds. que allí hemos visto algo nuevo? Sí, las jóvenes de Alba se lo repelian una á otra. «Es un corazon de plata (decian) que han mandado las teresianas de Tortosa. ¡Que hermoso! ¡qué bonito!»

Ya lo saben, pues, Vds. A pocos dedos, muy cerquita del corazon de Santa Teresa, colgado del relicario, está el corazon de plata, donde se hallan encerrados los nombres—y tambien los corazones, ¿no es verdad?—de todas Vdes., las teresianas de ésa.

Vendrán de lejos á visitar el corazon de la Santa, y todos preguntarán: ¿Qué es ese corazon de plata que aqui cuelga?

—Es de las jóvenes católicas de Tortosa, responderán.

Y el nombre de Tortosa sonará perpétuamente en este santo recinto, como si se conplaciese Santa Teresa de que el recuerdo de sus primeras hijas en el siglo, vaya siempre asociado á los sentimientos que inspira la vista de su llagado y espinado corazon.

Les felicito á todas Vds., y me felicito tambien á mí mismo por tanta honra; pues tambien yo he sabido encontrar manera de poder

dejar escrito allí mi nombre, acompañado de una peticion.

¿Y nada nos dice V. de esas Religiosas, hijas predilectas de Santa Teresa? oigo que me preguntan Vds.

¡Ay! Es que temo no decir las cosas con aquella delicadeza que se merecen, y me cuesta trabajo hablar de ciertas cosas muy subidas, por no deslustrarlas sin quererlo.

Pues bien; les diré á Vds. que están buenas, y que no lo *son* menos. Hemos ido varias veces al locutorio, y tengo para mí que hemos salido de allí siempre mejorados.

Ustedes se imaginarán que nada ya podia sorprendernos en este terreno. Tambien yo lo creia; pero no es asi.

¡Qué íntimas y agradables sorpresas hemos tenido! Principalmente, he visto como brillar ante mis ojos, con un esplendor y una viveza incomparables, un destello de la secreta y tranquila felicidad que se encuentra en el claustro. Casi diré que nunca como ahora ha sido tocado mi corazon por una manera tan inefable. Y no era aquello para menos.

¡Y cómo van aqui reuniéndose corazones, ayer tan separados unos de otros! Nunca habia pensado tanto en el secreto de esos dulces y misteriosos llamamientos del Señor á las almas escogidas.

Desde las más empinadas montañas de Ca-

taluña; desde las abrasadas regiones del Nuevo Mundo; desde los valles siempre verdes de Galicia; desde los lugares más distantes entre sí, han alzado el vuelo blancas palomas; y el espíritu de luz y de dulzura que las guiaba, no les permitió descansar hasta aquí, donde les tenía preparado un lugar de paz, de reposo y de deleytes, oculto nido de inefables amores, todavía caliente por las amorosas irradiaciones de otra paloma candidísima, que aquí dejó su corazón herido y abierto, para dar en él entrada á tantas y tantas virginales palomas.

¡Qué cosas tan buenas é inolvidables, por lo íntimas, podría yo decirles, sin mover el pie de este terreno! Mi amigo, que ha observado que les estoy á Vds. escribiendo, me dice que no sea todo poetizar, y que salgan casos prácticos. Me dice que, sobre todo, no me deje en el tintero una célebre plática que tuve con la Madre Priora; que les hable de ciertas confidencias interiores; de ciertas adivinaciones y miradas proféticas de un alma superior; de ciertos temores de un amigo de Vds., y qué sé yo de qué más.

¡Díganme Vds. si esto se puede decir, sin más ni más! ¿No es verdad que Vds. no van á ser tan exigentes como mi amigo? Cuando regresemos, entonces, sí, que les hablaré con gusto de la reverenda Madre María Teresa de Jesús, Priora, parienta del insigne Méndez Núñez; de

una Madre Prisca, de otra Madre Candelas, y de tantas otras.

Pero sí quiero contarles la solemne instalación de la Asociación teresiana, que hoy se ha verificado en la misma iglesia.

Tenemos en casa una pequeña Josefina que, con una intrepidez casi inverosímil, ha puesto en conmoción á toda la gente menuda de Alba.

Lo propio ha hecho entre las jóvenes otra hermana suya, acompañada de alguna amiga.

Y todas, todas las jóvenes de Alba han acudido al llamamiento de Santa Teresa. ¿Podía suceder otra cosa tratándose de las hijas de Alba de Tormes?

Forman la Junta jóvenes muy distinguidas bajo todos conceptos, y á quienes no falta empuje. Entre ellas figura aquella Feliciano que con nosotros venia en el coche, y cuyo despejo y piedad ya les encarecí.

La Comunión de la mañana ha estado ya muy concurrida. Ha sido amenizada con armonium y canto, sin faltar fervorines. Mi reverendo compañero que la ha distribuido, ha hecho su plática preparatoria, cuyo sabor y cuyos tonos quiero dejar que los adivinen Vds. Yo sólo les diré que las Religiosas han vertido lágrimas abundantes de alegría.

Ha habido solemne Oficio cantado por las Religiosas.

En la función de la tarde, que por lo brillan-

te y concurrida será inolvidable, el señor Fundador de la Asociación ha predicado. Fíjense Vds. si sus palabras estarían ó no caldeadas por aquel fuego divino, cuyas oleadas casi se adivinaban correr por bajo de aquellas naves. Todas las almas estaban conmovidas, y, en mi celestial ilusión, parecióme ver como si de los corazones de Jesús y de Teresa brotasen rios de suavidad y dulzura que arebataban nuestras almas á regiones más serenas y luminosas que ésta que habitamos.

En los intermedios hubo hermosos cantos acompañados de armonium, que tocaba una jóven teresiana.

El acto de hacer las jóvenes de la Junta la protesta solemne, á los pies de Jesús Sacramentado, como se acostumbra en todas partes, nos consta que les ha impresionado mucho.

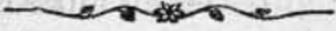
Por ventura ha habido piadosa tia que, al oír desde el fondo del claustro la voz de su sobrina, se ha deshecho en lágrimas de gratitud y alegría.

Hemos ido despues á adorar el corazón de la Santa, y... ¿será verdad? Ni la herida, ni las espinas me han hecho una impresión tan penosa.

Véan Vds. cómo Santa Teresa de Jesús continúa acreditándose en Alba, pero ahora en los corazones de la juventud femenil, que tanta é incontrastable influencia están llamados á ejercer.

Pero basta por hoy. Desde Salamanca puede ser que les escriba contándoles nuestro des-pido de Alba. Oigo desde aqui los armoniosos sonidos del piano, confundidos con cánticos teresianos.

Adios , pues , en Jesús de Teresa.





## CARTA DÉCIMA.

*Salamanca, 30 de Agosto de 1875.*



Como lo tengo prometido á Vds., no quiero pasar de esta bella y monumental ciudad sin fechar antes en ella una de mis cartas, y contarles algo de lo que en élla acabamos de ver.

Pero fáltame todavía referirles algo de Alba de Tormes, y allá se vuelve mi pensamiento, no menos que mi corazón, que se forjan la ilusión de hallarse aun allí presentes, cuando todo aquello, por bellísimo que sea, ya no forma sino una parte del mundo de mis recuerdos, mundo que alumbra dulcemente el destello tibio y crepuscular de lo que fué.

Este pensamiento melancólico trae á mi memoria las ruinas del castillo del Duque de Alba , que al caer de la tarde fuí yo á visitar. Hállanse sobre una elevada colina, desde donde se descubre la vega de Alba , el Tormes, ceñido de álamos, y allá abajo, á la izquierda mano, los majestuosos muros de un abandonado monasterio. Colocado en aquel sitio, no he podido menos de recordar la pujanza y poderío de aquel Duque, y de sus antiguas y gloriosas hazañas no han podido hacerme olvidar las presentes y grandes desventuras.

«Las ruinas del castillo,» he dicho antes; y así es la verdad, pues casi todo él se halla reducido á escombros. Sólo una torre, de macizos paredones, se conserva en pié, en medio de tanta desolacion, irguiéndose con severo é imponente aspecto, como para recordar de cuánta grandeza es capaz un siglo que edifica, y hasta qué extremo de barbarie puede llegar un siglo que destruye. He asomado mi cabeza por un boqueron, abierto en aquellos espesos murallones, y á favor de una luz, me ha sido dado descubrir los dibujos y frescos de aquellas altas y sombrías paredes, donde me ha parecido ver representados hechos gloriosos de armas y atributos militares. A su vista han acudido de repente á mi fantasía escenas más placenteras y deliciosas. He dejado que mi imaginacion se adormeciera algunos mo-

mentos, como arrullada por el bullicioso rumor de los festines, y por el eco de las fiestas y torneos (de que aquellas paredes serían testigos), en que los apuestos y fieros paladines lucian su destreza y ardimiento en presencia de sus magníficos señores, y hacian alarde de su bizarro continente delante de las damas.

«Todo pasa,» murmuraba, bajando de la colina. ¿Qué queda de la grandeza de los duques y de los reyes?

Pero sí que queda, y mucho, de la grandeza de la *pobre Carmelita descalza*, cuya gloria crece y se levanta, cada dia más, en el tiempo y en la eternidad.

¡Ah! Es que *Dios no se muda*, añadía, plagian-do á Santa Teresa, cuyas palabras me daban la clave de estas misteriosas transformaciones.

Y despues de dar uu paseito por aquellas orillas del Tormes, donde nos sentíamos acariciados por deliciosas auras, saturadas de rocío y aromas, y se gozaban nuestros ojos en la vista de aquel despejado horizonte, salpicado á la sazón de doradas y flotantes nubecillas, que semejaban, como diria un poeta, sueltas alas de querube; nos dirigimos al convento de Carmelitas, para decir á Dios á aquellas santas hijas de Teresa.

¡Qué despedidas tan diferentes de las que en el mundo se usan! Como se separaron de él, olvidaron ya sus usos y costumbres. Sólo ora-

ciones piden estas almas, para que mejor puedan alzar su vuelo á las regiones del amor y de la luz. Nada de ansiedades congojosas; nada de vanas ternuras, hijas de la debilidad y flaqueza del corazon. Una dulce serenidad, una calma del todo celestial dá el tono á estas escenas, que no por eso pierden nada de interés y de delicada ternura. Ángeles colocados en los umbrales del paraíso, cuyos esplendores les parece ya columbrar, pronuncian esta palabra á Dios, bañada en una sonrisa inefable, que significa: «Hasta luego.»

¡ Oh ! No tiene uno la dicha de cernerse por tan remontadas alturas, y eso no obstante, se siente delicadamente seducido por sentimientos de tan subidos quilates.

Nos dieron las Religiosas objetos teresianos, como pañitos y corazones de seda tocados en el Corazon de la Santa; medidas del santo brazo, tocadas al mismo, y papelitos llenos de polvo del sepulcro de la Santa. Pero lo más apreciable para mí son unas pequeñas imágenes de Santa Teresa que modelan las Religiosas con barro, formado del expresado polvo.

Todos estos preciosos objetos hemos añadido al verdadero é inestimable tesoro, que aquí y allá vamos acumulando, de sencillas y piadosas preciosidades teresianas, con las que hemos de hacer felices á no pocos corazones enamorados de Santa Teresa. ¿ No es verdad, mis buenas y distinguidas teresianas ?

Hemos ido tambien á dar el último á Dios al llagado y espinado Corazon, contemplando una vez más (¡ojalá no sea la última!) tan maravilloso prodigio. Hemos tenido que hacernos violencia para arrancarnos de aquel sitio.

¿Les diré ahora todo lo que entonces he sentido? He probado de expresar mis sentimientos en una poesia, que me atreveré á mandarles, á pesar de hallarme perfectamente conforme con un íntimo amigo mio, que dice:

Hay poemas interiores  
que no se escriben jamas:  
yo de esos compuse más  
que los campos crian flores.

Pero ¿qué van á hacerle Vds.? Quería obsequiar en nuestra despedida á las Religiosas, y no hallé mejor manera de hacerlo que dedicarles dicha poesia, leyéndosela despues á la reja del locutorio.

Mi amigo se me acerca, preguntándome si se lo he contado todo á Vds., pues que no tardaremos en abandonar á Salamanca.

¡Válame Dios, y qué apreturas son éstas! Está visto que ver, y sentir mucho, y luego coger la pluma, no se puede hacer á la vez.

Pero no hay remedio. Es preciso que sepan Vds. algo siquiera de nuestro paso por esta monumental ciudad.

Sin perder tiempo hemos ido á ver la Catedral, que es del siglo décimosexto, de la última época del estilo ojival. Yo me he parado delante de su bellísima fachada, y... ya no queria ver más. Aquello no parece sino un retablo de altar, pero retablo el más precioso y delicado, modelado en blanda cera. Aquellas exquisitas labores de piedra semejan transparentes y finísimos encajes, colgados allí en un dia de grande solemnidad.

No, no quiero pasar adelante, le decia á mi amigo, en mi entusiasmo artístico. ¿Puede haber nada tan hermoso como ésto? Pasamos adelante, sin embargo, y entramos en el magnífico templo. No quiero describir nada, pues hablaría mucho, y nada diria. Rodeado uno de aquellas espléndidas pero sencillas, nobles y elegantes labores del género gótico, compréndese fácilmente cómo en aquel siglo habia genios que sabian contrarestar el torrente de corrupcion artística que todo lo empezaba á dominar.

Luego hemos ido á visitar la iglesia de Santo Domingo. Allí, junto á aquellas majestuosas grandezas del arte cristiano, que me han recordado las de Santo Tomás de Avila, hemos evocado la memoria de aquellas otras verdaderas grandezas y glorias insignes de la España católica. Las graves, pero nobles y sublimes figuras de los Bañez, Ibañez y tantos

otros sabios de primer orden y teólogos esclarecidos, en que abundaba aquella edad, que llaman oscurantista, nos pareció á nosotros que proyectaban aún su majestuosa sombra por bajo de las atrevidas y altísimas naves que tantas veces fueron testigos de su piedad. De allí, sí, salían los humildes Religiosos para ir á sentarse en las renombradas cátedras de la célebre universidad de Salamanca, desde cuya cumbre derramaban rios copiosos de luz purísima, en cuyos raudales eran abrevadas las vírgenes inteligencias de aquella dichosa juventud.

A esa misma universidad hemos tambien ido nosotros, donde apenas si puede uno formarse alguna idea de lo que fué. Aunque deteriorada y casi ruinosa, se conserva el aula ó clase donde explicaba Fr. Luis de Leon. Hemos observado que los bancos, que son los mismos que habia entonces, son muy estrechos y labrados toscamente. En cambio, las inteligencias estaban entonces muchísimo mejor labradas y pulidas. De seguro no encontrarían allí mucha comodidad los estudiantes, pero estarían en cambio más despiertos. Nosotros nos contentamos ahora con el brillante aparato exterior. ¿Qué importa lo demás?

Hemos subido tambien á ver la Biblioteca, donde, entre otras cosas notables, hemos visto los libros originales del suavísimo é inimita-

ble prosista y divino poeta Fr. Luis de Leon. El carácter de su letra era claro y hermoso; y y eso que dicen que los sabios tienen mala letra. Despues de ver la de San Juan de la Cruz y de Fr. Luis de Leon, casi estoy por afirmar que se puede ser sabio y tenerla buena. Conque alégrense Vds. La estatua del insigne Agustino nos ha parecido bella y majestuosa; pero, á mi entender, le falta mucho para ser un monumento nacional, como debiera. Consolémonos, sin embargo, pensando que es más grande y gloriosa la que le ha levantado hace tiempo la historia de nuestra literatura.

Despues hemos pasado por la Clerecía, ó Seminario, y no nos ha dolido ciertamente el tiempo que hemos empleado en ello. ¡Claustros como aquellos! En pocas partes he visto tanta grandiosidad y riqueza de arte.

Y hay quien dice muy formalmente que sus antiguos habitantes eran unos apaga-luces. Que vayan á contárselo... á su abuela. (Dispensen Vds.). Está visto que se nos quiere comulgar con ruedas de molino. Por fortuna se va descubriendo la hilaza, y ellos, los pobrecitos, aparecen en la torpe desnudez de su ignorancia y mala fe.

Varias veces hemos atravesado la bella y espaciosa plaza de la ciudad, que es ciertamente monumental. Habla ella de otros tiempos. Paseando por bajo de sus arcos, nos de-

cíamos: Por aquí debían de pasearse aquellos verdaderos sabios, y por eso humildes y modestos de otros tiempos más felices, y por aquí debía revolotear aquella animada muchedumbre de estudiantes que inundaba la ciudad, emporio de la ciencia.

¿Y nada de Santa Teresa? Sí, también hemos perseguido aquí su amable sombra, apareciéndose nos tan graciosa y encantadora como siempre. Hemos ido al convento de Carmelitas, donde habíamos dejado tarjeta, á nuestro paso hácia Alba de Tormes, lo cual bastó para que desde luego hayamos sido conocidos. Nos han enseñado las Religiosas algun objeto que les recuerda á su santa Madre, refiriéndonos algunos sucesos de la Santa que tuvieron lugar en este mismo convento. Cuanto á las religiosas, ¿qué les he de decir sino que son ellas mismas?

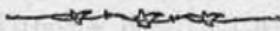
He leído en un libro que sólo hay un jesuita, y éste se llama: Ignacio de Loyola. Yo también digo á mi vez, que no hay más que una Carmelita Descalza, y ésta se llama: Teresa de Jesús.

Luego hemos ido á visitar la *Casa de los Estudiantes*. Así se llama en Salamanca la casa en que primero estuvo Santa Teresa cuando fué allí á fundar, y en ocasion en que era habitada por estudiantes.

Es muy gracioso lo que cuenta la Santa del miedo que tuvo allí su compañera, la noche

de las Animas, impresionada por el fúnebre doblar de las campanas y el enojo de los estudiantes, que habian sido sacados de la casa. Acompañados por una modesta y amable jóven hemos recorrido todas las estancias y registrado todos los rincones del antiquísimo caseron, complaciéndose ella en referirnos todo lo que sabia del suceso. Hemos descubierto todavia las señales del lugar donde tenian las Religiosas el torno. Y bajando á un espacioso huerto y jardin, hemos hablado de los gustos sencillos y poéticos de la gran Fundadora.

Otras muchas cosas quisiera yo contarles de Salamanca, porque mucho más hemos visto, con cuya relacion me atrevo á creer que llegaria á entretenerles, si yo tuviese gracia y no me faltara el tiempo. Pero ya que carezco de ambas cosas, me habré de contentar con tirar la pluma y coger el pescante, mientras les suplica que no le olviden en sus oraciones su afectísimo amigo y S. S. en Jesús de Teresa.





## CARTA UNDÉCIMA.

*Zaragoza, 4 de Setiembre de 1875.*

**Q**UES ya ven Vds. si hemos volado largo. Desde las orillas del Tormes hasta las del Ebro; desde Castilla hasta la capital del antiguo reino de Aragon.

Sí quiero tambien desde aquí, mis buenas hijas de Santa Teresa, escribirles algunas líneas, que les recuerden á Vds. nuestro paso por esta ciudad, la última de nuestro viaje teresiano, y la que dará materia á la última carta que yo les escriba, por ahora se entiende.

Conque felicítense Vds.

Como ya les dije en mi anterior, el 31 de Agosto salimos en coche de Salamanca, parando en nuestra querida Ávila. Allí nos despedi-

mos, por última vez, de aquellos sitios santificados por la Santa.

Otra vez, fuimos allí objeto de las excesivas muestras de afecto y consideracion inmerecida con que hubo de confundir nuestra pequeñez nuestro amadísimo y teresiano Prelado, el ilustrísimo Sr. Dr. D. Fernando Blanco.

Por la tarde visitamos el convento de la Encarnacion, en donde se estaba haciendo una novena al transverberado Corazon de Santa Teresa de Jesús, en la misma capilla en que se verificó tan extraordinario suceso, y que ya les describí á Vds.

Mi compañero fué invitado á predicar, y ¡vaya! ¿quién resiste á la dicha de predicar del Corazon de la Santa, en el mismo lugar donde fué herido, si se halla dotado de un corazon como el de mi amigo?

No quisimos despedirnos de aquel convento sin dedicar un saludo á aquellas religiosas, que, en aquellos momentos vinieron á aumentar la deuda de gratitud y aprecio que con ellas contrajeron los romeros teresianos.

El dia 2 salimos de Ávila en el tren de Madrid, á donde no quisimos llegar sin ver antes la *octava maravilla*. ¿Cómo no aprovechar tan buena coyuntura? Sí, nos hemos detenido en el Escorial, extasiándonos ante aquel conjunto de maravillas.

No esperen Vds. que vaya ahora á describir-

las, ni siquiera á nombrarlas. Ni podria, ni sabria hacerlo. Sin embargo, no puedo dispensarme de decirles sencillamente lo que más honda impresion me ha hecho.

Que digan lo que quieran. Ha de confesarse, á vista de tanta grandeza, que era grande muy grande el alma que supo concebirla.

Aunque de prisa, hemos recorrido aquel maravilloso mundo de la piedad y del arte, donde nuevas y cada vez más sorprendentes magnificencias nos asaltaban á cada paso.

Hemos sido guiados por un amabilísimo y simpático jóven sacerdote que habita en aquel monasterio, lo cual nos ha permitido enterarnos de muchas cosas en poco tiempo. Nosotros no conocíamos siquiera á dicho señor; pero ¿qué importa, si Santa Teresa nos le tenia guardado? El amor de la Santa ha sido el lazo que ha unido al instante nuestros corazones. Con él hemos hablado no poco de la grande Reformadora, á quien supo comprender el alma grande del fundador del Escorial. Sólo á la grandeza se revela la grandeza.

Aquella mujer, que desde el fondo de su humilde y pobre celda no temia escribir cartas al poderoso Monarca de dos mundos; que despues de solicitar su proteccion para la Reforma carmelitana, sabia con discretísima libertad, decirle palabras que, á vueltas de la más fina y delicada lisonja, encierran una grande lec-

cion; la mujer que sabia decia á Felipe II: «Por amor de Dios suplico á vuestra majestad me perdone; mas considerando que oye á los pobres el Señor, y que vuestra majestad está en su lugar, no pienso ha de cansarse;» esta mujer, digo, merecia ser protegida por el piadosísimo fundador de San Lorenzo del Escorial.

En la severa é imponente majestad de aquel templo aciértase á descubrir algo de un orden tan superior, que sobrecoge fuertemente el ánimo. Parece como percibirse allí el soberano arranque de un alma poderosa, donde, engarzados y confundidos, viven el entusiasmo del genio y el entusiasmo de la fe.

Al decir *Dominus vobiscum* en la Misa que celebramos en el altar mayor, volviéndonos de cara al pueblo, uno se complacia en detenerse en frente de toda aquella inmensidad, que el sople poderoso del arte cristiano, bajo la inspiracion, más poderosa aun, de la fe, pobló de ejércitos de santos, de ángeles y de vírgenes, perpetuando en la pared mundos de santidad y trasuntos del Paraíso.

Sólo un alma como la de aquel fortísimo rey y piadoso monarca, rebotando sentimientos de gratitud por la insigne victoria que acababa de otorgar á sus ejércitos el Dios de las batallas, podia levantar tan maravilloso monumento á la Religion, á las ciencias y á las artes. Mal de su grado, se ven obligados

á confesarlo así los mismos protestantes, no obstante el odio que, como tales, le guardan en su pecho.

Pocos dias hacia visitaron el Escorial unos ingleses que (como nos contó nuestro guia) dan testimonio de esta verdad. Claro está, llenas sus cabezas de las imposturas inventadas en las brumosas orillas del , Támesis para desprestigiar la gran figura de Felipe II, mirándolo todo al través del mentiroso vidrio de sus prevenciones, se sonreian de compasion y casi se felicitaban , al principio de su exámen, viendo trazada en todas partes, aunque muy pequeña y horrible, al decir suyo, la severa pero nobilísima figura del gran Monarca español. Pero esta figura, sin advertirlo casi ellos, crecia, crecia á sus ojos, á medida que iban adelantando en su exámen, y á tanta altura se levantó, y tan colosales fueron las proporciones que hubo de cobrar la tal figura (como reflejada por aquella interminable série de magnificencias que pasaban por delante de sus asombrados ojos), que oprimidos por su inmensa pesadumbre , se vieron precisados á confesar los tales ingleses, que no podia ser sino de gigante el alma que supo abarcar el armonioso conjunto de tantas maravillas, y que no poco grandes debian de ser tambien los artistas que realizaron la obra.

¡ Y cuánta modestia y sencillez no se adivi-

nan, sin embargo, en aquella alma! ¿No es èste el distintivo de la verdadera grandeza?

En el grandioso y riquísimo coro nos hemos sentado en una silla, sólo un poco más ancha que las demás, y que era aquélla donde solia sentarse Felipe II. Allí, confundido con los monjes, solia rezar como ellos. Yo me acordé de aquella serenidad de su ánimo, casi inconcebible y solamente explicada por la profunda piedad del poderoso Monarca, serenidad que manifestó al recibir el parte de una de sus más esclarecidas victorias, conseguida por su irresistible ejército, mientras estaba rezando en el coro con los Religiosos. El Rey continuó el rezo, sin inmutarse ni hacer ninguna demostracion, hasta que el acto hubo concluido. Sólo entonces dijo tranquilamente á los Religiosos, que cantasen un *Te Deum* en accion de gracias al Señor. Ved aquí retratado á Felipe II.

Este mismo carácter fué el que notamos al visitar la que fué su habitacion en el palacio real. Despues de atravesar aquellas suntuosísimas estancias de los reyes, donde ellos se han complacido en acumular, haciendo espléndido alarde, tesoros de seda, oro, plata, mármoles, marfil, etc., trabajados con todo el extremo de la delicadeza á que aspirar pueden la fantasía y el arte; despues de pasar asombrados por delante de aquellas famosas tapi- cerías, donde las costumbres de los pueblos,

sobre todo las españolas, véñse reproducidas con aquel vivo encanto, con aquella animacion y movimiento á que casi llegar no puede toda la mágiã de los pinceles, ¡qué notabilísimo contraste ofrece la vista de la habitacion del poderoso monarca Felipe II! Despues de aquellas estancias, régias en verdad por su riqueza y su fausto, se llega á una habitacion, régia tambien, pero con la realeza de una alma verdaderamente real, que se adivina en medio de la mayor sencillez. Yo prefiero esta realeza á las otras.

Tenia razon el piadosísimo Monarca al decir que habia fundado un palacio para los monjes y una celda para sí. Porque han de saber Vds. que el suelo de esta habitacion no es sino de ladrillos; las paredes están enjalbegadas, y por único adorno tienen un friso de azulejos.

En la sala donde solia recibir á los embajadores, se conservan muebles de su época, entre ellos una esfera armillar de cobre, un velon monumental, un azafate de la época, dos pinturas y un grabado. En el despacho hay una mesa, un estante para los libros, y otro para los papeles, ambos vacíos, una cartera verde sobre la cual se firmó la paz de Amiens, el tintero de Felipe II, su sillón de baqueta, dos sillas de tijera para descansar su pierna enferma de gota, y algun otro objeto más.

En la alcoba inmediata, que está á la vista

del templo, pasó su agonía y falleció el poderoso fundador del Monasterio, el 13 de Setiembre de 1598. Desde la cama asistia á los divinos officios, con sólo abrir los postigos de una ventana que está al nivel del presbiterio.

Sólo un dia hemos estado en Madrid. Hemos dicho Misa en el convento de las Adoratrices, donde la Madre Priora nos ha enseñado todo el edificio y jardin. Si á Vds. les ocurriese el preguntarme qué tal es la fruta de los árboles que encierra, tambien les podria contestar satisfactoriamente. Hasta con ese extremo de bondad y cortesía se ha dignado obsequiarnos la buenísima Madre Dolores.

Despues de visitar á algun amigo y algun edificio, y dar un paseo por el *Campo del moro*, hemos tomado el tren de la tarde, camino de Zaragoza, á cuya ciudad hemos llegado á las ocho de la mañana. Y aquí nos tienen ustedes, despues de haber andado toda la noche y, pocas horas despues de ser despertados en el coche (donde habíamos podido conciliar el sueño), por el espléndido rayo de sol que bañaba las cúpulas del *Pilar*.

Y ya que de mis labios se ha escapado este nombre, les diré á Vds. que lo primero que hemos hecho al bajar del coche, es ir á la famosa basílica. Hemos celebrado el santo Sacrificio en el mismo altar donde se venera el insigne y principal monumento que la Virgen María legó á los españoles.

Desde niño que habia oido hablar, y siempre con la más profunda veneracion, de esa insigne reliquia; y al adorarla con la efusion más piadosa y más tierna, vinieron á mi memoria recuerdos de mi infancia acariciados por la suave melodía de ese dulce nombre del *Pilar*, que á pronunciar me enseñaron labios los más regalados y cariñosos para mí. El templo es vastísimo y bello sobremanera. La luz, que circula con toda libertad por aquel sagrado recinto, y que baña con los más vivos destellos aquellas bóvedas, embellecidas de notables *frescos*, esa luz tiene yo no sé qué linaje de brillantéz y hechizo, que yo no sé expresarlo sino diciendo, que parece impregnada de sonrisas.

¿Será la sonrisa de amor de la santísima Virgen la que viene perpétuamente á embellecer este recinto, donde los divinos labios de la Señora se desplegaron para prodigar sobre España el tesoro de sus tiernas misericordias?

Después de hacer esta primera visita, hemos ido inmediatamente á ver las *Fecetas*, (que así se llaman las Religiosas Carmelitas Descalzas de uno de los conventos que hay aquí), pasando después á visitar á las de San José. Nos han saludado en los dos conventos por nuestros propios nombres, y nos hemos reconocido y hablado, como se reconocen y se hablan las personas amigas que, después de algun tiempo,

vuelven á encontrarse. Las buenas y joviales hijas de la gran Teresa han proporcionado á nuestras almas algunos ratitos santamente deliciosos.

Hijas de la gran Teresa hemos visto en la Mancha y en Castilla, y de ellas habíamos dicho antes: «Son parecidas, como se parece una hermana á otra.» Ahora, al ver ese santo y hermoso tipo en Aragon, hemos tambien exclamado: «No hay que darle vueltas; las de allá y las de acá son perfectas hijas de su perfecta Madre.»

Imaginábamos nosotros que nada nos faltaba ver, respecto á reliquias de Santa Teresa. Pero, amigas mias, hemos de confesar que, por nuestra dicha, nos engañábamos. Fíjense nuestra alegría cuando las religiosas de San José, á una sola indicacion, nos han sacado, entre otras cosas, una copia del retrato de la Santa, pintado por aquel bendito de Dios llamado Fr. Juan de la Miseria, á quien Santa Teresa ha hecho inmortal, en paga de haberla *pintado fea y legañosa*, como ella dice; despues, nos han enseñado las Fecetas dos pequeños autógrafos de la Santa, que yo he copiado en mi cartera, y que no quiero dejar de copiarlos aquí, á fin de que las palabras de la clásica Escritora vengan á enriquecer estos garabatos mios.

Uno de los autógrafos dice: «Mira bien cuán

presto se mudan las personas y cuán poco hay que fiar de ellas y asirse bien de Dios que no se muda.

«TERESA DE JESÚS.»

El otro dice: «Estando un dia en el convento de Veas, me dijo Nuestro Señor que pues era su esposa que le pidiese, que me prometia que todo me lo concederia cuanto yo le pidiese, y por señas me dió un anillo hermoso con una piedra á modo de amatista, mas con un resplandor muy diferente de acá, y me lo puso en el dedo. Esto escribo por mi confusion viendo la bondad de Dios y ruin vida que merecia estar en los infiernos, mas ¡ay! hijas, encomiéndenme á Dios y sean devotas de San José.»

Asimismo hemos tenido en las manos un pequeño escapulario de la Santa.

Pero nos faltaba ver otra reliquia de la insigne Doctora. Habíamos hojeado sus libros autógrafos, habíamos visto su tintero, habíamos venerado su mano; pero ¿dónde estaba la pluma con que ella escribía?

Aquí está, la poseen las Fecetas, nosotros la hemos tenido en la mano. Es pluma de ave, como ya supondrán Vds. Me ha venido la tentacion de hacer un perfil con ella, para poder decir despues, todo satisfecho y orgulloso: «¡He escrito yo con la pluma, con la misma pluma de Santa Teresa!»

Pero he vencido la tentacion, porque, si despues me hubiesen preguntado: «¿qué es lo que has escrito?» hubiera tenido que avergonzarme.

Hemos tambien ido á visitar La Seo, antiguo templo, rico de preciosidades artísticas, si bien se le añadieron algunos adornos de poco gusto. El altar mayor, trabajado en piedra con una delicadeza inconcebible, ha absorbido nuestra atencion por largo tiempo. Tambien hemos pasado por San Pablo, parroquia muy grande y antigua; hemos visitado la *Casa de la princesa*, monumento histórico y artístico de gran valor; hemos contemplado la famosa *Torre nueva*, que está algo inclinada, como saben ustedes, y finalmente no nos hemos dispensado de dar una vueltecita por el célebre *Coso*, con quien tienen que ver algo los fueros de Aragon.

Esta misma tarde trato de abandonar esta ciudad del Pilar, para dirigirme á ésta de la Santa Cinta. Crean Vds. que no llevaria yo tanta prisa, pero me es imposible detenerme, como quisiera. Mi compañero se queda aquí unos dias, durante los cuales instalará la Asociacion teresiana.

Conque hasta muy pronto, Dios queriendo. Han acabado las cartas, pero sólo para comenzar las pláticas entretenidas acerca de nuestro viaje teresiano. Me ha caido en gracia

la especie aquella relativa á mis epístolas. ¡Se iban ustedes á lucir, por vida mia, poniendo á la vista de todos mis ligeros y desaliñados desahogos! Ruego á Dios que aparte de su pensamiento tan mala tentacion. Norabuena que las guarden ustedes ataditas con un lazo color azul (ó verde, que eso no inporta); pero hagan de manera que sobren unos palmos del lacito para poder atar nuevas cartas cuando nuevos viajes nos haga emprender aquella celestial Andariega, á quien suplico á ustedes me encomienden en sus oraciones.

De Vds. afectísimo amigo y S. S.





CARTA ÚLTIMA (1).

Roma, 15 de Octubre de 1885.



Sr. D. Enrique de Ossó.

oy, fiesta de Santa Teresa de Jesús, no quiero, ni puedo, ni debo escribir sino á tí, querido amigo mio, por muchas y poderosas razones que yo me sé, y que no pueden ignorar los lectores de la *Revista Teresiana*. El hallarme lejos de España, gloriosa cuna de la seráfica é incomparable Doctora, ¿podia ser motivo para que me olvidase de que hoy se celebra su hermosa fiesta? Aunque no me halle en España, hállome, por dicha mia, en la capital del Orbe católico, hállome en el centro de la santa Iglesia de Jesucristo, en donde, á pesar de la demolidora impiedad reinante, todavía se ve á la santidad ornada con el refulgente nimbo

---

(1) Ya conocerán mis lectores, sin que yo se lo diga, porqué motivo inserto aquí esta carta, publicada el año pasado por la *Revista teresiana*.

que las artes cristianas, honrándose á sí mismas, tejieron á esa bendita hija del cielo. Cierto que no me hallo en Ávila, ni en Alba de Tormes, ni en Tortosa, ni siquiera en Barcelona ó Valencia, en cuyos puntos otras veces he tenido el placer de celebrar, juntamente contigo, la fiesta de la insigne Virgen avileña; pero hállome en la Ciudad eterna, en donde el glorioso recuerdo de la grande española Santa Teresa de Jesús, se enlaza perfectamente con los sagrados é inmortales recuerdos que, á pesar de todas las tempestades desencadenadas, forman aún el ambiente que aquí se respira; me hallo en Roma, en donde, al lado de las excelsas y soberanas imágenes de santidad y heroísmo que al genio cristiano inspiraron creaciones maravillosas, se destaca también, como en su propio y verdadero sitio, aunque sin perder por eso su carácter de española, la gigante y atractiva figura de Santa Teresa de Jesús.

He pensado, pues, hoy, amigo mio, en Santa Teresa de Jesús. Y no sólo he pensado en ella, sino que á ella he consagrado exclusivamente todo el dia. Estoy seguro de que tú, aunque no dejes de creerme, quisieras ver pruebas de esto mismo. Y yo, que no deseo sino darte gusto en dia semejante, y quiero, además, terminar el dia del modo que lo empecé, esto es, pensando en Santa Teresa, holgaréme no

poco refiriéndote lo que he hecho en obsequio de la insigne Doctora mística.

Pues has de saber, amigo mio, que hoy, por la mañana... ¿Pero qué digo hoy? Ya ayer, vigilia de tan hermoso dia, y fiesta de San Calixto, dispuse mi espíritu de la manera más conveniente para obsequiar á la compatrona de España. Como que dediqué el dia á visitar las Catacumbas de los primitivos cristianos, en donde supo recoger mi alma misteriosas y bienhechoras impresiones que profundamente la abstrayeron y vigorizaron. Despues de visitar la basílica de *Santa Maria in Transtevere*, la primera iglesia, segun se cree, que, fundada por el Papa San Calixto, fué dedicada en Roma á la Santísima Virgen, y cuya riqueza en preciosos mosaicos, columnas de granito, pavimento *alejandrino*, frescos y sepulcros me llamó mucho la atencion; despues de ver, allí mismo, las cadenas con que fué atado el Santo Pontífice, y adorar su sepulcro, que se halla bajo el altar mayor, cubierto éste de un *baldaquino* sostenido por cuatro columnas de pórfido; y de ver el pozo, el mismo pozo á donde fué arrojado el Santo, no sin descubrir el agua allá en el fondo, y detenerme en contemplar, una buena pieza, todos los pormenores y circunstancias de aquel lugar, que ciertamente conservan un sello de notable autenticidad; despues de observar y venerar todo esto, ya de

suyo tan precioso y venerable, pero que aún me lo parecia más en la fiesta del mismo Santo pontífice y mártir, salí en coche de la ciudad, por la célebre *Via Appia*, de que tanto hablan, no sólo la historia de la antigua Roma, sino también la historia de la Iglesia y las Vidas de los Santos.

Pasaron por delante de mis ojos las ruinas, que aún pueden llamarse soberbias, del *Circo máximo* y de las *termas de Caracalla*, el *valle de la Ninfa Egeria*, los *Columbarios*, el *sepulcro de los Escipiones*, en donde hallábanse las estatuas de estos valientes conquistadores de Cartago, y la del poeta Ennio, de los cuales habla Ciceron; para detenerme luego en la iglesia titulada *Domine quo vadis*, en cuyo sitio, según tradición antiquísima, cuando San Pedro huía de la persecucion de Neron, se le apareció el divino Maestro echándole en cara su cobardía. Llámase también esta iglesia «Santa María de las palmas,» porque, según la tradición, al desaparecer de allí el Señor, dejó estampadas las huellas de sus piés en una piedra, piedra que se conserva, y ví luego, en la basílica de San Sebastian.

En este templo, edificado por Constantino y consagrado por San Silvestre, según se dice; además de haberse sepultado el cuerpo del Santo titular, se custodiaron por algun tiempo los cuerpos de San Pedro y San Pablo. Al pre-

sente se veneran aquí muchas y preciosas reliquias, de las cuales tendré el gusto de enseñarte una fotografía. Al entrar, en el primer altar de la mano izquierda, he visto la célebre estatua yacente de San Sebastian, ejecutada segun el diseño de Bernini. He bajado al subterráneo donde estuvo el sepulcro de los santos Apóstoles, y en cuyas paredes me ha sido grato contemplar frescos que recuerdan los primeros siglos de la Iglesia.

Por fin, despues de unos tres cuartos de hora, hemos llegado á las Catacumbas de San Calixto. ¡Sí, todavía San Calixto! Como quiera que son las mejores y más bien conservadas, allá me guió mi excelente compañero y experimentado guia en mis excursiones, el reverendo Dr. D. José Benavides, que hace años vive en Roma, y cuyos vastos conocimientos en historia y antigüedades romanas le han merecido las más honrosas distinciones de parte de Academias españolas é italianas. Bajé á las *Catacumbas*, amigo mio, con tres ó cuatro ingleses, un pintor de Bélgica, mi compañero español y el guia italiano. Sé que tu has bajado tambien á esos sagrados subterráneos, en donde todos y cualesquiera objetos, hasta el más pequeño grano de polvo, hablan con altas y conmovedoras voces al alma creyente y al corazon piadoso. Andando, poseido de religioso silencio, á través de aquellos estrechos cor-

redores y galerías, rodeados por todas partes de sepulcros, de lápidas con inscripciones, y, sobre todo, de sacratísimas memorias, que allí parecen tomar cuerpo, y moverse, y vivir, y hablar con una elocuencia que se impone y avasalla aún á los espíritus menos dispuestos á sentir estos sublimes transportes; al verme allí, siguiendo detrás, muy detrás de mis compañeros, ávido de descubrir tesoros de fe, de caridad, de sacrificio, en aquellas inscripciones, en aquellos símbolos, en aquellos dibujos que la mano destructora del tiempo, más piadosa en esta ocasion que la de los hombres, ha respetado, para eterna gloria de nuestros predecesores en la fe, y para baldon y vergüenza de las presentes descreidas generaciones; al pisar aquel suelo bendito, y rozar aquellas sagradas paredes, y besar aquellas toscas pero piadosísimas figuras—¿lo creerás, amigo mio? —me pareció como si al más secreto seno de mi alma llegase algo de nuevo, de superior é inefable que no habia sentido jamás. Tal vez los reflejos vacilantes que nuestras luces arrojaban á lo largo de las paredes, y los misteriosos ecos que las voces y las pisadas de mis compañeros levantaban en aquellos ángulos, perpetuamente cubiertos de sombras venerables, contribuian á que fuese más viva la impresion que experimentaba. Lo cierto es que mi compañero tuvo que llamarme muchas ve-

ces, temeroso de que yo me quedase perdido en aquellos sitios venerandos; y no es menos cierto tambien que yo protesté interiormente muchas veces contra la frialdad de los ingleses que iban delante de mí.

Acababa de ver, amigo mio, los sepulcros humildes, y sin embargo, preciosísimos de los primitivos cristianos. Era precioso tambien, segun me dijo mi compañero, ver los sepulcros fastuosos y soberbios de los antiguos paganos. A este fin, seguimos en coche por la *Via Appia*, ceñida por ambos lados de mausoleos y sepulcros, cuyas ruinas y fragmentos atestiguan la vanidad y fausto de que no sabian prescindir los antiguos romanos, ni aun cuando se tratase de la muerte. No hay para qué ocultarte, amigo mio, que me fué grato é interesante este paseo entre sepulcros y lápidas, de los cuales me iba dando detallada noticia mi docto compañero. El más bello y el mejor conservado de todos es el de *Cecilia Metella*, cuya inscripcion se lee perfectamente. Llamóme, entre otros, la atencion el de *Séneca*, sepulcro tan severo como convenia al justo censor de Neron. El de *los hijos de Sexto Pompeyo*, cuya prolija inscripcion leímos, me interesó algun tanto, por el sentimiento de fraternidad que se revela en estas palabras: *Hic. soror. et. frater...* Por fin, despues de detenernos ante muchos sepulcros desconocidos,

y de contemplar muchas estatuas mutiladas y arrojadas por el suelo, y de admirar fragmentos de bajorelieves y columnas, subimos á descansar en el sepulcro *di Cotta*, esto es, en la casa de campo, y al mismo tiempo hostería, edificada dentro de este sepulcro. Invitámos á comer y beber al cochero, mientras nosotros subimos á lo más alto del que fué sepulcro. Al subir, ví cosas que me hicieron pensar. Uno de los nichos estaba convertido en horno. Algunas gallinas picoteaban al rededor de unos olivos plantados sobre las cenizas de orgullosos y potentes señores. Las buenas campesinas que allí habitaban nos ofrecieron pan y queso.

Desde allí tendí mis miradas por la campiña romana, fértil de suyo, pero desierta y sin cultivo, dejando en completa libertad á la imaginacion de los artistas y poetas, para que, á su antojo, la pueblen de los seres fantásticos en que soñó la Mitología pagana. Fuéme tambien grato descubrir á lo lejos largas y pintorescas series de colosales arcos, notables restos de los famosos acueductos de Roma. En frente de nosotros divisé á *Túsculo*, que debió á Ciceron el que fuese tan celebrado. Y más lejos todavía, á mi izquierda mano, ví como resplandecian, al ser heridas por los rayos del sol, las nevadas y prolongadas cumbres de los Apeninos. Al cuadro que desde el

sepulcro *di Cotta* descubríamos, no le faltaba ciertamente severa grandeza; pero en él no hallaba yo, porque no existía, la grandeza de las sólidas y macizas virtudes, de la santidad, del heroísmo, que, por tan dulce y misteriosa manera, cautivó mi alma, al hallarme en medio de los sepulcros de las catacumbas de San Calixto. ¿No es verdad, amigo mio, que ésta ha sido excelente manera de obsequiar al santo y glorioso Pontífice? ¿Y no es verdad tambien que, con ello, ha sido bien empleada la vigilia de la hermosa fiesta que hemos celebrado hoy?

Por la mañanita, lo primero que he hecho, despues de escribir unos sencillos versos titulados *En la fiesta de Santa Teresa*, ha sido dirigirme, con mi compañero de Tortosa, á la iglesia de *Santa María de la Victoria*, riquísima joya de arte y devocion, que nos cautivó desde el primer momento. Hace pocos años que fué restaurada por un católico insigne, creo que llamado Tortolini, dejándola completamente revestida de mármoles y jaspes vistosísimos. En seguida fijé mis ojos en el célebre grupo que representa á Santa Teresa y al Serafin, en el acto de transverberar éste el corazon de la Santa; obra que es considerada como la mejor de Bernini. Y, ciertamente, dudo que se pueda expresar mejor el sagrado éxtasis de la Virgen avilesa. Por su actitud de deliquio, perfecta-

mente adivinada por el artista; y por su rostro, en] donde se lee el más alto poema de amor y de dolor, comprensible solamente para los Serafines del cielo, es una cosa admirable. En frente de este altar, como ya sabes, está el de San José (cuya estatua de mármol, así como los bajorelieves, son también notables), tuve el gran consuelo de celebrar la Misa de la Santa; por lo cual, al volverme de cara al pueblo, podía ver, admirablemente representado, el misterio de amor sagrado, que con tanta belleza se describe en el prefacio de la Misa. Aún no había acabado yo el santo Sacrificio, cuando empezó el Oficio solemne por los Padres Carmelitas. Yo no lo sé, pero me parece que, además de los nuestros, había en el concurso otros corazones españoles. A todas las personas que comulgaron les dieron los Padres una estampita de la Santa. A nosotros nos obsequiaron también con otra, muy hermosa, amén del desayuno, que tomamos en el comedor del convento, no sin departir amigablemente con un bondadoso Padre. Por una ventana nos enseñó el amenísimo huerto, de que, no hace mucho tiempo, ha sido inícuamente desposeída aquella venerable Comunidad. Hemos permanecido en la iglesia hasta terminarse la función, que ha sido tan solemne como devota.

Tal vez te imagines, amigo mío, que me he

dado por satisfecho con esta visita á la Santa. Mucho te engañas, si esto crees; pues, tomando en seguida un coche, hemos ido volando á *Santa María de la Escala*, en donde ya sabíamos que se obsequiaba con solemnes cultos á la ilustre Virgen española.

En los días anteriores, y ayer mismo por la mañana, al cruzar las dilatadas y suntuosas naves del Vaticano, extasiándome ante el maravilloso espectáculo de tanta majestad y grandeza como hay allí reunida; despues de pasear mis miradas atónitas por las admirables bóvedas, no sin elevarlas hasta la atrevida cúpula, que, en sueño al parecer irrealizable de Miguel Angel, parece estar suspendida en los aires por el invisible brazo de un ángel casi omnipotente; quise que mis ojos descansaran contemplando las colosales estátuas de Patriarcas, Profetas y Fundadores de Ordenes religiosas que decoran las columnas de la nave central, acabando por fijarme en la que, al entrar en la gran basílica, llama primero la atención, y no es, ni puede ser otra, que la de Santa Teresa de Jesús.

Pero si en el Vaticano y en *Santa María de la Victoria* habia yo podido saludar á la incomparable Castellana, representada en obras admirables, que hacen adivinar algo siquiera, porque todo, es imposible, del sublime y hermosísimo modelo; si rodeada de maravillas y

grandezas, y arrebolada con los soberanos esplendores del arte cristiano, habíase ofrecido á mis ojos la encantadora figura de la inmortal hija de Avila, ante cuyos majestuosos pasos no hay frente que con antusiasmo no se doble, ¿qué me faltaba ver en Roma que se relacionase con Santa Teresa de Jesús?

Nada me faltaba, amigo mio, si pudiéramos olvidar por un momento que fué la Santa muy *andariega*, como hubieron de llamarla, pero, eso sí, *andariega á lo divino*, esto es, activa, incansable, bullidora, todo á la mayor gloria de Dios. ¿Qué extraño, pues, que hasta en la capital del Orbe católico aparezcan, no sólo las luminosas huellas de sus pasos, sino, lo que es más, sus mismos piés?

Efectivamente. En la iglesia de *Santa Maria de la Escala*, donde en aquellos momentos se celebraba una solemne funcion, en que oficiaba un obispo; en un altar adornado de preciosos mármoles, de cuatro soberbias columnas de verde antiguo, de magníficos bajo-relieves y de bellísimas pinturas, he tenido el inmenso placer de ver y adorar el bendito pié de Santa Teresa de Jesús. «¿En donde está la cabeza de la santa? me ha ocurrido preguntar á un caballero que se hallaba á mi lado.— ¡Oh! su cabeza, me ha contestado, su cabeza, como todo lo demás de su cuerpo, está en España.»

Despues de la funcion hemos entrado en la sacristia, en donde los Padres Carmelitas españoles me han preguntado si acaso conocia á D. Enrique de Ossó. ¿Le conoces tú, amigo mio? Si le conoces, dile de mi parte, que ni de Santa Teresa ni de su persona se ha olvidado en este dia, como con harta extension acaba de probarlo, este tu afmo. amigo y S. S.

Despues de la Educacion de los niños en la  
Escuela de San Juan de los Rios y demas  
partes me han presentado el caso con  
D. Juan de Dios y la comision de  
los de los negocios, de la parte que  
santa Teresa y de su persona se ha  
en el punto de la comision de  
de la parte que se ha en el punto de

SALIDA DE TREVINO



En el dia 20 de Mayo  
reunidos los señores  
de la diocesis en la  
sala de la casa de  
todos nos Mas  
altar de la  
con la ayuda de  
esta suerte, para  
testimonio. No  
despedidos de  
Patron de la  
tous, el linero de  
acabado por  
de la Santisima Virgen



# PEREGRINACION TERESIANA.

---

## SALIDA DE TORTOSA.

**E**RA el día 20 de Agosto de 1879 cuando reunidos los peregrinos de Tortosa y su diócesis en la iglesia de San Antonio de dicha ciudad, despues de oír todos una Misa, que se celebró en el altar de la Archicofradía teresiana, recibieron la sagrada Comunión, disponiéndose de esta suerte, para emprender la proyectada peregrinación. No contentos con esto, fuimos á despedirnos de Nuestra Señora de la Cinta, Patrona de la ciudad. Rezóse la letanía lauretana, el Itinerario de los peregrinos y la Salve, acabando por adorar todos la Sagrada Reliquia de la Santísima Virgen.

Unidos á los peregrinos de Barcelona, Gracia, Mataró y Tarragona, salimos en el tren de medio dia , y era de ver cómo ya al pasar por el soberbio puente de hierro que cuelga sobre el caudaloso Ebro, todos los peregrinos (íbamos en coches reservados) entonamos el cántico de la peregrinacion teresiana, cuyo sorprendente efecto hasta entonces no habíamos experimentado. Púsose en el testero del wagon, para que pudiera ser vista de todos, una magnífica fotografía de la Heroína española , y aplaudieron todos el pensamiento, aclamando á aquélla con ardoroso entusiasmo por guia de los peregrinos. A Ella dirigíanse todas las miradas, á Ella confiaba el corazon sus temores y esperanzas, y, finalmente, bajo su eficaz proteccion descansábamos tranquilamente todos los peregrinos.

Al llegar á la estacion de Santa Bárbara nos vimos ya saludados por un inmenso gentío, figurando en primer término las jóvenes teresianas, que se desvivieron por obsequiarnos con frutas y refrescos. Con sus cantos, vivas, lágrimas y encomiendas, harto vinieron á demostrar la devocion entusiasta que profesan á la gran Teresa y á todas sus cosas. Eramos los peregrinos de Santa Teresa , y como tales nos empezaban ya á tratar.

Aún parecian resonar en nuestros oidos los cánticos que oimos en Santa Bárbara, y ya en

Ulldecona se ofrecia otro espectáculo, igual en todo al que acabámos de contemplar. La Junta de las teresianas de esta poblacion, con una delicadeza y finura dignas de todo elogio, ofreció á los peregrinos un refresco, que fué aceptado con verdaderas muestras de agradecimiento. Pero ; qué lástima , decian aquellas jóvenes teresianas, qué lástima que el tren se detenga tan pocos momentos!

En la estacion de Vinaroz se repitieron las escenas anteriores. Un sinnúmero de teresianas acudieron allí á saludar á sus venturosas hermanitas, á quienes no acababan de hacerles mil tiernas y cariñosas encomiendas para su Madre y Patrona, Santa Teresa de Jesús. Aquí se agregó á la peregrinacion el Presidente de ella (nombrado de oficio por nuestro Ilustrísimo Prelado), D. Jacinto Peñarroya, canónigo Penitenciario y Director general de la Archicofradía en España. Su falta de salud le habia obligado á anticiparse á los peregrinos unos dias, durante los cuales hubo de tomar los baños de mar en dicho pueblo.

En Benicarló vino una jóven, que casi merece el dictado de poetisa, á recitar unos sentidos versos en obsequio de los peregrinos teresianos.

Alcalá de Chisvert, Torreblanca, Villareal, Burriana, Nules... todas las poblaciones donde se detiene el tren, rivalizaron en obsequiar á

los peregrinos, mostrando, con su piadoso entusiasmo, la alta estima que les merecen las cosas de Santa Teresa.

Pero en Valencia, en la bella y piadosa Valencia pudieron los peregrinos gozar de un espectáculo que jamás han de saber olvidar. Una multitud de corazones, ricos de sentimientos, de caridad y delicadeza, parece que se disputaban el ser los primeros en verter de su seno los tesoros de santo afecto que solo Dios inspira. Los presidentes y Junta de la Archicofradía prepararon en sus casas el más exquisito hospedaje á todas las teresianas que venian en peregrinacion, siendo los sacerdotes hospedados asimismo en el Seminario sacerdotal.

A la mañana siguiente, dia 21, el señor Director de la peregrinacion dijo Misa en la capilla de la Virgen de los Desamparados, Misa que oyeron todos los peregrinos, no sin recibir la sagrada Comunión. Gran multitud de fieles valencianos se unieron á esta sencilla solemnidad de los peregrinos, cuyos cánticos é himnos á la gran Teresa y á María Inmaculada, al resonar bajo aquellas bóvedas sagradas, testigos de la piedad incomparable de aquel pueblo eminentemente religioso, despertaron sentimientos del más vivo entusiasmo en el corazón de los hijos de Valencia.

En el tren de la tarde, la peregrinacion salió de esta encantadora ciudad, entonando, como

de costumbre, el *Cántico de los peregrinos*. ¡Qué bien se sentía uno al atravesar cantando aquellos hermosos campos de verde esmeralda, símbolo de las rientes esperanzas que inundaban de júbilo los corazones de los peregrinos! Por aquellos ambientes, ricos de suavidad y fragancia, nosotros íbamos dejando, al pasar como en torbellino, ecos de armonía, que se iban reproduciendo sin fin, como las notas de una música deleitosa, que á lo léjos parecen desvanecerse, pero que, temblando en el aire, se prolongan con indefinible dulzura hasta desconocidos lugares.

En Venta la Encina se reforzó la peregrinacion con la comision de Alicante, presidida por su digna Hermana mayor D.<sup>a</sup> Octavia Vion y el celoso teresiano señor canónigo Doctoral, don José María Sanduz. ¡Qué saludos tan fraternales los que se dirigian los peregrinos al reunirse! ¡Qué santa franqueza, qué dulce espontaneidad entre corazones, juntos hace ya tiempo, y enlazados, casi diria, por las manos de la angelical Teresa! La oracion en comun, tan bella siempre y que tan profundamente alata y une las almas que oran bajo el mismo techo en el acatamiento de Dios, la oracion constituía tambien uno de los mejores y no menos apetecidos ejercicios de los peregrinos. Rezábase el santo Rosario, se hacia el *Via-Crucis* y se rezaban otras oraciones por la santa Igle-

sia y por el Sumo Pontífice; y era cosa para mí en extremo grata contemplar cómo el agradable rumor de las plegarias y oraciones era acompañado, me parecía hasta con respeto, por el estrépito de los coches del tren, no acostumbrados por desgracia á presenciar tales prácticas y piadosos ejercicios. Entre éstos, bueno es decir que se hacia tambien en comun el cuarto de hora de oracion que prescribe el reglamento de la Archicofradía. Leía un sacerdote, de pié en medio del coche y en voz alta, los puntos de meditacion, guardando todos los demás el más profundo y no turbado silencio.

Luego á nadie se oía. Percibíase solamente el impetuoso y monótono rodar del tren, el cual parecia comunicar cierta solemnidad á aquel acto, dando á conocer mejor la imperturbable profundidad de aquel silencio. ¡Qué hermoso y conmovedor espectáculo, cuando de él se pasaba á la viva y entusiasta expansion de los himnos religiosos!

Almas que saben callar tan profundamente, ¿será posible que sean capaces de expandirse con tanta viveza? me preguntaba. La fe y su hija la piedad te darán la clave de éstos como de otros misterios — respondia la voz de mi conciencia.

Nunca me olvidaré de aquella cristiana salutation dirigida al nuevo dia, que desde el tren veíamos clarear en un horizonte, no visto

hasta entonces por casi la totalidad de los peregrinos. Repitiendo las palabras de un sacerdote, se hizo á Dios el ofrecimiento de todas las obras del dia, cantándose luego á dos coros el *Santo Dios*, con aquella tonada sencilla, pero grave y majestuosa, que á mí me causaba una impresion nueva, al contrastar tan notablemente con la vertiginosa rapidez del tren. ¡Oh, cuánto más bellos y estimables serian los adelantos del siglo, siendo humildes pero nobles servidores de la fe y la piedad, hijas de Dios, que no esclavos de las bajas y ruines pasiones de los hombres!

Allá sobre las seis de la tarde del dia 22, llegamos á Madrid, en donde todos encontramos preparado decente hospedaje, pues una comision se habia anticipado con este objeto, siendo ayudada de dos caballeros de la coronada villa. Aquella misma tarde llegaron tambien los peregrinos de Zaragoza, presididos por el Rdo. Sr. Parral. Figuraba entre las jóvenes teresianas la secretaria de la Junta de aquella ciudad, D.<sup>a</sup> Pilar Labastida, con otras distinguidas señoritas. ¡Cuánto de bueno pudiéramos decir de los peregrinos aragoneses, no menos que de los catalanes y valencianos, siquiera fuese para edificacion de aquellos de mis queridos lectores que no han hecho la peregrinacion! Pero acaso se ofrecerá en esta crónica ocasion más oportuna, y en que seria cosa im-

perdonable el callar todo lo bueno á que me refiero.

Dejemos á Madrid, toda vez que los peregrinos no se detienen en la Corte más que el tiempo preciso para descansar una noche; pues otra poblacion les atrae por entonces, y á ella se dirigen el dia 23, tomando el tren de la mañana.

### EN ÁVILA.

¡Avila!! ¡Pronto veremos á Avila!—dicen los peregrinos; y parece que el corazon váse alegrando por grados, y la imaginacion se enardece, y la luz es más viva, y los horizontes más anchos... Nuevo entusiasmo cunde por los coches de peregrinos, todo el mundo siente deseos de cantar, y de todas las portezuelas se escapa un mismo ardoroso cántico, que sin duda habrán aprendido ya á modular los vientos de Castilla. Ruegan á Santa Teresa que oiga las plegarias

*De hispanos peregrinos que vuelan á millares  
Su cuna y su sepulcro devotos á adorar;*

y pensando ya en la cuna gloriosa de la inmortal Teresa, sienten los viajeros teresianos que toda la velocidad del ferro-carril es muy poca para la ansiedad que experimentan sus co-

razones. Pero los peregrinos saben contenerse, y el santo Rosario, el *Cuarto de hora* de oracion acerca de las virtudes de la Santa, y otras preces, vienen á nutrir en silencio el alma de los devotos de la santa Doctora, cuyas máximas y documentos tienen un no sé qué de celestial y divino.

Y aquí me vienen tentaciones de contar á mis lectores lo que pude observar, creo era allá en la estacion de Las Navas sobre todo, donde nos detuvimos algunos minutos. ¿Os acordais, mis queridos peregrinos, á qué alegres escenas de cordialidad, á qué espontáneas muestras de benevolencia y afecto, á qué cambio de delicados obsequios, y, finalmente, á qué fusion de sentimientos entre todos los peregrinos no dió motivo la compra de aquellos botijos de barro llenos de leche, que con tanto empeño nos ofrecian aquellas muchachas? Héquí, me decia yo, una reunion de verdaderos hermanos, cuyos corazones se calientan reunidos en el misterioso hogar donde arde sin consumirse la caridad de Cristo. No vayais á buscar estas escenas en otra parte, porque no las encontraréis.

«¡Miradla! ¡Miradla! ¡Ya la veo!» Estas eran las exclamaciones que de pronto oimos lanzar á algunos peregrinos, que, asomando la cabeza por las portezuelas de los coches, miraban en direccion de Avila. En efecto, estábamos ya

cerca de la Cuna de nuestra Amada. ¡Cómo empezó á latirnos el pecho, presa de gozo inexplicable!—«Allá está la estacion! ¡Mirad qué gentío!» decíamos acercándonos á toda prisa. Pero digo mal. Nadie hablaba una palabra sola. ¡Quién puede hablar cuando tanto sienten los corazones!

Llegamos por fin á la estacion, siendo saludados por innumerable gentío. Vimos allí luego al Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis y otro señor Obispo de Eumenia (Baja California), con otros señores eclesiásticos y seglares, que nos acogieron con la mayor atencion y cordialidad.

Así que todos los peregrinos acabaron de bajar de los coches, se organizó la procesion. Iban delante todos los estandartes de las corporaciones religiosas de Avila, siguiendo luego, en ordenadas filas, los peregrinos, precedidos del pendon que trajeron consigo las teresianas de Tortosa, y que, por primera vez, acababa de desplegarse en la patria de Santa Teresa por una peregrina de aquella ciudad. La procesion era cerrada por los dos señores Obispos, á quienes acompañaban todos los demás caballeros que nos recibieron en la estacion. ¡Qué hermoso nos parecia ya aquello! La imágen de Teresa me parecia resplandecer como nunca, cuando, al aparecer en el lindísimo pendon, era bañada por el sol de su patria. A ella se dirigian nuestros ojos, ya que parecia introdu-

cirnos en su ciudad querida, en la cual entrá-  
bamos con la alegría y franqueza de hijos que  
se dirigen á la casa de su madre. Entre tanto  
los peregrinos entonábamos nuestro *Cántico*,  
que tanto parecia agradar á los avileses. No  
léjos de la estacion hay una iglesia donde los  
paisanos de Teresa veneran á la Virgen de la  
Portería. Hácia allí se dirigió la procesion,  
cantándose una *Salve* ante aquella devotísima  
imágen á voces y armonium. Luego salimos  
en direccion de la iglesia llamada *la Santa*,  
pero acompañados ya de seis Padres Carmeli-  
tas descalzos y unos doce religiosos Dominicos  
que cantaban á voces, estos últimos, el santo  
Rosario. Mucho duró la procesion ciertamen-  
te para los cansados y polvorientos viajeros  
pero no eran sino los deseos vivísimos de lle-  
gar á *la Santa* los que hacíanles parecer á los  
peregrinos, largos, demasiado largos, los ins-  
tantes que tardaban en conseguir tan suspira-  
da dicha. Además, ¿quién sabe acordarse del  
cuerpo cuando el corazon rebosa de contento?  
Pero ¡oh! el contento y la dicha de los corazo-  
nes llegaron á su colmo cuando nos hallamos  
todos reunidos en el magnífico templo que fué  
casa de Teresa. ¡Ya estamos aquí! se decia uno  
á sí mismo; ¡ya estamos aquí!...

Pero tengo á la vista el *Diario de una pere-  
grina*, del cual voy á transcribir una página  
en que ella refiere las emociones que experi-

mentó su corazón al llegar á *la Santa*. Con ello yo me excusaré trabajo, y mis queridos lectores van á ganar no poco.

Dice así:

«¡Dios mio, cuán bueno sois! Hé aquí que sin merecerlo ya voy consiguiendo aquello que más deseaba mi corazón hace mucho tiempo.

«¿No sabes dónde estás, alma mia? Mírala, mírala bien. Esta es la casa de tu amada, ¡la amada mia de mi corazón! decía hace poco.

«Yo no sé qué es lo que ha pasado dentro de mí al entrar en la casa de mi Madre. He sentido cosas del todo nuevas que la lengua no puede traducir.

«Un momento, un solo momento de aquellos pagan demasiado bien todas las molestias del viaje, áun á los que no están acostumbrados á viajar.

«Los señores Obispos y todos los sacerdotes han entonado, al llegar, el *Te Deum*, y yo me he unido también á aquellas voces de júbilo, porque no sabia cómo contener la alegría de mi corazón, que se ha desahogado cantando.

«A mi izquierda habia una imagen hermosísima de la Santa, iluminada con muchísimas luces. Todo se lo he dicho á ella, quien, yo no sé si me engaño, parecia escucharme con agrado y complacencia.

«En un altar, allí cerquita, habia una porción de hermosos relicarios de Santa Teresa.

Un *báculo* suyo, unos *rosarios*, la *suela* de una alpargata suya he visto allí. Mil besos amorosos he enviado á todos estos objetos que pertenecieron á la amada de mi corazon.

«En el altar mayor, que estaba muy iluminado y resplandeciente, he visto á mi Madre, en el acto de aparecérsele San José y la Virgen María poniéndole un collar de oro.

«Todo lo estaba yo contemplando con indecible embeleso cuando, concluido el *Te Deum*, he visto que el señor Obispo de Ávila se ha acercado á la grada del presbiterio, y desde allí ha dirigido su palabra á todos los peregrinos.

«Yo no sabré decir ni encarecer las santas y bellas cosas que ha dicho. Pero he llorado mucho, eso sí, sobre todo cuando entusiasmado nos preguntaba, diciendo:—¿A qué venís aquí, devotos peregrinos, desde Cataluña, Aragon y Valencia ?

«—A ver á la amada de mi corazon, decia yo; á ver su casa, á recoger su aliento, á escuchar sus palabras, á conocerla mejor, á amarla más y más.

«Pero no era necesario que yo lo dijese, porque él lo decia luego con un fuego y una uncion que no parecian sino de apóstol.

«El Señor le llene de bendiciones, y Santa Teresa de Jesús, mi Madre, lo tome por su cuenta.

«Despues del sermon, que ha durado una

hora, el otro señor Obispo, que dicen es de América, nos ha dado solemnemente la bendición.

«¡Bendíceme Dios mío! Y tú, madre mía querida, dame tu amorosa bendición aquí en tu casa,—decía yo al humillar mi cabeza y recibir la bendición del señor Obispo.

«Y antes de salir de la iglesia me he entrado en el retrete de los amores de Teresa. Así le llamo, y así me ha parecido, aquella capilla devotísima, que era la alcoba donde nació mi amadísima Paloma. Allí la he abrazado con toda la ternura de que soy capaz, figurándomela niña monísima, encanto de los Serafines y dulzura de los corazones.»

Después de la elocuentísima improvisación del señor Obispo, á que se refiere la piadosa peregrina en la página de su diario que acabo de transcribir, una comisión de la ciudad ha ido hospedando á los peregrinos de ambos sexos. Los sacerdotes han sido obsequiosamente alojados, parte en el mismo convento de Padres Carmelitas, inmediato á *la Santa*, y parte en el magnífico convento de Santo Tomás, que habitan los Dominicos. Los seglares, señoras y teresianas lo han sido en casas particulares, y parte de las últimas en el convento de las Adoratrices, hallando en todos los hospedajes la más cariñosa acogida é inolvidables muestras de la más delicada consideración y santo aprecio.

Por la tarde hemos ido en grupos á visitar los sitios é imágenes que Santa Teresa solia frecuentar en la catedral, y luego nos hemos reunido todos en el convento de Santo Tomás, que conserva tambien recuerdos preciadísimos de la Virgen avilesa. Todos los peregrinos nos hemos acercado á un altar lateral donde se venera un devotísimo Santo Cristo, que muchos aseguran es el mismo ante quien la Santa oraba y de quien recibió soberanos favores.

La mañana siguiente, dia 23, se celebró en *la Santa* la Misa de Comunion general, que dijo el Sr. Obispo de Ávila, dirigiendo la palabra á los comulgantes, primero el Prelado, en una plática llena de uncion y suavidad, y despues del acto de la Comunion, el doctor D. Manuel García Mendez Nava, que hizo un discurso tan piadoso como rico de doctrina.

Y fuerza es decir tambien á mis lectores, pues así lo requiere el órden de esta relacion, cómo acto continuo todos los peregrinos fueron obsequiados por los Excmos. Sres. Condes de Superunda en su casa-palacio con un espléndido desayuno, que, presidido por un retrato de la Santa, fué servido con el mayor esmero y animado por las frases amabilísimas que los Condes dirigian á los peregrinos, y por la alegría que bañaba su semblante. No olvidarán ellos ciertamente tan gallardas muestras de nobleza y de piedad, que tan bien

sientan á los que siendo, como los Condes lo son, descendientes de la muy ilustre familia de la ínclita Teresa, y vienen á atestiguar que vive en su sangre y alienta en su alma el espíritu generoso que hizo grandes á los Ahumadas y Cepedas.

A las diez de la mañana, el excelentísimo Cabildo Catedral se trasladó, según costumbre, al templo de las Madres Carmelitas, donde estaba esperando revestido de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Eumenia. No tardó mucho en llegar, asimismo, el Sr. Obispo de Ávila, y en seguida se empezó la solemnidad con asistencia, además de los peregrinos, de una inmensa y apiñada muchedumbre de fieles.

¿Cómo hablar ahora del sermón que predicó el Excmo. Sr. Obispo de la Cuna de Santa Teresa? Se acobarda ciertamente mi pluma, al recordar aquella profundidad de conceptos exornados con la más alta y poderosa elocuencia, con que el orador embargaba el ánimo de los oyentes y los arrebatava en magnífico vuelo á superiores alturas. Sólo me permitiré decir, que la grandeza de los recuerdos que evocaba la memorable fecha de aquel día, la sublimidad de circunstancias tan solemnes, la grandeza de aquel acto no podían tener un intérprete más digno y acomodado que el que tuvieron en el Prelado avilés.

Acabada que fué la solemnidad, los pere-

grinos estuvimos viendo y adorando las reliquias de la Santa Madre que conservan aquellas religiosas, pasando todos enseguida al locutorio á saludar y felicitar en tal dia (aniversario de aquella fundacion) á las santas y joviales Hijas de Teresa. Allí estaban ya los dos señores Obispos con algunos señores Capitulares departiendo con las religiosas, cuando empezamos á entrar nosotros. Yo, que ya tenia la dicha de conocerlas, hallé que eran las mismas: ¡siempre las hijas de su Santa Madre Teresa! Al pasar de una en una para saludarlas, las pobrecitas jóvenes teresianas no acertaban á desprenderse de aquellas rejas, y con sus frases y encarecimientos y encomiendas, que mejor que de sus labios brotaban de sus corazones palpitantes de gozo, harto daban á entender el placer que les causaba la vista y trato de las religiosas.

¿No es verdad, piadosas jóvenes, que todo esto es muy pálido y descolorido, para expresar lo que allí sentísteis, al hallaros en medio de aquellos teresianos y santos Prelados, hablando con aquellas almas tan perfectas como joviales, oyendo los melodiosos cánticos con que quisieron ellas obsequiaros, en pago de los que vosotras les cantásteis, y, finalmente, sintiendo (vosotras lo sabeis) aquella como invisible aura de felicidad que envuelve á aquellas almas de adentro y se escapa por aquellas

rejas? Por Dios, no pidais á mi pluma que exprese todo esto, porque es imposible. Sólo en el caso de que por entre estas líneas me fuera dado hacer correr aquellas dulcísimas lágrimas que asomaron en vuestros ojos, fuera fácil mi tarea.

A las cuatro de la tarde nos reuníamos los peregrinos en la iglesia parroquial de San Juan, en donde la Santa fué bautizada y donde se conserva la misma pila donde su alma fué bañada en las aguas regeneradoras, así como un autógrafo de la misma, que veneramos reverentemente. Luego procesionalmente nos dirigimos al Convento de la Encarnacion, que se halla extramuros de la ciudad, y que los peregrinos no podian dejar de visitar, como quiera que todo él no es otra cosa que un preciosísimo relicario de Santa Teresa. A la bellísima capilla, que fué la celda donde fué transverberado su corazon seráfico, nos dirigimos inmediatamente, besando el suelo que pisábamos, que es santo en toda verdad, como dice la inscripcion de una lápida. Las religiosas cantaron al armonium algun cántico, en obsequio de su hermana y madre, Teresa de Jesús, avivando en nuestros corazones con aquellas dulces y melodiosas voces los más regalados sentimientos de amor á Aquella «que moria porque no moria.» El núcleo de peregrinos cantó tambien, entre otros himnos, el *Cántico* de la

peregrinacion , y finalmente se cantó por dos ó tres teresianas la *Melodía religiosa* , que en aquella celda , empapada con la sangre del corazon de Santa Teresa, y testigo de los gemidos y suspiros de su alma enferma de amor, hacia un efecto maravilloso. El comulgatorio donde Santa Teresa comulgaba, el coro donde rezaba, los tres ó cuatro locutorios que ella santificó con su presencia, con sus pláticas santas, con sus éxtasis, todo lo fueron visitando los peregrinos con la más profunda devocion é íntimo gozo de sus almas. En uno de estos locutorios tuvieron las peregrinas la feliz idea de hacer el cuarto de hora de oracion. La letra de la meditacion no era sino de la Santa, el sitio era tambien de la Santa, el objeto de la meditacion era una virtud de la Santa , hasta aquel fresco y sosegado ambiente y un *no sé qué* de celestial que por allí se cernia, debia de ser tambien de la Santa, segun lo que deleitaba el espíritu y regalaba el corazon.

Despues de empapar bien nuestras almas en la deliciosa fragancia que de aquellos lugares se exhalaba , y de esparcirnos algun tanto por los alrededores del convento, desde donde se disfruta hermosa vista, nos dirigimos, procesionalmente tambien, á la ciudad, por distinto camino de la ida. Aun me dura la profunda impresion que hizo en mí ánimo el bellísimo conjunto de esta procesion. Parecia

que hasta las voces habian adquirido nuevo vigor y soberano brío para cantar las glorias de Santa Teresa. Acababa de templarse y fortalecerse el espíritu en aquella fragua de los amores de la Santa; ¿cómo no participar los sentidos de esta virtud interior? De esta suerte llegamos á la famosa basílica de los tres santos mártires patronos de Ávila, Vicente, Sabina y Cristeta, bajando enseguida á visitar la devotísima gruta subterránea donde se venera la Virgen de la *Soterraña*. Allí bajó tambien Santa Teresa, cuando, saliendo *calzada* de la Encarnacion, fué á las plantas de aquella imágen de María á descalzarse para dirigirse inmediatamente á la primera fundacion de Descalzas, esto es, al convento de San José, ó como allá le dicen, *las Madres*. Seria en extremo prolijo contar ahora todo lo bueno que hay en esta basílica, reputada por uno de los mejores monumentos del arte arquitectónico; pero más difícil seria aún pintar con la palabra las santas emociones que allí experimentaron los corazones de los peregrinos.

Otra vez se organizó la procesion dirigiéndose por las calles de la ciudad, que resonaban (era al anochecer) con los cantos de los peregrinos, llegando ya algo tarde á la cuna de Teresa, esto es, á *la Santa*. Allí el incansable señor Obispo de la diócesis quiso despedirse de los peregrinos. ¡Y qué despedida! Era su

corazon de Obispo, pero de Obispo enamorado de Santa Teresa de Jesús, el que hablaba.

Las lágrimas arrasaron todos los ojos. Todos los corazones se fundieron en el mismo sentimiento de amor á Santa Teresa, sobre todo cuando, dirigiendo sus ojos al hermoso pendon que sostenia una teresiana de Tortosa, y al ver reflejada allí la hermosura de la Virgen avilesa, tuvo para Ella palabras tan excesivamente tiernas y tan llenas de uncion y de suavísimo encanto, que en vano trataria yo de dar la más ligera idea de ellas. ¡Oh! Y entonces, cuando todo el mundo tenia fijos los ojos en la imágen del pendon, éste mecióse suavemente, como complaciéndose en ser en aquellos momentos las delicias y el imán de todos los corazones. Al terminar, dijo á los peregrinos que con su ilustrísimo hermano, el Obispo de Eumenia, iba á acompañarles á Salamanca. Oír esto y exhalar-se de todos los corazones un «viva á Santa Teresa de Jesús,» fué una misma cosa. ¡Qué entusiasmo el de los peregrinos! ¡Qué alborozo el de todas las almas!

El señor Provisor advirtió, al concluir, que todos los peregrinos sin excepcion se dirigiesen al palacio de su excelencia el señor Obispo. Así lo hicimos todos, procesionalmente como antes, siendo obsequiados en el palacio episcopal con un espléndido refresco y cena.

Aquella misma noche, acompañados de los dos señores Obispos y varios religiosos Carmelitas, salimos en el tren hácia Salamanca.

Mas antes de salir de la cuna de nuestra Santa, permítaseme hacerme eco de los sentimientos de los peregrinos, expresados con la mayor franqueza una vez hubieron subido en los coches.

—Vamos (decian unos), nunca podremos olvidar á los buenos Padres Carmelitas, en cuya casa hemos sido hospedados. Su bondad extremada, sus finas atenciones, su santo y amable trato nos han cautivado ciertamente. Se conoce que habitan junto á *la Santa*.

—¿Pues qué diremos (decian otros) de los Padres Dominicos, en cuyo convento de Santo Tomás hemos sido hospedados? No hay palabras para encarecer, como quisiéramos, la virtud, amabilidad y espléndida generosidad de aquellos hijos de Santo Domingo.

—Sin tener ninguna clase de prevenciones contra los Religiosos, confieso francamente (decia uno) que nunca hubiera creido poder encontrar allí aquel trato suavísimo, aquella insinuante dulzura de carácter, mezclados con una ilustracion nada comun y con la piedad más profunda. Bien están allí, siendo habitantes de aquel claustro lleno de grandeza y de majestad, custodios de aquel magnífico tem-

plo y guardadores de aquel palacio, obra de los Reyes Católicos; bien están allí los dignos hermanos de Tomás de Aquino, en cuyas virtudes y en cuyo saber se inspiran.

—Pues ¿quieren Vds. que les diga una sola palabra? (agregó una animosa peregrina). Pues han de saber Vds. que yo por mí ya no me separaba más del colegio de las Adoratrices en donde he estado con mis compañeras. ¡Aquello es vivir vida santa! ¡Y cuánto aman á Santa Teresa de Jesús aquellas religiosas! Yo casi no he podido decirles una sola palabra al despedirnos. Pero habrán visto cómo estaban mis ojos. El Señor se lo pague todo.

Y así, por este estilo, todos los peregrinos iban manifestando los sentimientos del más profundo agradecimiento que conservaban y siempre conservarán para con los conventos y casas particulares que en Ávila les hospedaron. Pero cuando no uno solo, ni algunos, sino que todos los peregrinos tomaron parte en la conversacion, como si no pudieran contener el mundo de gratas impresiones que aún experimentaban, fué cuando se recordaron el refresco y escenas que tuvieron lugar en el palacio del señor Obispo. Aquella agradable animacion de los peregrinos; aquella efectiva cordialidad del Prelado, Provisor y familiares; aquel delicioso paseito por aquel espacioso jardin, bañado por la tibia claridad de una

hermosa luna; aquellas enarenadas sendas ceñidas de arbustos y flores, todo esto y mucho más era recordado y comentado con fruición por los peregrinos. Entre estos venían—¡y no lo había dicho aún!—los laureados y ya célebres poetas catalanes, señores Verdager, y Collell, cuya conversacion comunicaba, á mi ver, nueva poesía y mayor encanto á aquel sitio encantador. Las delicadas flores de aquel jardin han suscitado en mi memoria el recuerdo de las flores, no menos exquisitas, de la poesía catalana, y justo es que en esta crónica, ó lo que sea, de la peregrinacion teresiana, brillen los nombres del modesto, jóven y elegantísimo autor de *L'Atlántida*, y del que, niño aún, sabia ya conquistarse preciadísimos lauros en los *Juegos florales*. ¿Que extraño que poetas cristianos tomasen el bordon de peregrinos en la peregrinacion verificada en obsequio de la gran Santa y celestial Poetisa? Hasta ahora amaban ya á Teresa, y la cantaban, sobre su lira, tiernísimas endechas; pero en adelante, ¡oh!... ¿No es verdad, cariñosos amigos míos, que ya le habeis dedicado y le dedicaréis en adelante poéticas melodías, dignas de vosotros y de Teresa?

Perdon, lectores queridos, si voy entreteniéndome demasiado, sin que remediarlo sepa, contándoos lo que dicen y piensan los peregrinos. ¡Se enamora uno tanto de lo *subjetivo*!

Pero callen Vds., que ahora voy á referir hechos y nada más, empezando por decir, que saliendo de Ávila todo nos fué muy bien hasta Medina del Campo, donde tuvimos que pararnos unas dos horas. Estuvimos con gusto, hasta cierto punto, en esta poblacion, pensando que en ella hay un convento fundado por Santa Teresa. Yo no lo he visto (no he tenido tanta dicha), pero me han dicho mis amigos que en el convento conservan las Religiosas una casulla bordada por las benditas manos de Santa Teresa. Lo que yo he comido, eso sí, es uva de una parra del mismo convento, que fué plantada tambien por la Santa. En el convento y en la Santa fundadora pensábamos estando allí, pero no nos era posible ir á visitar á las Religiosas por ser aún muy de mañanita y porque disponíamos de poco tiempo.

Rezando y cantando á intérvalos, como de costumbre, llegamos á la estacion de Pedrosa. Allí se iba á inaugurar el ferro-carril hasta Salamanca, y esta honra quiso Santa Teresa reservarla para sus peregrinos. En la estacion hallábanse reunidas muchas gentes de aquellos contornos, que parecian estar asombradas de ver tantos viajeros. Crecia su asombro al vernos á todos ostentando en el pecho la medalla de Santa Teresa con un lacito de seda, y se deleitaban no poco oyéndonos entonar los cánticos teresianos. Pero ; cuánto

se alegraron aquellas gentes sencillas viendo á los dos señores Obispos pasear por el andén! Luego les vimos subir á un altillo cercano, desde donde bendijeron la nueva via del ferrocarril. Aquel sencillo espectáculo llegó á conmoverme. ¡Qué hermoso seria (pensaba entonces) contemplar como la civilizacion se desarrolla, se levanta y engrandece bajo la bendicion de Dios! Me parece que algunas de aquellas sencillas y piadosas almas que por primera vez veían el ferrocarril, y lo veían conduciendo solamente peregrinos, sacerdotes y obispos, se dirian para sí:—¡Noble destino el de estos inventos es servir á los intereses de la fe y de apretar entre las almas los lazos de la caridad! ¡Quién sabe (añado yo) si el Señor nos tiene reservado un porvenir tan bello!

A medida que nos íbamos acercando á Salamanca, más ganas de cantar mostraban tener los peregrinos. — Se van á quedar ustedes roncós, les decia yo á unos compañeros.—Pues ¿para qué quiere V. la voz? respondian. Y entonaban de nuevo himnos á la gran Teresa. Ya lo comprendia: aunque los peregrinos habian visto cosas muy buenas, y mucho el corazon habia dulcemente sentido, pero ¡faltábales aún tanto por ver! ¡Tantas y tan regaladas eran las emociones que al corazon estaban guardadas todavía!

Magnífico, sorprendente fué el espectáculo que se nos ofreció delante de los ojos al llegar á la estacion de Salamanca, abierta por primera vez al público. Allí nos pareció que estaba toda la ciudad. Vamos, el menos listo entiende que Santa Teresa quiso meter ruido, y cierto que lo consiguió. De una parte, se inauguraba la via férrea; de otra, venia la primera peregrinacion teresiana; añádase luego que venian dos señores Obispos, y, finalmente, allí estaba un regular número de Carmelitas Descalzos, que con sus pintorescas capas blancas y su ejemplar compostura, tanto edificaban y llamaban la atencion de todos. El señor Obispo de Salamanca con una comision de dignidades y canónigos estaba en la estacion esperando á los peregrinos, quienes nos trasladamos enseguida á la ciudad en los coches que allí habia. Sin perder tiempo nos dirigimos á la Real Capilla de San Marcos, siendo recibidos por el clero de la misma con el ceremonial acostumbrado, y cantándose una solemne *Salve* con orquesta, á la cual siguieron los cánticos cantados por los peregrinos.

Por la tarde se celebró en la iglesia de las Carmelitas una funcion religiosa, en obsequio de los peregrinos. Hubo exposicion de Su Divina Majestad, preciosos cánticos, algunas oraciones y sermon á cargo de un Beneficiado de la Catedral. Al concluir, nos dirigimos procesio-

nalmente á la Clerecía, en donde se dieron algunas disposiciones referentes á nuestra salida del dia siguiente para Alba.

Pero es el caso que ya aquella tarde se marcharon allá dos ó tres grupos de peregrinos. Todos los demás lo verificamos en coches y carros, á la mañana del dia siguiente. A mí hubo de depararme la mejor suerte Santa Teresa de Jesús. Figúrense, mis queridos lectores, mi gratísima sorpresa cuando les diga que hice el viaje nada menos que acompañando al señor Obispo dentro de su coche. ¡Cuando Santa Teresa quiere á uno hacerle dichoso!... Y ciertamente que lo fuí todo aquel tiempo, durante el cual pude conocer y oír al Prelado salmantino. Entonces pude conocer que todo lo bello, todo lo grande que de su persona habia concebido al leer sus escritos, se quedaba muy atrás de lo que realmente es. Al pasar por los mismos lugares por donde se cuenta que la Santa hubo de pasar en sus viajes, ¡con cuánto interés y atractiva dulzura nos contaba á mí y á otro compañero, los sucesos relacionados con aquel sitio, con todas las circunstancias de tiempo, lugar y ocasion!

Bajamos del coche al llegar á «la fuente de Santa Teresa,» de cuya agua quiso beber Su Ilustrísima, siguiendo la piadosa costumbre. Nos cautivaron en verdad aquella sencillez y naturalidad encantadoras, que tanto avaloran

las relevantes prendas de su alma. Si de hoy en adelante puedo decir que he visto el apartado y deleitoso lugar donde Fr. Luis de Leon escribió su célebre oda *Qué descansada vida*, á nadie debo agradecer este gusto, sino al señor Obispo de Salamanca, cuya amabilidad no tenia límites.

## EN ALBA DE TORMES.

Pronto, ya lo creo, llegamos á Alba de Tormes ó mejor dicho, á Alba de mi vida, y más pronto, segun á mi me pareció, por la excelente compañía que llevaba. Bien se conocia que en aquella poblacion pasaba alguna cosa grande. Sí, no lo duden Vds.: un acontecimiento, y gran acontecimiento, ha sido la primera peregrinacion teresiana.

Pero esto no encaja aquí bien, y prosigo mi narracion diciendo, que repartiendo á granel programas de las fiestas, que todo el mundo se disputaba, llegamos hasta el alojamiento del señor Obispo para luego separarnos, y dirigirnos, ¿saben Vds. á dónde? Pues, aunque ya lo adivinen ustedes, les diré, que al afortunado convento de las Carmelitas Descalzas.

Algunas teresianas de la poblacion, con otras de Tortosa, estaban arreglando el altar principal, cuando nosotros llegamos. Dos años hacia que habia estado yo allí por el mismo

tiempo, sin poder imaginar á la sazón que tan pronto habia de gozar de la misma dicha. Allí estaba el bendito sepulcro de la grande Heroína española, y allí tambien estaba, al alcance de mis manos, el corazon seráfico de la esclarecida vírgen Teresa. Allí se postraban con la piedad más edificante los peregrinos á medida que iban llegando. Los señores Obispos de Ávila y de Eumenia estaban allí tambien, expresando bien á las claras el placer de que se sentian poseidos.

Y ¿cómo decir la profunda, inexplicable fruicion que embargaba el alma de las jóvenes teresianas, al verse por primera vez junto al Corazon de su Madre, que todavía parece sentir los efectos del amor? Yo renuncio á pintar estos sentimientos, tanto más cuanto en el *Diario de una peregrina*, que tengo á la vista, los veo bien dibujados. Voy, en obsequio de mis lectores, á arrancar una hoja de este manuscrito.

«Alba, 25 de Agosto.—Este ha sido el dia más hermoso de toda mi vida. Nunca mi corazon ha latido como hoy... Jamás descendió á mi alma una alegría más íntima acompañada de tan silenciosa y profunda paz.

«Todo ha conspirado en este dia para que las impresiones recibidas hayan dejado en mi alma una huella más profunda é inalterable.

«Eran las dos de la mañana cuando hemos llegado á la vista de esta poblacion dichosa.

«Al divisarla iluminada por los rayos de la luna, me la he figurado tan encantadora, que no parecia sino que durmiese tranquila bajo las miradas maternales de Teresa.

«¿Y qué otra cosa parecia la blanca claridad de la luna que envolvía las casas, el puente, el rio y el castillo, sino un velo de blanco lino que Teresa dejó caer de sus sienas?

«Hemos bajado del carro donde íbamos, nos hemos arrodillado de cara al pueblo, y hemos besado el polvo del camino por donde tantas veces debió pasar Teresa, cantando enseguida la Plegaria; y en silencio y oracion nos hemos entrado en Alba.

«Todo aquello ya nos parecia demasiada ventura para nuestro corazon...

«El sueño no podia con nosotras. Nunca creí que pudiera aguantarlo tanto.

«Pero ¿cómo dormir, Dios mio, cuando tan vivos y despiertos estaban todos los sentimientos de mi alma y todos los afectos de mi corazon?

«Yo no sé qué dulces ilusiones se forjaba mi corazon mirando hácia aquel cielo, hácia aquellos campos, hácia todos aquellos objetos, que tanto me hablaban de mi Amada.

«Cerca, muy cerca de mí creía yo tenerla, y no me cansaba ¡boba de mí! de decirle todo cuanto se me venia á la boca.

«Aquí me tienes, Amada mia (le iba yo diciendo, mientras andábamos á pié y guardando silencio); aquí me tienes esperando que me hables al corazon palabras de suavidad y de vida.

«¿No es verdad que todavía te hallas en estos sitios, y que al ver á tus hijas, venidas de tan léjos, se bañan tus labios en la más dulce y amorosa sonrisa?

«Hablando así con la Amada mia, hemos atravesada el puente y pasado unas calles desiertas y silenciosas, llegando á la misma puerta de la iglesia del convento.

«¡ Dios mio! Estaba la puerta cerrada, y mi corazon, que ya no me cabia dentro del pecho, me daba al parecer récios golpes, como si pugnase por volar hasta unirse al Corazon de mi adorada Madre.

«Por fin la puerta fué abierta.

«¿Qué pasó entonces por tí, oh corazon mio?

«¿Qué es lo que sentí allá en lo profundo de mi alma, al acercarme, con la más viva ansiedad, á la ardiente fragua de los divinos amores?

«Miles de besos... no, un solo beso; pero un beso prolongado, intenso, infinito imprimí en aquella reja de plata que me separaba del Corazon de mi Madre amadísima.

‡ «Despues... despues hube de sentarme y apoyar mi cabeza sobre la base de una columna.

«Al verme en aquella actitud, una amiga me preguntó qué es lo que yo tenía.

—Déjame estar: nada me pasa de malo... Me siento muy bien... Quiero descansar, le dije.

«Es que el natural flaco debe también cansarse con las emociones profundas; y me sentía muy fatigada.

«Pero ¿cómo separarme de aquel sitio, donde tan bien se sentía mi alma?

«Ya no había palabras en mi boca, ni conceptos en mi mente; pero allí estaba mi corazón abierto á las influencias que brotaban del Corazón de mi Madre; allí estaba todo mi ser deseando empaparse y hasta embriagarse bien con los suavísimos aromas de amor que allí se percibían.»

En la tarde del día 26 nos reunimos todos los peregrinos con las Corporaciones, Hermanidades y Asociaciones piadosas de Salamanca y pueblos comarcanos, con sus preciosos estandartes, en las afueras del puente, á fin de organizar allí la procesion más numerosa, más piadosa, lucida y encantadora que jamás han visto aquellas orillas del Tormes.

¡Qué cuadro tan gracioso, tan variado, tan ilimitado, tan rico de originalidad y de encanto se ofreció ante nuestros ojos!

Unos amigos míos, excelentes pintores de cuadros á la pluma, me hacían notar aquella infinita variedad de tipos castellanos, aquellas

agrupaciones de personas rebosando animación y vida, aquellos buenos campesinos, con trajes que nos recordaban otras edades y otras costumbres; aquella extraordinaria multitud de sacerdotes, confundidos amigablemente con los seglares; sin que allí faltasen tampoco las figuras venerables de los hijos de Santo Domingo, y más allá, rodeados como de una atmósfera de filial y profundo respeto, cuatro Príncipes de la Iglesia, en cuyo pecho brillaba la insignia de los peregrinos teresianos.

Y toda aquella muchedumbre, que se movía bajo de los árboles, y en la falda de un montecillo, y cabe las aguas del Tormes; toda aquella inmensa muchedumbre había sido conducida allí por la devoción á Santa Teresa, y en obsequio de Santa Teresa se verificaba entonces aquella gran manifestación religiosa que llenaba de regocijo á todos los corazones.

Una vez estuvo organizada, la procesión empezó á desfilar entrando por el puente, que por espacio de mucho tiempo se vió de parte á parte lleno de peregrinos. Primero pasaron las Hermandades y Asociaciones con sus estandartes; luego seguían los Sacerdotes y Religiosos cantando las letanías; enseguida venían los señores Canónigos y Dignidades de varias iglesias, presidiendo tan solemne cortejo los venerables señores Obispos de Salamanca, Ávila, Oviedo y Eumenia.

Detrás de los Prelados, formando como una nueva procesion, y siendo guiadas por el pendon de Tortosa, venian las peregrinas catalanas, valencianas y aragonesas, á quienes acompañaban todas las jóvenes católicas de Alba, con el Rebañito del Niño Jesús, no cesando varios coros de entonar cánticos á la Virgen incomparable que ha sabido encontrar el secreto de conquistar los corazones de la juventud femenil española.

¡Qué cuadro aquél! ¡Qué grandeza de líneas! ¡Qué suavidad y uncion en las figuras! ¡Qué fondo sin límites, iluminado tibiamente por la luz crepuscular de una hermosísima tarde del estío!

Yo no vacilo en asegurar que Santa Teresa de Jesús miraba complacida desde el cielo aquel conjunto inexplicable. Era la luz de sus ojos clarísimos la que desde lo alto vertia en torno aquella mágica, indefinible poesía. Cuentan que el Tormes enfrenó sus ondas al contemplar tan extraordinario suceso. Jamás aquellos cristales copiaron un cuadro tan devoto y encantador.

Y ¡coincidencia singular, que hace notar el Boletín eclesiástico del Obispado de Salamanca, al describir esta peregrinacion! Cuarenta y tres años hacia que en el mismo dia, y próximamente á la misma hora, se notificaba á los Religiosos Carmelitas la expulsion de sus

conventos, y al presente, en esta fecha inolvidable, se veian entrar bendecidos, admirados y como triunfantes, ostentando la insignia de la regalada Esposa de Jesús.

Cuando llegó al templo la procesion, quedamos dulcemente sorprendidos al ver la espléndida iluminacion y elegante ornato de la veneranda basílica. Cantóse el *Veni Creator* á toda orquesta por la excelente Capilla de la catedral de Salamanca, subiendo despues al púlpito el señor Obispo de Ávila, el cual habló de Santa Teresa de Jesús, como ya saben mis lectores que habla el Obispo de la Cuna de Santa Teresa. El sublime papel confiado por Dios á Teresa en la extension de los siglos, y la gloriosa manera como ella lo desempeñó: tal fué el tema interesante, que con arrebatadora elocuencia desarrolló en su magnífico discurso el venerable Prelado.

Esta fué la primera funcion religiosa celebrada por los peregrinos teresianos junto al Sepulcro y Corazon de Teresa, que estaba (este último) expuesto á las miradas y al amor de todos los devotos teresianos, cercado de vivos resplandores, rodeado de una guirnalda de rosas, símbolo de aquella otra corona formada por la muchedumbre de palpitantes y enardecidos corazones, presa de un mismo sentimiento de entusiasmo y amor.

¡Era el dia de la transverberacion de Santa Teresa de Jesús!

Ya la noche anterior se puede decir que empezó, para continuar todo el día, tan preciosa solemnidad. Porque, durante toda esta noche, estuvieron los Padres Carmelitas oyendo confesiones; peregrinos y peregrinas hacían por turno la vela al bendito Corazón de la Santa; rezábanse oraciones y ejecutábanse, con acompañamiento de armonium, piadosos cánticos, en que tomaban parte todos aquellos peregrinos, que por lo visto no tenían escrúpulo ninguno de robar al sueño y al descanso aquellas horas de la noche, para dedicarlas al amadísimo objeto de su larga peregrinación.

Las Misas empezaron á celebrarse á las tres y media de la mañana en varios altares de la basílica. Yo me creí que iba á no poder decir la en aquellos altares, pues naturalmente todos los sacerdotes querían celebrar allí en día semejante. La Misa de Comunión general fué celebrada á las seis por el señor Obispo de Salamanca, quien tuvo el consuelo de repartir el Pan Eucarístico á unas tres mil personas.

Un muy amigo mio, sintiendo su corazón como oprimido del excesivo peso de subidísimo deleite que la vista de un espectáculo semejante le proporcionaba, halló manera de desahogarse santamente, dirigiendo desde el púlpito ardorosas excitaciones á toda aquella apiñada y piadosa muchedumbre de peregrinos,

que con el mayor recogimiento se unian á Jesús de Teresa, á vista de aquel Corazon herido y abrasado de Teresa de Jesús.

Un coro de jóvenes teresianas de Tortosa ejecutaba á intervalos aquella preciosa *Melodía religiosa* cuya letra es de la Santa. ¡Ay, qué oportunas y expresivas y deliciosas eran en aquellos momentos, y en tal dia, y en aquel templo, aquellas palabras que, centelleantes de amor, salieron del Corazon de Teresa! Nunca acaso como entonces se comprendió mejor la fuerza de estas palabras de la celestial Poetisa, que cantaba el coro:

Aquesta divina union  
 Del amor con que yo vivo,  
 Hace á Dios ser mi cautivo  
 Y libre mi corazon:  
 Mas causa en mí tal pasion  
 Ver á mi Dios prisionero,  
 Que muero porque no muero.

Mas, aún despues de una Comunion tan concurrida, hubo el señor Obispo de Ávila, no sin gran contento de su alma, de distribuir de nuevo la sagrada Comunion á otros muchos fieles que hasta entonces no habian podido ser confesados. ¡Ah! ¡qué cuadros tan ricos de viva fe y de una piedad tan tierna como debia ser la de los primeros cristianos, se ofrecian á la vista de todos aquella mañana

inolvidable junto al Corazon de Santa Teresa! Todo el mundo no anhelaba otra cosa que purificar bien su corazon, para con menos indignidad albergar en él á Jesús de Teresa; y era cosa que enternecia observar cómo por todas partes se veían peregrinos de rodillas á los piés de los confesores.

¡Horas benditas, dias deliciosos aquellos, que formarán como un hermosísimo paréntesis en nuestra existencia!

Serian sobre las diez de la mañana cuando se empezó el Oficio solemne, en que celebró de pontifical el Rmo. P. Ramon María Moreno, Obispo Carmelita, Vicario Apostólico de la Baja California, siendo asistido de señores Canónigos de varias catedrales, y cantada la Misa por la excelente capilla de Salamanca. El templo estaba profusamente iluminado y decorado con la mayor esplendidez. El gentío era inmenso de tal suerte, que para que todos los fieles pudieran oír la palabra divina, se acudió al recurso de colocar fuera en la plaza un púlpito portátil, desde donde predicó á la piadosa muchedumbre allí reunida, un jóven y elocuente Padre Carmelita, mientras que resonaba bajo las bóvedas de la basílica el dulce y armonioso acento del Ilmo. señor Obispo de Oviedo.

Nosotros, los peregrinos de Tortosa y de Valencia, conocíamos bien al Ilmo. Sr. Sanz,

y su voz tenia doble encanto para todos nosotros. A las vivas y santas emociones que entonces despertaba en nuestros pechos su palabra, siempre castiza, fácil y elegante, se agregaba el codiciado placer de oír una vez más aquel acento querido, que, por espacio de tantos años, atrajo numeroso auditorio á los templos de nuestra patria.

*Solo Dios basta*, leyó el ilustre orador en un bello trasparente del altar mayor; y estas palabras de la Santa diéronle materia para descubrirnos con mano maestra las soberanas bellezas y los tesoros de felicidad y ventura escondidos en el Corazon seráfico de Teresa, que en todas las fases de su vida no buscó sino á Dios y á solo Dios, y en él encontró la plenitud de la dicha.

Al hablar del misterio de la transverberacion del Corazon de la Santa, estuvo tan feliz, tan inspirado, tan conmovedor, que... yo creeria que del Corazon de la Santa se desprendió una centella del fuego que la abrasaba, y fué á caer en su corazon de obispo.

Cuando, al terminar su inolvidable discurso, suplicaba tiernamente á la santa Esposa de Jesús, que, como celadora de la fe, fortaleciese y protegiese al Sumo Pontífice, y luego, tendiendo la vista al presbiterio, hacia una plegaria especial por sus amadísimos hermanos los señores Obispos de Eumenia, Ávila y Sala-

manca; entonces, digo,... ¿para qué ocultarlo? los peregrinos de Tortosa descubrieron allí un vacío. Su queridísimo Prelado no estaba allí, al lado de aquellos hermanos suyos, que en tanta estima tienen sus preclaros talentos, sus virtudes y celo apostólico, y junto al Corazon seráfico de Teresa, de quien es apasionado devoto y entusiasta panegirizador.

Yo no oí el sermón del Padre Carmelita, que predicaba en la plaza, como he dicho; pero sí sé que fué escuchado con la más profunda atención y silencio por la devota muchedumbre. A más de hablar del misterio de la transverberación de la Santa, expuso la significación y trascendencia de las peregrinaciones; y de la peregrinación teresiana y de los peregrinos se dignó hacer encarecimientos que yo no me atrevería á copiar.

¡Gloria á Jesús de Teresa!

Serian las cuatro de la tarde cuando el vuelo de campanas anunciaba la función de la tarde. En aquellos momentos, acompañado de varios peregrinos, estaba yo en el convento de Santa Isabel, á donde habíamos ido á visitar á aquellas amables y piadosas religiosas. Entre ellas tuve el placer de ver á dos distinguidas jóvenes de Alba, que dos años antes fueron las primeras en conocer y asociarse con toda el alma á la Archicofradía teresiana. Luego fueron ellas también las que propaga-

ron la idea entre todas las jóvenes de aquella población, entrando las dos en la Junta de la Archicofradía que allí se estableció.

¡Qué alegres y felices se sentían aquellas almas jóvenes al descansar en la solitaria y tranquila morada por que tanto suspiraron y anhelaron! Santa Teresa de Jesús les pagó bien los obsequios que la hicieron, allanando todos los obstáculos que impedían la realización de sus piadosos deseos.

En el locutorio les cantaron varios himnos teresianos algunas peregrinas de Tortosa que venían con nosotros, quedando toda aquella santa y edificante Comunidad altamente complacida de nuestra breve visita. Sentimos ciertamente no poder dedicarles más tiempo, pues se empezaba á aquella hora la función en la basílica de Santa Teresa.

Allá nos dirigimos á toda prisa, llegando en el momento en que se empezaba á rezar el santo Rosario, concluido el cual, un Padre Carmelita hizo desde el púlpito una ferviente plática.

A ésta se siguió la solemne, numerosísima y devota procesion que recorrió las calles principales de la población. Rompian la marcha las animosas jóvenes católicas de Alba precedidas del Rebañito del Niño Jesús, ostentando su perdon, á las cuales seguían sus hermanas las peregrinas catalanas, valencia-

nas y aragonesas, que casi en su totalidad eran teresianas. El hermoso pendon que salió de Tortosa era llevado asimismo por tres de estas últimas, que se relevaban cada rato. Luego seguian cantando el Rosario, las letanías y los himnos del Oficio divino, hombres de todas las clases de la sociedad, sacerdotes, jesuitas, dominicos, carmelitas, formando todos solemne cortejo á la encantadora imágen de Santa Teresa de Jesús, que, al ser llevada en hombros de cuatro sacerdotes peregrinos, á través de plazas y de calles, era saludada con muestras de la más tierna piedad por las gentes que atestaban las ventanas y balcones del tránsito.

Pero ¿qué es lo que traia en la mano la santa imágen de Teresa en aquellos momentos?

No era la pluma, como es costumbre, sino el corazon de plata que vosotras le regalásteis, teresianas de Tortosa; aquel corazon que, guardando vuestros nombres y llevándolos como en triunfo, parecíame que decia: «Aquí tengo á mis hijas, las más privilegiadas, encerradas dentro de mi corazon.»

Pero, sobre todo, excitaba en los corazones sentimientos de la más tierna veneracion y santa alegría, la vista de la insigne reliquia del santo brazo, que era llevada en andas por cuatro Padres Carmelitas.

Cerraban la procesion tres señores Obispos detrás del de Avila, que iba de pontifical.

Al terminarse la procesion, la expresada reliquia se devolvió al convento, cantándose en la iglesia un himno á toda orquesta, mientras tanto que se disponia á subir al púlpito el Rdo. D. Enrique de Ossó.

¿Qué es lo que dijo de Santa Teresa, en el dia de su transverberacion y cerca de su mismo transverberado Corazon? Ni sabria, ni... me fuera permitido decirlo.

Ahora creeríais vosotros, queridos lectores, que todo se habia concluido ya en aquel dia. No; aquel dia debia terminarse con un acto, si no más solemne, más trascendental por lo menos, acto que pusiera el sello á aquella gran solemnidad.

Como indicó el orador al poner término á su sermon, todos los señores sacerdotes peregrinos, que serian en número de unos doscientos, y entre los cuales figuraban dignidades y canónigos de varias catedrales, muchos doctores y catedráticos de seminarios y verdaderas notabilidades en literatura y poesía, se reunieron en la espaciosa sacristía de la iglesia, en donde se habian colocado bancos y una mesa para la presidencia. Como ya se supone, ésta fué ocupada por los cuatro señores Obispos.

¿Y qué es lo que se hizo allí por aquella especie de concilio teresiano? Prévias algunas elevadas consideraciones que, uno tras otro, los cuatro sábios y virtuosísimos Prelados se

dignaron hacer , con grande placer y edificacion de toda la concurrencia, fué acogido por todos con el mayor entusiasmo el proyecto de una Hermandad teresiana , cuyo objeto fuese propagar el conocimiento de Santa Teresa, el estudio de sus obras y la imitacion de sus virtudes. El señor Obispo de Eumenia propuso que tuviese el carácter de universal , á cuya justa observacion todo el mundo asintió con gusto. Advirtiósese ya entonces que en otra sesion general de todos los peregrinos que tendria lugar en el Seminario conciliar de Salamanca , se presentarian las bases de la Hermandad. Pero, sin guardarlo para entonces, todos quisieron quedar formalmente comprometidos á pertenecer á dicha Hermandad y á trabajar por la gloria de Jesús y de Teresa, dejando estampadas sus firmas en un registro que se abrió en aquellos momentos.

Aquella misma noche y en aquel mismo sitio tuvo lugar otra reunion de jóvenes católicas presidida por el fundador de la Archicofradía teresiana. Hízoles dicho señor oportunas reflexiones en órden á avivar más y más su zelo por la gloria y la honra de Cristo, como verdaderas hijas de Teresa de Jesús. Leyéronse además unos puntos de meditacion y se rezaron algunas oraciones.

Pero estos ejercicios continuaron aún en la iglesia hasta la mañanita del dia 18 , durante

cuyo tiempo no cesó de hacerse vela al bendito Corazon de la Santa.

Junto á él se veia desde aquella mañana un corazon de plata sobredorado, copia exacta del de la Santa. Es un trabajo ejecutado con rara perfeccion y exquisito gusto, que acredita al artífice y habla muy alto en favor de las teresianas de Santa Bárbara y Amposta, que quisieron mostrar por esta delicada manera el entrañable cariño y ferviente devocion que profesan á su Santa Madre.

El peregrino D. Agustin Pauli, á la sazón coadjutor de Santa Bárbara, acompañado de dos teresianas de aquella poblacion, hizo entrega de dicho regalo, en nombre de las jóvenes católicas de ambas poblaciones, á las Religiosas, privilegiadas hijas de Santa Teresa, quienes dieron pruebas del más vivo agradecimiento hácia las generosas donantes.

Habia llegado el último dia del Tríduo, esto es, el 28 de Agosto, dia en que los peregrinos íbamos á despedirnos de Alba.

Por la mañanita de dicho dia llenaba ya la iglesia un inmenso concurso de peregrinos, que de nuevo se disponia á recibir la sagrada Comunion.

¡Siempre lo mismo! Orar, comulgar, entonar himnos religiosos... Hé ahí todo...

¡Y esto lo es todo!

«Estos peregrinos no saben hacer otra cosa»

(dijo un despreocupado caballero de la Corte que estuvo á ver lo que eran las peregrinaciones). Confiesan , comulgan, rezan, cantan y... nada más. Como yo no suelo hacer esto , me voy otra vez á Madrid , pues nada tengo que hacer aquí.»

Lo mismo, pues, que los dias anteriores, los peregrinos se portaron como cumplia á los animosos Cruzados de Santa Teresa.

El Oficio solemne empezó á la hora del dia anterior, oficiando de pontifical el señor Obispo de Oviedo , asistido de dos señores Canónigos.

El sermón estuvo á cargo del señor Obispo de Eumenia. Su juventud interesante, su blanca y majestuosa vestidura , su digno y airoso continente, ya predisponen á su favor. Pero cuando se le oye arrebatado en alas de su zelo apostólico , entonces hace suyos todos los corazones, por débil y apagada que esté en ellos la lumbre de la fe. Hijo ilustre del Carmelo, habló de su Madre con la ternura conmovedora y la santa pasion que se comunica á todas las almas. Tomó por tema las palabras que le aplica la Iglesia : «Le fué dada sabiduría y prudencia grande en extremo , y anchura de corazon como la inmensidad de las arenas que están en las orillas del mar.»

¡ Con qué elevacion de ideas y belleza de estilo describió la fortaleza y heroísmo del cora-

zon de Teresa al hacer frente á todas las contradicciones que se oponian á sus gigantes proyectos! ¡Qué arranques de noble y santo patriotismo, al proclamarse hijo del suelo mejicano, por cuyas venas corre sangre española, y en cuya alma alienta aquella fe sacrosanta que allá fué llevada por los españoles! Y, para acabar, ¡qué rayo de sublime inspiracion fué aquel, cuando, despues de haber vaciado su corazon, todo ternura, en el corazon de Teresa, le dijo, electrizando todas las almas, estas palabras: « ¡O nos llevamos tu Corazon, ó te dejamos el nuestro! »

A la una y media concluyó el Oficio de la mañana, y á las tres y media nos reuníamos otra vez en la basílica, para despedirnos de la Santa de nuestro corazon, y oír, antes de cantar el solemne *Te Deum*, la voz elocuentísima del señor Obispo de Salamanca.

Mas antes... ¿van á permitirme mis queridos lectores que evoque un recuerdo que basta por sí solo para embalsamar toda una existencia? Pues, supuesto este permiso, de que yo nunca sé prescindir, diré, que antes de entrar en la iglesia invitáronme á pasar por la portería del convento en compañía de algunos peregrinos sacerdotes. Pocos momentos hacia que estábamos allí, cuando de repente se abre la puerta regular. Dos ó tres Religiosas aparecen por la parte de dentro, cubiertas con sus

largos y tupidos velos. Invitáronnos, con el debido permiso, á entrar en el convento, y pasamos por un pequeño patio, cuyas paredes estaban vestidas de verde hiedra.

Luego, á pocos momentos, me ví dentro...

¡Quién me habia de decir que me estuviese reservada tanta dicha!...

Me hallé dentro de la misma celda donde espiró Santa Teresa de Jesús.

Allí está el mismo pavimento, las mismas paredes, la misma ventana de cuando Ella vivia.

Yo no sabia de qué manera ponerme en aquel sagrado retrete, donde desplegó sus inmortales alas el espíritu de Santa Teresa para volar á los cielos. No se contentaba uno con estarse allí arrodillado, sino que deseaba abrazarlo, besarlo, apropiárselo todo.

Media hora estuvimos allí, que nos pareció medio minuto.

Allí ví cosas que me conmueven aún ahora al recordarlo.

Trémulo de emocion dulcísima ví á un sacerdote, en cuyos labios, llenos de polvo bendito, y en cuyos ojos humedecidos por lágrimas deliciosas, se leian poemas de ternura y de piedad, como sólo la fe sabe inspirar.

Con todo lo que allí se siente y se mejora uno, podrian escribirse páginas las más bellas, íntimas é interesantes. Ni tiempo tengo

ahora, ni me siento con inspiracion para ensayarlo. Sin embargo, no renuncio á la delicia de hacerlo cuando pueda. Pero sí añadiré, que en esta dichosa celda fué donde gozaron y sintieron más y mejor los pocos peregrinos que tuvieron tanta ventura.

Se habia pedido licencia á Roma para que pudieran visitar un sitio tan venerable los sacerdotes peregrinos, y fué al instante concedida, aunque sólo á un número bastante limitado.

Sin perder tiempo nos dirigimos desde la portería á la iglesia, donde en aquel momento se acababa de rezar el Rosario y subia al púlpito el señor Obispo de Salamanca.

Confieso que nada me arredraria tanto como tener que hablar de aquel discurso, en donde no hubo cosa que no me sorprendiera. Temeraria con razon deslustrar lo que en mi concepto y en el de todos está por encima de todo encarecimiento.

Con todo, me permitiré estampar la impresion que me hizo el acento del Prelado salmantino, que hasta entonces no habia tenido el gusto de oir.

Como una fuente abundosa que, no pudiendo contener en su seno el tesoro oculto de sus limpias y trasparentes aguas, las envia por todos sus caños con tanta abundancia como suavidad y mansedumbre; tal parecióme á mí

el raudal de elocuente doctrina que brotaba de los labios del Ilmo. Sr. Izquierdo.

Habia tan ingénuo naturalidad, tanta fluidez y nativa gracia en sus maneras y en la expresion de sus pensamientos, tan ricos éstos de profundidad como de novedad y galanura, que diríase que nada le costaba el magnífico tejido de su discurso, que iba desenvolviendo con asombro, deleite y edificacion del inmenso concurso que le escuchaba.

Felicité á los Prelados allí presentes que, como él, ostentaban en su pecho la insignia de romeros teresianos, insignia que en tanta estima tenia (pues me acuerdo que nos pidió una medalla así que nos vió en su palacio, para cruzarse como los demás peregrinos, y lo verificó cabe el mismo bendito Corazon de Santa Teresa); felicitando asimismo á todos los peregrinos y á todos cuantos habian tomado parte en la peregrinacion.

Dignése dar oportunamente á todas las almas excelentes consejos prácticos, encaminados á sacar el mayor provecho espiritual de la romería; y entrando en el estudio de las virtudes cardinales, enseñó la manera de utilizar ese tesoro inacabable de felicidad que se esconde en su perfecto ejercicio.

¡Qué hermosos y santos sentimientos supo despertar en todas las almas el sapientísimo Prelado! ¡Qué nobles propósitos y santas re-

soluciones no hicieron allí, bajo la inspirada palabra del ilustre orador sagrado, los conmovidos corazones de los peregrinos!

Así que descendió del púlpito S. E. I., se revistió de pontifical el ilustrísimo señor Obispo de Oviedo, y entonó el *Te Deum*, que fué cantado por todo el núcleo de sacerdotes allí presentes. Después de decir las últimas oraciones, S. S. I. dió la bendición á los fieles.

En seguida entonaron los peregrinos el cántico de la peregrinacion. Era la última vez que lo cantaban junto al sepulcro y Corazon de su amadísima Santa Teresa. ¿Qué extraño, pues, que todo el amor y entusiasmo de que se sentían poseidos para con su amada Madre, se explayara en aquellos acentos ardorosos?

Bajaban los señores Obispos del presbiterio, y yo no sé cómo fué ello, que me atreví á decirle al señor Obispo de Oviedo, tan amante de Tortosa:

—¿No oye Su Ilustrísima como cantan los peregrinos y peregrinas de Tortosa?

—Sí, los oigo, sí (me dijo tiernamente). Y ví que sus ojos estaban humedecidos con lágrimas de ternura.

Pero se hacia tarde, demasiado tarde. Los coches y carros estaban ya dispuestos. ¡Debíamos de decir á Dios al santo sepulcro y bendito Corazon de Santa Teresa!

¡Qué escenas tuvieron lugar entonces! To-

dos querian ser los primeros en acercarse al Corazon, y nadie pensaba en arrancarse de aquel suavísimo y poderoso iman de los corazones.

« Pero señores (se decia), nunca acabaremos, y nos están ya esperando los carruajes.

« Era imposible.

« ¡ Ah! es preciso haber visto aquello, para saber si se ama ó no á Santa Teresa.

« No, no es un recurso cualquiera, una novedad, una nueva forma, no: es la devocion, es el afecto, es la ternura, es la pasion vehemente y santa que Jesús se complace en inspirar á las almas, y almas jóvenes especialmente, á favor de la gran Teresa, Esposa suya muy querida.

« Por no ver aquello he tenido que separarme de allí; temia caerme;» me decia una persona ya anciana que presenciaba el tiernísimo espectáculo que ofrecian las jóvenes católicas, hijas de Maria y de Teresa, junto al bendito Corazon.

Por fin se pudo salir, aunque á duras penas, de aquel afortunado templo.

Las teresianas de Alba con las pequeñitas del *Rebañito* del Niño Jesús salieron en procesion á la otra parte del puente, donde acudió además un inmenso gentío, para despedir á los peregrinos que se volvian á Salamanca en coches y carros.

Las peregrinas teresianas de Tortosa hicieron allí entrega del rico pendon que trajeron, en manos de las teresianas de Alba.

Despues de rezarse unas *Ave Marias* ante la imágen del pendon, un sacerdote quiso á continuacion entonar un himno á la Santa.

Pero ¡imposible!

El himno se convirtió en lágrimas y sollozos de las teresianas peregrinas, que abrazándose con las de Alba, se daban el último á Dios.

Sólo las niñas pequeñas pudieron continuar el himno, mientras que iban desfilando los coches y carros llenos de peregrinos, entre los últimos despidos y cariñosas demostraciones de los religiosos y caballeros hijos de Alba de Tormes.

#### REGRESO DE LA PEREGRINACION.

Interesantes episodios tuvieron lugar durante el camino hasta Salamanca, episodios que estoy seguro de que agradarian no poco á mis queridos lectores.

Cuando los que íbamos en coches ó carros encontrábamos á los peregrinos más animosos que quisieron hacer el viaje á pié, ¡allí eran los saludos, los vivas á Santa Teresa y los cánticos religiosos! Al llegar á la fuente de la Santa se repetian iguales escenas y se bajaba de los carruajes para beber de aquella agua. Pero seria prolijo contar todo esto, y hago aquí punto.

Pero no puedo dejar de hablar de la gran reunion de sacerdotes peregrinos , que presidida por los cuatro señores Obispos, se verificó en el Seminario conciliar de Salamanca. El de esta diócesis quiso antes de la sesion obsequiar-nos á todos con espléndido refresco, leyéndose despues las bases de la «Hermandad Teresiana universal» que satisficieron cumplidamente los deseos de todos los peregrinos. El mismo señor Obispo se dignó asimismo reunir en la iglesia de la Clerecía á todas las peregrinas, á quienes, con la uncion y subiduría que le distingue, les dió los más saludables consejos y les animó á amar más y más á Jesús y padecer por Él , á imitacion de Santa Teresa de Jesús. Antes de darles su bendicion obsequió á cada una con un delicado recuerdo, y acabó por decirles y asegurarles , para su satisfaccion, que uno de los mayores compromisos que habia contraido durante su elevado ministerio, era el de trabajar sin descanso por extender la devocion y la honra de Santa Teresa de Jesús.

Todos los peregrinos conservan los más gratos recuerdos de su estancia en la nobilísima ciudad de Salamanca , cuyos piadosos habitantes han dado pruebas de ser dignos hijos de la Atenas española , emporio un dia de las ciencias y de la Religion.

Considero como un deber hacer constar aquí

los profundos sentimientos de reconocimiento y de gratitud de todos los peregrinos (en particular de los catalanes, valencianos y aragoneses), en primer lugar, hácia el dignísimo Prelado de aquella diócesis, Ilmo. Sr. Izquierdo, que con tanta gracia se llamaba el Obispo de Santa Teresa, y luego hácia los amabilísimos Padres Jesuitas del Seminario, el jóven y distinguido señor Magistral, señor Arcediano y tantos otros á quienes no olvidamos y cuyos nombres seria prolijo referir.

Visitamos aquella mañana lo más notable en monumentos que encierra dicha ciudad, como la catedral, Santo Domingo, la Universidad, la Clerecía, etc., etc., y por la tarde tomamos el tren, siendo despedidos en el andén de la estación por gran número de personas distinguidas, que hasta allí quisieron acompañarnos, y por un inmenso gentío que á lo largo de la vía nos saludaba, agitando los pañuelos las señoras, y descubriéndose los caballeros al pasar nosotros en el tren.

En Medina del campo se separaron de nosotros los peregrinos que se iban por Búrgos.

Al pasar por el Escorial, no quisimos desperdiciar tan buena proporción para ver aquel conjunto de maravillas. Allí nos detuvimos toda una mañana, y en medio de todas aquellas grandezas, amontonadas allí por el gran protector de Santa Teresa de Jesús, Felipe II,

tuvieron los peregrinos teresianos el dulce consuelo de venerar algunas preciosas reliquias de la Santa, en especial los autógrafos de su *Vida y Camino de perfeccion*.

Desde Madrid partió una seccion de peregrinos hácia Valencia y Tortosa, y los otros tomaron el tren de Zaragoza, presidiendo á estos últimos el ilustrísimo señor Obispo de Eumenia.

En la Capital de Aragon, el 2 de Setiembre, celebró Misa en la misma capilla de la Virgen dicho señor Obispo, repartiendo la Comunión á los peregrinos, despues de una fervorosa plática.

Por la tarde se cantó un magnífico Rosario por la capilla de la santa iglesia, despues del cual predicó un hermoso discurso el señor Obispo de Eumenia, asistiendo un inmenso gentío y el eminentísimo señor Cardenal.

Al dia siguiente salieron los peregrinos en el tren de la mañana, siendo visitados en Lérida por la junta y directores de la Archicofradía teresiana, en el corto rato que pára el tren, llegando aquel mismo dia por la noche la peregrinacion á Montserrat, menos el señor Obispo de Eumenia y los Rdos. Sres. D. Enrique de Ossó y D. Agustin Ferré, los cuales se detuvieron y celebraron Misa en la Cueva de San Ignacio, de Manresa, por cuyo motivo no

llegaron á Montserrat hasta la tarde del dia siguiente.

En Montserrat se cantó un solemnísimó Rosario por la célebre Escolanía, y despues de repartir el dia 4 la Comunion á todos los peregrinos, predicó el último sermon de despedida el infatigable Obispo Carmelita, arrancando copiosas lágrimas á todos los concurrentes al darles el último á Dios.

Por la tarde visitamos la Cueva de la Virgen, y de regreso ordenóse devotísima romería, entrando en la iglesia cantando las letanías de la Virgen.

Tres dias pasamos en Montserrat, lugar de descanso para nuestras almas, y donde tantos y tan grandes beneficios hemos recibido de la gran Madre de Dios. Tres dias que pasaron como un soplo, no olvidando nunca la amabilidad y exquisita atencion de su dignísimo abad P. Muntadas, y las pruebas de cariño de sus Hermanos. A las orillas del Ebro empezóse la peregrinacion teresiana, y en el monte de Montserrat terminóse felicísimamente.

Si no fuera excesivamente largo este relato, contaria ahora algunas de las mercedes y favores que los peregrinos alcanzaron por intercesion de Santa Teresa.

Contaria lo que pasó con el pequeño peregrino, niño de ocho ó nueve años, que con su papá y otro hermanito, casi de la misma edad,

se unieron á la peregrinacion en Madrid , de donde son hijos.

Nuestro Andresito (que así se llamaba el pequeño peregrino) cayó enfermo en Alba de Tormes , pero de tal gravedad , que inspiraba sérios cuidados á su padre. Grave aún continuaba el pequeño y ya piadoso peregrino el dia 27, en que su afligido padre suplicó á nuestro Director que lo encomendase á la Santa.

Nuestro querido amigo, que con los señores Obispos entró dentro del convento á venerar y examinar el Corazon de la Santa, al llegar al camarín donde se venera su bendito sepulcro, dió unos golpecitos al mármol que encierra el cuerpo de la Santa , y rogóle por la salud de Andresito.

Eran las once de la mañana cuando esto sucedia , y se comprobó despues que á esta misma hora experimentó tan notable é inesperada mejoría el piadoso Andresito, que ya queria levantarse de la cama, y se levantó del todo bueno al dia siguiente.

Su padre y cuantos lo supieron lo atribuyeron á la intercesion de la Santa.

Otra teresiana tenia enfermos los ojos cuando se dirigia en peregrinacion á Alba de Tormes. La pobre jóven suplicó á la Santa que se dignase curarla , cuando menos durante la peregrinacion , para que pudiese verlo todo, pues la pobre habia de llevar los ojos tapados

con un pañuelo; añadiendo que, terminada la peregrinacion, poco ya le importaba.

Los ojos se le curaron de repente, y yo la ví muy buena y sin el pañuelo, en Avila, Salamanca y Alba. Mas luego que llegó á casa, le volvió el mal de los ojos.

¿Cómo fuiste tan corta en pedir? le dijimos; poca cosa le has pedido á la Santa, y poco te ha concedido. Otra vez pídele más.

De otros casos parecidos podria hablar; pero basten los dichos.

Muchos son los periódicos y revistas que insertaron artículos y publicaron relaciones de la primera peregrinacion teresiana, y á todos rendimos de corazon un expresivo voto de gracias por la buena obra que hicieron, así como por las frases que dedicaron á nuestro Director. Pero merecen especial mencion las exactas, detalladas y elegantemente escritas relaciones que han publicado el *Boletín oficial* de la Diócesis de Oviedo, donde acertamos á descubrir el trazo siempre elegante de un muy querido amigo nuestro, y el de la Diócesis de Salamanca, donde tan bellos é interesantes documentos relativos á la peregrinacion han visto la luz.

Finalmente, damos rendidas, humildes é infinitas gracias á Dios por haber llevado á feliz término la primera peregrinacion teresiana, á la cual ha seguido ya otra y seguirán

en lo sucesivo, con el favor de Dios, otras peregrinaciones, hasta que España entera se haya postrado ante el sepulcro y cabe el Corazon maravilloso de la gran Teresa, Patrona insigne de esta gloriosa tierra de héroes y de santos, levantada á tal altura en el siglo de la gran Reformadora de Avila, que le fué dado señorear á las demás naciones y conquistar para Cristo nuevos mundos.



**FIN**

A la mayor gloria de Jesús

MARÍA, JOSÉ

y

TERESA DE

JESÚS



---

---

## NOTAS.



### CARTA PRIMERA.

Las señoritas hermanas, hijas de Tortosa, á quienes dirigí esta serie de cartas, han tenido posteriormente la dicha de consagrarse á Dios, tomando el velo religioso en dos distintos conventos. Las dos desempeñaron, estando en el siglo, el cargo de *Hermana Mayor* de la Archicofradia teresiana; y con su piedad, talento, discrecion y demás cualidades poco comunes, prestaron excelentes servicios á dicha benemérita Asociacion. Santa Teresa, á quien tanto obsequiaron en el siglo, y á cuya intercesion debieron sin duda la gracia de su vocacion religiosa, continúe protegiendo, como yo le suplico, á éstas, que fueron, y son, sus amantes hijas, y les ayude á alcanzar la perfeccion religiosa á que aspiran. Que ellas, á su vez, no se olviden, en sus oraciones, del *viajero teresiano*, que desde lejos les saluda.

La piadosa jóven, tambien de Tortosa, á quien acompañamos á Villanueva de la Jara, y que profesó en el convento de Carmelitas de dicha poblacion, fué una de las primeras que ingresaron en la Archicofradia. Muy pronto le alcanzó su Santa Madre aquello por que tanto suspiraba.

## CARTA CUARTA.

El Sr. Obispo de Avila, á quien me refiero en esta y otras cartas, era el Excmo. Sr. Fr. Fernando Blanco, que despues fué Arzobispo de Valladolid, en donde hace algunos años que murió. Jesús de Teresa haya acogido en su seno el alma del varon insigne que con tanto entusiasmo amaba á Santa Teresa de Jesús y fomentaba todas las obras teresianas.—R. I. P.

## CARTA ÚLTIMA.

Esta carta que, entre otras, escribí el año pasado desde Roma, aunque haya sido escrita en época distinta de aquella en que lo fueron las anteriores, he creído que no estaria mal en este sitio.

Jamás olvidaré la delicada bondad del Dr. D. José Benavides, capellan á la sazón del Hospicio español que, bajo el titulo de Nuestra Señora de Montserrat, hay en Roma, y hoy Rector del mismo establecimiento, al dignarse acompañarme por la capital del Orbe católico y sus alrededores, dándome extensas, interesantes y preciosas noticias de todo cuanto veíamos. Uniendo á su no comun talento y vastísima instruccion el más fervoroso entusiasmo por el estudio de las antigüedades romanas, no es extraño que sus valiosos trabajos, su notable plano del *Foro romano*, sus profundas investigaciones é ilustrado consejo le hayan valido al señor Benavides las más honrosas distinciones de parte de Sociedades y Academias tanto españolas como romanas.

Perdone, por Dios, el Sr. Benavides, si, en testimonio de gratitud y cariñosa amistad, me complazco en consignar su nombre en estas humildes páginas; y sirvase

saludar afectuosamente de mi parte á sus dignos e ilustrados compañeros, cuyas obsequiosas atenciones tampoco olvido.

## PRIMERA PEREGRINACION TERESIANA.

Algunos creerán por ventura que, por ser el mismo el asunto del *Viaje* y el de la *Peregrinacion*, podria muy bien omitirse ésta. Sin embargo, no es así. En las cartas del *Viaje* se describen por menudo los lugares teresianos que visité, y que son muchos más que los que visitaron los peregrinos. En la *Peregrinacion* se describe principalmente el entusiasmo religioso de los peregrinos, su ferviente devocion á Santa Teresa de Jesús, y la grandiosidad de los solemnes cultos que se dedicaron al Serafin del Carmelo en Avila y Alba de Tormes. De suerte, que si en el *Viaje* se dan á conocer los principales lugares que habitó la Santa, en la *Peregrinacion* se manifiesta la devocion, tan profunda como tierna, que á su inclita Paisana profesan los españoles. Asi pues, yo creo que ambos trabajos se armonizan y completan.

## EN ÁVILA.

Los dos señores Obispos que en esta ciudad dieron tan excelente acogida á la *Peregrinacion*, eran el excellentísimo Sr. Carrascosa, á la sazón obispo de la diócesis; y el Ilmo. Sr. Fr. Ramon Moreno, obispo de Eumonia en aquel entonces, y ahora de Augustópolis; el cual, como devotísimo hijo del Carmelo, ha dado pruebas de, profesar la devocion más entusiasta á Santa Teresa de Jesús, y el afecto más puro á los católicos españoles.

Que Santa Teresa de Jesús bendiga desde el cielo á

tan insignes varones, é interceda con el Señor para que sean cada dia más fecundos sus apostólicos trabajos. Estos son los votos de quien, con tanta veneracion como afecto, los recuerda y saluda.

#### EN ALBA DE TORMES.

Parece que la misma Santa Teresa se escogió, uno á uno, los oradores que habian de cantar sus glorias en las funciones religiosas que se verificaron en la insigne basilica teresiana. Como quiera que, además de los venerables señores Obispos de Avila y Eumenia, cuya elocuencia es de todos reconocida, ocuparon la cátedra sagrada los Prelados de Salamanca y Valladolid, maestros y modelos en la oratoria sagrada. Reconozco de buen grado que aun es muy pálido todo lo que digo de sus discursos y su elocuencia. Que me perdonen el atrevimiento de deslustrar, sin quererlo, lo que tanto vale.

«¡Que me perdonen!» he dicho. Y al estampar esta frase, me he olvidado por un momento del horrible y sacrilego crimen que, perpetrado el pasado Domingo de Ramos, aún tiene espantada y escandalizada á España entera, y del cual fué inocente víctima, mártir de su celo pastoral, el Excmo. Sr. Dr. D. Narciso Izquierdo, obispo de Salamanca, en el tiempo á que antes me refiero, y últimamente dignísimo y primer obispo de Madrid.

¡ Descanse en la paz del Señor el alma hermosísima del varon sapientísimo, que, apasionado amador de Santa Teresa de Jesús, acogió con tan cariñosa benevolencia á los peregrinos teresianos, y con tan particular afecto distinguió al humilde autor de este libro!

La letra del himno que , puesta en música por don Cándido Candi , cantaban los peregrinos teresianos , es ésta:

## CORO.

Teresa que de España  
La fe salvaste un dia,  
Matando la herejía,  
Nutriendo la piedad:  
España te demanda  
Tu auxilio soberano;  
Y al Rey del Vaticano  
Alcanza libertad.

## ESTROFAS.

Violentas tempestades azotan la barquilla  
Del sucesor de Pedro, que abandonado fué,  
Y á Ti sus manos alzan los hijos de Castilla,  
Martillo del hereje y Apóstol de la fe.

Da luz á estas tinieblas, ataja ya este fuego,  
Disipa la tormenta, sosiega aqueste mar,  
La fuerza de tu brazo que el mundo vea luego,  
Rompiendo las cadenas que al Papa oprimen ¡ay!

De hispanos peregrinos que vienen á millares  
Tu cuna y tu sepulcro, devotos, á adorar,  
Escucha las plegarias y fervidos cantares  
Que á ti, su gran Patrona, dirigen sin cesar.

J. A. y A.

La letra de la *Plegaria*, que tanto se cantaba tambien en la Peregrinacion ; fué compuesta por la que en el siglo se llamaba Sta. D.<sup>a</sup> Victoria Ribera, y ahora en el Claustro, sor Concepcion Victoria.

A. M. D. G.

---

---

# ÍNDICE.

~~~~~

VIAJE TERESIANO.

<u>Cartas.</u>	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria	5
I. Villanueva de la Jara, 16 de Agosto de 1875.	7
II. Madrid, 19 de Agosto de 1875.. . . .	20
III. Madrid, 20 de id. id.	33
IV. Avila, 21 de id. id.	44
V. Avila, 23 de id. id.	58
VI. Avila, 24 de id. id.	71
VII. Avila, 25 de id. id.	85
VIII. Alba de Tormes, 26 de Agosto de 1875.	95
IX. Alba de Tormes, 29 de id. id.	103
X. Salamanca, 30 de Agosto de 1875. . . .	118
XI. Zaragoza, 4 de Setiembre de 1875. . . .	128
XII. Roma, 15 de Octubre de 1885.	141

PEREGRINACION TERESIANA.

Salida de Tortosa.	155
En Avila.	162
En Alba de Tormes.	183
Regreso de la Peregrinacion.	208
Notas.	217



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia

Número.....	3257	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	962	Frecic de adquisición.	>
Tabla.....	2	Valoración actual.	>

3

TE

3257.

B. AUSTIN

VIAJE

TERESIANO